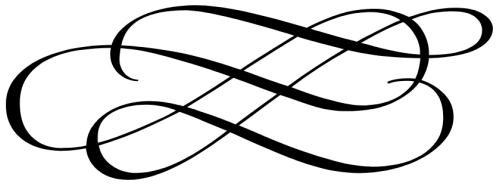
Beatrice Wynn



Un acuerdo en la nieve

UN ACUERDO DE INVIERNO



BEATRICE WYNN

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

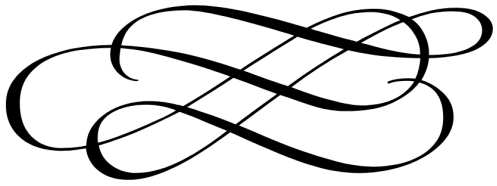
Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Otras obras de Beatrice Wynn

CAPÍTULO 1



Al viento que soplaba en la cresta de Yorkshire no le importaba que Eleanor Hartley fuera ahora la dueña de la propiedad. Azotaba el pesado crespón negro de su vestido de luto y le arrancaba mechones de pelo de las horquillas con una rudeza que nadie en el valle se atrevería a emular. Eleanor se llevó la mano a la parte superior del sombrero para evitar que saliera volando hacia el río de color pizarra que vislumbraba allá abajo. Bajo sus botas, la tierra se extendía en un mosaico de verdes y marrones que conocía mejor que las líneas de su propia palma.

Aquella era tierra de los Hartley. Lo había sido cuando su padre vivía y lo había seguido siendo bajo la administración de su tía. Ahora, la escritura y la pesada llave de hierro de la mansión estaban en su bolsillo, pero su peso se sentía como una pesada ancla que la arrastraba hacia el fango.

Miró hacia el grupo de casas cercanas al arroyo, de cuyas chimeneas de piedra ascendía el humo en líneas finas y vacilantes. Las familias de los colonos estaban allí. Los Miller. Los Davis. Los O'Malley. Estaban labrando la tierra, cuidando las ovejas o reparando las vallas que las tormentas de invierno habían castigado. Todos y cada uno de ellos miraban hacia la gran casa de la colina en busca de protección. La miraban a ella.

Una figura se separó del sendero inferior y comenzó el penoso ascenso por la pendiente hacia ella. Eleanor se tensó. Reconoció el

modo de andar de inmediato. Era Thomas Miller. Caminaba con una cojera que se había ganado arreglando el tejado del granero hacía tres inviernos.

Eleanor esperó. Dar media vuelta ahora sería una admisión de debilidad.

Thomas llegó a la cima de la loma. Se quitó la gorra y retorció el tejido de lana entre sus manos manchadas de tierra. No la miró a los ojos de inmediato, sino que se concentró en el dobladillo de su falda.

—Señorita Eleanor —dijo, con voz áspera como la grava—. No era mi intención perturbar su duelo.

—No me está perturbando, Thomas —dijo Eleanor mientras entrelazaba las manos por delante de la cintura para evitar que le temblaran—. ¿Hay problemas con el rebaño?

Thomas levantó la vista entonces. Las arrugas alrededor de sus ojos eran profundas. Parecía mayor de sus cuarenta años.

—No son las ovejas, señorita —dijo—. Son los rumores del pueblo. Los hombres que vinieron ayer. Esos con las cadenas de agrimensor.

Eleanor frunció el ceño. No había visto a ningún hombre. Había estado encerrada en la biblioteca organizando las flores del funeral y respondiendo a los pésames.

—¿Qué hombres? —preguntó ella.

—Forasteros —dijo Thomas—. Estaban recorriendo los límites cerca del yacimiento de carbón. Midiendo. Marcando árboles con pintura roja. —Hizo una pausa y tragó saliva con dificultad—. Se dice que trabajan para un duque. Que la tierra se va a vender. Que nosotros... —se detuvo y volvió a mirar hacia las casitas—, que tendremos que marcharnos.

Eleanor sintió un escalofrío recorriéndole la columna que nada tenía que ver con el viento.

—Esta es tierra de los Hartley, Thomas —dijo, con voz más cortante de lo que pretendía—. Mi tía me la dejó a mí. No hay ninguna venta. No he hablado con ningún comprador.

—Pero los hombres... —insistió Thomas, dando un paso hacia ella—. Dijeron que el nuevo dueño quiere el carbón. Dijeron que las casas estorban en la mejor ruta de acceso.

—Están equivocados —dijo Eleanor, forzando los labios en una línea tensa que se asemejaba a una mueca—. Vuelva con su familia. Dígales que yo soy la señora aquí. Nadie va a desahuciar a nadie.

Thomas la miró. Escudriñó su rostro durante un largo momento. Eleanor mantuvo la barbilla alta y se negó a parpadear. Finalmente, la tensión abandonó los hombros del hombre.

—Gracias, señorita Eleanor —dijo—. Se lo diré. Estábamos preocupados. Faltando su tía...

—Yo estoy aquí ahora —dijo Eleanor.

Lo vio bajar de nuevo la colina. Caminaba más rápido ahora. Tenía esperanza. Eleanor lo observó marchar y sintió que una oleada de náuseas le subía por la garganta. Había mentido. No había querido mentir, pero había hablado sin conocer la verdad. ¿Quiénes eran esos hombres?

Se dio la vuelta y caminó a paso ligero de regreso hacia la mansión. La casa de piedra se alzaba ante ella. Era un edificio robusto que había resistido siglos de tormentas. Parecía permanente. Invencible.

Pero al entrar en el vestíbulo principal, el silencio de la casa la sobrecogió. Los criados se movían en silencio por los pasillos traseros. Los espejos seguían cubiertos con paños negros.

—¿Señorita Eleanor? —sonó una voz desde la puerta de la biblioteca.

Era el señor Abernathy, el abogado de su tía. Un hombre delgado con unas gafas que se le resbalaban constantemente por la nariz. Sostenía un fajo de papeles en la mano y estaba pálido.

—Señor Abernathy —dijo Eleanor. Desató las cintas de su sombrero y se lo entregó a la doncella que apareció a su lado—. Iba a buscarle ahora mismo. Uno de los colonos ha mencionado a unos agrimensores en las tierras. ¿Sabe algo de esto?

El señor Abernathy hizo una mueca. Se retiró al interior de la biblioteca y le hizo un gesto para que lo siguiera.

—Por favor —dijo—. Pase. Tenemos que hablar.

Eleanor lo siguió. La biblioteca estaba fría. El fuego de la chimenea se había reducido a brasas. Montones de libros de contabilidad cubrían el pesado escritorio de roble.

—Siéntese, señorita Hartley —dijo Abernathy.

Eleanor permaneció de pie. —Prefiero estar de pie —replicó—. Háble me de los agrimensores.

Abernathy suspiró. Dejó los papeles sobre el escritorio y los alisó con una mano temblorosa.

—Su tía —comenzó— era una mujer de gran corazón. Se preocupaba profundamente por la propiedad y por las familias.

—Eso ya lo sé —dijo Eleanor—. Vaya al grano.

—No era —continuó Abernathy— una mujer de gran olfato financiero. Los últimos años... la cosecha fue mala. Las reparaciones

de la mansión fueron caras. Ella no quiso reducir los salarios de los colonos.

Eleanor se agarró al respaldo de la silla de cuero. —Así que hay deudas. Podemos economizar. Puedo vender las joyas de Londres. Puedo vender la plata.

—No es cuestión de la plata, señorita Hartley —dijo Abernathy, cogiendo un documento con un pesado sello de cera—. Hace tres años, su tía pidió una hipoteca sobre la propiedad. Una hipoteca muy cuantiosa.

—¿Una hipoteca? —repitió Eleanor, mirándolo fijamente—. Nunca la mencionó.

—Esperaba devolverla antes de que usted heredara —dijo Abernathy —. Invirtió el dinero en una empresa de transporte marítimo. Pensó que los beneficios liquidarían la deuda y le dejarían a usted una fortuna.

—¿Y la empresa?

—Fracasó —dijo Abernathy—. Por completo. El barco se perdió en el mar.

Eleanor cerró los ojos. La habitación pareció inclinarse ligeramente hacia la izquierda.

—¿Quién tiene la hipoteca? —preguntó.

Abernathy miró el papel. —La deuda fue comprada hace seis meses por un inversor privado. Compró el pagaré al banco.

—¿Quién?

—Su Gracia, el duque de Ashford.

El nombre golpeó a Eleanor como un puñetazo físico. Alexander Radcliffe. Nunca lo había conocido, pero leía los periódicos. Todo el mundo conocía al duque de Ashford. Era un depredador con corbata. Un hombre que convertía en oro todo lo que tocaba y dejaba la ruina a su paso.

—El duque —repitió Eleanor—. ¿Por qué querría un duque la hipoteca de una granja de ovejas en Yorkshire?

—No quiere la granja, señorita Hartley —dijo Abernathy—. Quiere la tierra. O mejor dicho, lo que hay bajo la tierra.

—El carbón —susurró Eleanor. Recordó las palabras de Thomas.

—Precisamente —dijo Abernathy—. Pretende despojar la tierra. Ampliar sus operaciones mineras desde el condado vecino. Es un plan de negocios muy lúcido. El yacimiento pasa directamente por debajo de las casas de los colonos y de los pastos principales.

—No puede hacerlo —dijo Eleanor. Caminó hacia la ventana y miró al jardín—. Lo destruiría todo. Las familias no tendrían adónde ir. La tierra quedaría arruinada.

—Puede —dijo Abernathy con suavidad—, y lo hará. Los términos de la hipoteca son estrictos. El importe total es exigible.

—¿Cuándo? —preguntó Eleanor.

Abernathy vaciló. —En tres meses a partir de hoy.

—¿Tres meses? —Eleanor se dio la vuelta bruscamente—. Eso es imposible. Nadie puede reunir esa suma en tres meses.

—Ese es el quid de la cuestión —dijo Abernathy—. No quiere el dinero. Quiere la ejecución hipotecaria. Si no paga el total para esa fecha, él toma posesión del título. La propiedad pasa a ser suya. Puede desahuciar a los colonos y empezar a excavar al día siguiente.

Eleanor miró fijamente al abogado. Sentía una opresión en el pecho. El aire de la habitación era demasiado escaso.

—Debe de haber un error —dijo ella—. Mi tía nunca aceptaría tales condiciones.

—Estaba desesperada —dijo Abernathy—. Y las condiciones originales eran con el banco. El duque compró la deuda y está haciendo cumplir las cláusulas al pie de la letra.

Eleanor miró el libro de contabilidad sobre el escritorio. Solo eran números. Tinta sobre papel. Pero esos números representaban las vidas de cincuenta familias. Representaban a Thomas Miller y su cojera. Representaban el hogar donde se había criado.

—¿Cuánto? —preguntó Eleanor.

Abernathy mencionó una cifra.

Eleanor ahogó un grito. Era una fortuna. Era más dinero del que había visto jamás.

—Tengo que verle —dijo Eleanor.

—¿Al duque? —Abernathy pareció alarmado—. Señorita Hartley, eso no es aconsejable. El duque es... es un hombre difícil. Se le conoce por su implacabilidad. No hace negocios con señoritas.

—Está intentando robarme mi hogar —dijo Eleanor. Alzó la voz—. ¿Está intentando destruir las vidas de mi gente por... por carbón? ¿Por beneficios?

—Está dentro de sus derechos legales —señaló Abernathy.

—No me importan sus derechos legales —espetó Eleanor—. Me importa lo que es justo. Iré a Londres. Encontraré inversores.

Encontraré a alguien que le compre la deuda. O le convenceré para que me dé más tiempo.

—Señorita Hartley —dijo Abernathy—, Londres es caro. Usted tiene muy poco dinero en efectivo.

—Tengo suficiente para el viaje —dijo Eleanor—. Y tengo un baúl.

Se dio la vuelta y salió de la biblioteca a paso firme. No miró atrás hacia el abogado. No podía mirarle porque, si lo hacía, podría empezar a gritar y no parar nunca.

Subió las escaleras hacia su dormitorio. Su doncella, Frances, estaba allí remendando un roto en una sábana. Frances levantó la vista cuando Eleanor entró de golpe.

—Prepare mis cosas —dijo Eleanor.

A Frances se le cayó la aguja. —¿Señorita? ¿Vamos a alguna parte?

—A Londres —dijo Eleanor. Fue al armario y abrió las puertas de par en par—. Nos vamos a Londres. Hoy. Ahora.

—Pero el luto... —dijo Frances—. No estamos recibiendo visitas. No podemos ir a Londres durante el periodo de luto.

—No vamos por la temporada, Frances —dijo Eleanor. Sacó un vestido de viaje gris del riel y lo arrojó sobre la cama—. Vamos a salvar el techo bajo el que dormimos.

Frances se puso de pie. Estaba pálida. —¿Tan mal está la cosa, señorita?

Eleanor se detuvo. Miró a la joven doncella. Frances había nacido en la propiedad. Sus padres vivían en la casita junto a la verja.

—Es... complicado —dijo Eleanor. Se obligó a hablar con calma—. Pero lo arreglaré. Te lo prometo.

No sabía cómo iba a arreglarlo. No sabía cómo se enfrentaría a un hombre como el duque de Ashford. Era una mujer de campo. Sabía de ovejas, de rotación de cultivos y de cómo gestionar el presupuesto de una casa. No sabía nada de altas finanzas ni de los tiburones de la sociedad londinense.

Pero pensó en Thomas Miller en la loma. Pensó en el miedo de sus ojos.

—Prepare también el de seda azul —dijo Eleanor—. Y el de terciopelo verde.

—El de terciopelo verde es viejo, señorita —dijo Frances—. El encaje se está deshilachando.

—Tendrá que servir —dijo Eleanor—. No voy a Londres para ir a la moda. Voy a luchar.

Frances se acercó al baúl y empezó a doblar los vestidos. Eleanor fue a su tocador. Abrió el joyero. Era pobre. Una sarta de perlas. Un relicario de oro con la foto de su madre. Unos cuantos anillos.

Lo metió todo en una bolsita. No era suficiente. Nunca sería suficiente para pagar la deuda. Pero podría bastar para pagar unos días en una casa de huéspedes. Podría ser suficiente para conseguir una reunión con un banquero.

Se miró en el espejo. Estaba pálida. Tenía los ojos muy abiertos y asustados. No parecía una mujer capaz de desafiar a un duque. Parecía una «ingenua ratita de campo», como los periódicos de sociedad solían llamar a las muchachas como ella.

—Le desprecio —le dijo a su reflejo. Las palabras le supieron a hiel —. No le conozco y ya le odio.

Frances levantó la vista del baúl. —¿A quién, señorita?

—Al duque de Ashford —dijo Eleanor—. Al hombre que cree que puede comprar nuestras vidas con el dinero de su carbón.

Frances se estremeció. —He oído historias sobre él. Mi prima trabaja en una casa en Londres. Dice que es...

—¿Dice que es qué? —preguntó Eleanor. Se giró para mirar a la doncella.

—Dice que tiene agua helada en las venas —susurró Frances—. Que arruinó a un hombre solo por mirarle mal en un club. Que no tiene corazón.

—Mejor —dijo Eleanor. Se metió la bolsa de las joyas en el bolsillo—. Así no tendré que preocuparme por rompérselo.

Caminó hacia la ventana y miró hacia fuera una última vez. El sol se ponía tras las colinas. La luz teñía de oro la piedra gris de las casitas. Todo estaba en paz. Era su hogar.

—Tres meses —murmuró Eleanor.

El reloj de la chimenea marcaba el tiempo con fuerza. Tic. Tic. Tic.

Cada segundo era un segundo perdido. Cada segundo acercaba más a los agrimensores. Cada segundo acercaba más al duque.

—¿Está lista, Frances? —preguntó Eleanor.

Frances cerró los cierres del baúl. —Sí, señorita.

—Entonces, vámonos —dijo Eleanor—. Tenemos un tren que coger.

Salió de la habitación sin mirar atrás. No podía permitírselo. El pasado se había ido. Su tía se había ido. La seguridad de su infancia se había esfumado.

Ahora solo existía el futuro. Y el futuro era un hombre llamado Alexander Radcliffe.

Eleanor bajó las escaleras. Sus botas producían un sonido seco y rítmico sobre la madera. Sonaba como el redoble de un tambor. Sonaba a guerra.

Abajo, en el vestíbulo, el señor Abernathy aguardaba. Parecía desolado.

—Señorita Hartley —dijo—. Por favor, recapacite. Escriba una carta. Déjeme negociar a mí.

—Usted mismo dijo que había dado un ultimátum —replicó Eleanor mientras se ponía los guantes, alisando el cuero sobre los dedos—. Los ultimátums no son invitaciones para negociar por correo. Son amenazas.

—La comerá viva —dijo Abernathy.

—Que lo intente —dijo Eleanor.

Hizo una señal al lacayo para que se llevara el baúl. La pesada puerta de la mansión se abrió. El carruaje esperaba. Los caballos daban pisotones sobre la grava.

Eleanor subió. Frances la siguió con aspecto aterrorizado. La puerta se cerró de un portazo.

Mientras el carruaje arrancaba con una sacudida, Eleanor se recostó contra el respaldo. No lloró. Ya había llorado lo suyo en el funeral. Ahora no había lugar para las lágrimas. Solo había lugar para la ira.

Un nudo de ira fría y dura se le asentaba en el estómago. Era pesado y afilado. Era lo único que la mantenía entera.

Iría a Londres. Entraría en la casa del duque. Y lo obligaría a mirarla a los ojos y a decirle por qué su beneficio valía más que la vida de su gente.

El carruaje cruzó las puertas de la propiedad. La mansión desapareció tras los árboles. Eleanor se quedó mirando el asiento vacío frente a ella. Imaginó al duque sentado allí. Imaginó que se reía de ella.

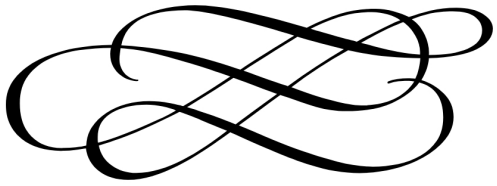
—No sabe lo que le espera, Su Gracia —susurró.

El viento aullaba fuera del carruaje, pero Eleanor no lo oía. Solo oía el tic-tac del reloj en su mente.

Tres meses.

El juego había comenzado.

CAPÍTULO 2



El panelado de roble del despacho del señor Sterling era lo bastante oscuro como para absorber la escasa luz que se filtraba por los altos y estrechos ventanales. Eleanor se sentó en el borde de la rígida silla de cuero y mantuvo la espalda erguida. Llevaba allí sentada veinte minutos mientras el señor Sterling revisaba los libros de contabilidad que ella había traído de Yorkshire. El tictac del reloj de pie en la esquina era el único sonido de la habitación.

El señor Sterling cerró finalmente el pesado libro. Se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo. No miró a Eleanor mientras lo hacía.

—Señorita Hartley —dijo—. Estas cifras son... pintorescas.

Eleanor apretó con más fuerza el asa de su retículo. —Son precisas, señor Sterling. El rendimiento del rebaño ha aumentado en un quince por ciento durante los últimos cuatro años. Los precios de la lana son estables. La finca es rentable.

—Rentable en un sentido rústico —corrigió el señor Sterling. Se volvió a poner las gafas sobre la nariz y la miró con una expresión que se podría reservar para un niño que acaba de presentar un pastel de barro como una obra maestra culinaria—. Pero estamos hablando de una hipoteca de tamaño considerable. Una hipoteca en manos del duque de Ashford.

—Soy consciente de quién posee la hipoteca —dijo Eleanor—. Por eso estoy aquí. Busco un inversor que compre la deuda. Si observa la proyección para la próxima cosecha, verá que el calendario de pagos es viable.

El señor Sterling se rio. Fue un sonido seco y quebradizo. —Mi querida señorita. Le está pidiendo a este banco que apueste contra el duque de Ashford. ¿Sabe lo que el duque pretende hacer en esas tierras?

—Pretende extraer carbón —dijo Eleanor.

—Precisamente —asintió Sterling—. Carbón. Industria. Progreso. Las minas de los Radcliffe son las más lucrativas del norte. El duque es un visionario. Ve el futuro de Inglaterra en la tierra. Usted ve... ovejas.

—Veo familias —replicó Eleanor—. Veo una comunidad que ha vivido en esa tierra durante generaciones. ¿Acaso eso no tiene valor para su banco?

Sterling suspiró. Empujó el libro de contabilidad sobre el escritorio hacia ella. —El valor sentimental no paga dividendos. El plan del duque es beneficio garantizado. Su plan depende del tiempo y de la salud del ganado. Es un riesgo pésimo.

—No estoy pidiendo caridad —insistió Eleanor. Se inclinó hacia delante—. Ofrezco un rendimiento constante. Y ofrezco la certeza moral de que no están desplazando a cincuenta familias por culpa de un pozo minero.

Sterling se levantó. Era una clara invitación a marcharse. —Esto es Londres, señorita Hartley. No una parroquia rural. Los negocios son negocios. El duque posee los papeles. Si quiere la tierra, tendrá la tierra. No es un hombre que acostumbre a perder.

Eleanor se levantó también. Cogió el pesado libro de contabilidad. —Así que se niega.

—Lo declino —dijo Sterling—. Y me gustaría ofrecerle un consejo. Vuelva a casa. Cásese con un buen terrateniente local. Deje los negocios para los hombres que los entienden. Es usted un ratoncito de campo ingenuo intentando detener una locomotora de vapor. Solo acabará herida.

Eleanor lo miró fijamente. Notó que la cara le ardía. —No soy un ratón, señor Sterling. Y no huyo de las locomotoras.

Dio media vuelta y caminó hacia la puerta. La abrió ella misma, ya que Sterling no hizo amago de ayudarla.

Fuera, en la concurrida calle, el ruido de Londres la golpeó de lleno. Los carruajes traqueteaban sobre los adoquines. Los vendedores ambulantes pregonaban sus mercancías. El aire estaba cargado de humo. Eleanor se detuvo en el escalón del banco y respiró hondo. Era el tercer banco en dos días. La respuesta era siempre la misma. No.

Frances la esperaba junto al coche de punto alquilado. La doncella parecía cansada. Su sombrero estaba lacio por la humedad del aire.

—¿Señorita Eleanor? —preguntó Frances mientras Eleanor subía—. ¿Ha aceptado?

Eleanor se sentó y dejó el libro de contabilidad en el asiento junto a ella. —No. No lo ha hecho.

Frances se dejó caer contra el respaldo. —Ese era el último nombre de la lista del señor Abernathy. ¿Qué vamos a hacer ahora? La habitación de la pensión solo está pagada hasta el viernes.

Eleanor miró por la ventana. Los edificios de la ciudad pasaban borrosos. Eran grises, altos e imponentes. Parecían muros de una

fortaleza.

—No vamos a volver —dijo Eleanor.

—Pero si nadie nos presta el dinero... —comenzó Frances.

—Si nadie nos presta el dinero para pagar al duque —dijo Eleanor—, entonces tendré que tratar con el propio duque.

Frances abrió los ojos de par en par. —¿No querrá decir que va a ir a verle? ¿A Ashford House?

—¿Por qué no? —preguntó Eleanor—. Él es quien nos amenaza. El que nos echa de nuestra tierra. ¿Por qué debería hablar con sus intermediarios? ¿Por qué debería hablar con banqueros cobardes que temen su título?

—Pero es... es el duque de Ashford —balbuceó Frances—. Dicen que es un calavera. Un libertino. Mi primo decía que ninguna mujer decente va a su casa sin chaperona.

—No voy como una mujer que busca su favor —dijo Eleanor. Se alisó la tela de los guantes—. Voy como propietaria. Voy a negociar.

—No la recibirá —dijo Frances—. Los hombres como él no reciben a gente como nosotras.

—Me recibirá —dijo Eleanor—. ¡Cochero!

Golpeó el techo del carruaje. El conductor abrió la trampilla.

—Cambio de destino —gritó Eleanor—. Grosvenor Square. Ashford House.

La trampilla se cerró de golpe. Frances parecía aterrorizada.

—Señorita Eleanor, por favor —susurró Frances—. Piense en su reputación.

—Mi reputación no evitará que la lluvia caiga sobre las cabezas de los Miller cuando derriben su cabaña —dijo Eleanor—. Mi reputación no alimentará a los hijos de los Davis cuando su padre no tenga rebaño que cuidar. Alexander Radcliffe cree que puede arruinarnos desde la distancia. Cree que solo somos líneas en un mapa que pueden borrarse. Quiero que me mire a la cara mientras lo hace.

El carruaje siguió traqueteando. Eleanor comprobó su reflejo en el pequeño cristal montado en la pared del coche. Su sombrero era sencillo. Su vestido era de un sobrio bombasí negro. No se parecía en nada a las damas que había visto en el parque, con sus sombrillas de seda y cintas de colores brillantes. Se veía severa.

«Mejor», pensó.

El carruaje aminoró la marcha y se detuvo. Eleanor miró hacia fuera. Ashford House era un palacio. Ocupaba media manzana. Los pilares de piedra blanca se alzaban tres pisos. Unas amplias escaleras conducían a una enorme puerta negra. Era una fortaleza de riqueza y poder.

—Espera aquí —le dijo Eleanor a Frances.

—¡Señorita!

—Si no he vuelto en una hora —dijo Eleanor—, puedes empezar a preocuparte. Hasta entonces, que el taxímetro siga corriendo.

Eleanor bajó del carruaje. Subió los escalones. Sus botas repicaban sobre la piedra. No vaciló. Agarró el pesado aldabón de latón y lo dejó caer tres veces. El sonido resonó como un disparo.

La puerta se abrió. Un mayordomo apareció allí. Era alto, delgado, y la miró por encima del hombro con una expresión de aburrimiento ensayado.

—¿Desea algo? —preguntó.

—He venido a ver al duque de Ashford —dijo Eleanor.

El mayordomo ni pestañeó. —Su Gracia no recibe visitas.

—No he preguntado si estaba recibiendo invitados —dijo Eleanor—. He dicho que estoy aquí para verle. Es un asunto de negocios.

El mayordomo la examinó de arriba abajo. Su mirada se demoró en el dobladillo de su vestido de luto y en la ausencia de una doncella que la acompañara.

—Su Gracia no trata asuntos de negocios en su residencia privada —dijo el mayordomo—. Y ciertamente no con... procuradores.

—No soy procuradora —repuso Eleanor—. Soy Eleanor Hartley. El duque posee la hipoteca de mi finca. Deseo hablar con él sobre las condiciones.

—Señorita Hartley —dijo el mayordomo, un nombre que claramente no le decía nada—. Si tiene alguna queja, puede escribir al secretario de Su Gracia en sus oficinas comerciales de la City. Buenos días.

Empezó a cerrar la puerta.

Eleanor plantó la mano contra la madera. El mayordomo se detuvo, con los ojos ligeramente abiertos ante el contacto físico.

—He escrito —mintió Eleanor—. No he recibido respuesta. He viajado desde Yorkshire. No me moveré de este umbral hasta que hable con el duque.

—Señora, retire la mano o llamaré a los lacayos para que la retiren a usted —dijo el mayordomo. Su voz bajó una octava, volviéndose peligrosa.

—Llámelos —dijo Eleanor—. Que arrastren a una mujer de luto de las escaleras del duque a plena luz del día. Estoy segura de que a las columnas de cotilleos les resultará delicioso. ¿No es por eso por lo que el duque es famoso? ¿Por el escándalo?

El mayordomo vaciló. En ese segundo de duda, Eleanor se movió y lo esquivó hasta entrar en el gran vestíbulo.

El suelo era de mármol blanco y negro. Una lámpara de cristal del tamaño de un carruaje colgaba del techo. Estatuas de dioses griegos ocupaban nichos a lo largo de las paredes.

Dos lacayos libreados avanzaron desde las sombras. Miraron al mayordomo esperando instrucciones.

—¡Detenedla! —siseó el mayordomo.

Eleanor no esperó. Vio un par de puertas dobles al final del pasillo. Eran de caoba con pomos de oro. Parecían importantes. Parecían el tipo de puertas tras las que se escondería un hombre que quisiera ocultarse del mundo.

—¡Señorita! —gritó uno de los lacayos. Intentó agarrarla del brazo.

Eleanor hizo un quiebro. Se recogió las faldas y caminó más rápido. —¡Voy a entrar!

—¡No puede entrar ahí! —gritó el mayordomo, perdiendo los papeles por completo.

Eleanor llegó a las puertas. Los lacayos estaban ya cerca de ella. Podía oír sus pesados pasos sobre el mármol. Agarró los pomos. Estaban fríos bajo sus guantes.

Abrió las puertas de par en par.

La sala que había más allá era inmensa. Las paredes estaban forradas de libros desde el suelo hasta el techo. Pesadas cortinas de terciopelo estaban echadas a medias, bloqueando el sol de la tarde. El aire estaba inmóvil.

En el centro de la habitación había un escritorio macizo. Y tras el escritorio, un hombre sentado.

Eleanor se detuvo. Respiraba con dificultad. El sombrero se le había echado hacia atrás. El pulso le martilleaba en la garganta.

Alexander Radcliffe, el duque de Ashford, levantó la vista.

Parecía un arma enfundada en un traje a medida.

Estaba recostado en un sillón de cuero, con una pierna cruzada sobre la otra. Llevaba una chaqueta azul oscuro que le sentaba demasiado bien sobre unos hombros que eran demasiado anchos para un hombre de ocio. Tenía el pelo oscuro, casi negro, y le caía sobre la frente de una manera que sugería que se había pasado los dedos por él recientemente.

Sostenía un vaso con un líquido ambarino en una mano. Un montón de papeles descansaba ante él.

No parecía sorprendido. Parecía molesto.

—Henderson —dijo el duque. Su voz era profunda. Se escuchaba en toda la estancia sin esfuerzo—. Creía haber dado instrucciones específicas de que no se me molestara.

El mayordomo apareció en el umbral tras Eleanor. Jadeaba ligeramente.

—Su Gracia —dijo Henderson—. Le pido disculpas. Esta persona... se ha abierto paso por la fuerza. La haré retirar inmediatamente.

Los dos lacayos entraron en la habitación. Miraron a Eleanor como si fuera un perro callejero que se hubiera colado en una catedral.

Eleanor dio un paso adelante. Se alejó de la puerta. Se adentró en la estancia.

—No me voy a retirar —dijo ella. Su voz temblaba, pero la obligó a estabilizarse—. No hasta que me escuche.

El duque la miró entonces. La miró de verdad. Sus ojos eran oscuros, inteligentes y completamente fríos. Escaneó su rostro, su vestido, sus manos. Era una evaluación. Era la forma en que un carnicero miraba una pieza de carne.

—¿Y quién —preguntó el duque— es usted?

—Soy Eleanor Hartley —dijo ella—. De Yorkshire.

El duque bebió un sorbo de su copa. No le ofreció asiento. No se puso en pie.

—Hartley —dijo. Hizo girar el líquido en el vaso—. Ah. La granja de ovejas. El embargo.

—No es una granja —corrigió Eleanor—. Es una finca. Es un hogar.

—Es un activo —corrigió el duque—. Un activo con una carga hipotecaria significativa. Una carga que está actualmente en mora.

—No está en mora —dijo Eleanor—. El plazo es de tres meses. Tengo tres meses.

—¿Entonces por qué está aquí? —preguntó el duque—. Si tiene el dinero, pague a los procuradores. Si no lo tiene, está haciéndome perder el tiempo.

Volvió a bajar la vista hacia sus papeles. La despachó. Así, sin más.

Eleanor sintió que la rabia nacía en su interior. Era caliente y afilada. Aquel hombre estaba allí sentado con su corbata de seda, bebiendo brandy en pleno día, decidiendo el destino de cincuenta familias sin pestañear. No le importaba. Para él, ella no era nada.

—Estoy aquí —dijo Eleanor, levantando la voz— porque es usted un ladrón.

El silencio que siguió fue absoluto.

El mayordomo ahogó un grito. —¡Señorita!

El duque dejó de moverse. Bajó lentamente el papel que sostenía. Volvió a mirarla. Esta vez, no había aburrimiento en sus ojos. Había una chispa.

—¿Un ladrón? —repitió en voz baja.

—Está robando mi tierra —dijo Eleanor. Caminó hacia el escritorio. Los lacayos se dispusieron a agarrarla, pero el duque levantó una mano. Se quedaron petrificados.

Eleanor se detuvo frente al escritorio. Apoyó las manos sobre la madera pulida y se inclinó hacia delante.

—Compró la deuda para poder embargar —dijo—. No quiere el dinero. Quiere el carbón. Planea destruir las cabañas. Planea convertir el valle en una fosa.

El duque la estudió. Se recostó en su silla, observando su rostro encendido.

—Soy un hombre de negocios, señorita Hartley —dijo—. El carbón calienta los hogares. El carbón alimenta las fábricas. El carbón es progreso. Las ovejas son... la cena.

—Esas ovejas mantienen a familias —dijo Eleanor—. Personas reales. Personas que han servido a su país. Personas que tienen hijos. ¿Acaso ellos no le importan? ¿Le importa algo que no sea el peso de su bolsa?

El duque se puso en pie.

Era alto. Mucho más alto de lo que parecía sentado. Se alzaba sobre ella. Su intimidación física fue repentina y abrumadora. Parecía ocupar todo el aire de la habitación.

Eleanor quiso dar un paso atrás. Cada instinto de su cuerpo le decía que huyera. Era peligroso. Podía verlo en la tensión de su mandíbula. Podía verlo en su postura, como un resorte a punto de saltar.

Pero pensó en Thomas Miller. Pensó en su cara cuando le preguntó si perdería su casa.

Afirmó los pies. Levantó la barbilla. Le miró directamente a los ojos.

—No me voy a ir —dijo—. No me iré hasta que acepte negociar. Necesito más tiempo. O necesito una garantía de que las cabañas seguirán en pie.

El duque rodeó el escritorio. Se movía con una gracia depredadora. Se detuvo a escasos centímetros de ella. Ella tuvo que estirar el cuello para mirarle a los ojos.

—Es usted muy valiente —dijo el duque. Su voz era baja—. O muy insensata. ¿Sabe quién soy?

—Sé qué es usted —dijo Eleanor—. Es un matón.

La comisura de la boca del duque se crispó. Era casi una sonrisa, pero no una amable.

—Me han llamado de muchas formas, señorita Hartley —dijo—. Calavera. Canalla. Bastardo. Pero matón... eso es pintoresco.

—Deje de burlarse de mí —espetó Eleanor.

—No me burlo de usted —dijo el duque—. Le estoy advirtiendo. Ha irrumpido en mi casa. Me ha insultado. Ha interrumpido mi trabajo. Y lo ha hecho todo con un sombrero que es, posiblemente, la pieza de sombrerería más trágica que he visto en toda la temporada.

La mano de Eleanor voló hacia su cabeza. El sombrero estaba torcido. Sabía que estaba torcido. Pero que él lo mencionara fue como una bofetada.

—Mi sombrero no es la cuestión —dijo ella.

—Todo es la cuestión —dijo el duque—. Está fuera de su elemento. Vuelva a Yorkshire. Prepare sus baúles. Los peritos llegan en dos semanas.

—No —dijo Eleanor.

—¿No? —El duque enarcó una ceja.

—No —repitió Eleanor—. Lucharé contra usted. Encontraré el dinero. Encontraré un inversor. Encontraré la forma de detenerle.

—No hay inversores —sentenció el duque—. Me encargué de ello. Soy el dueño del banco que tiene su pagaré. Poseo las tierras colindantes. Nadie tocará esa finca porque nadie quiere enemistarse conmigo.

Eleanor sintió que la sangre se le retiraba del rostro. —¿Usted... usted me bloqueó?

—Aseguré mi inversión —dijo el duque—. Son solo negocios.

—Es cruel —susurró Eleanor.

—Es eficaz —repuso el duque.

Le dio la espalda. Caminó hacia la ventana y miró hacia fuera.

—Henderson —dijo sin volverse—. Acompañe a la señorita Hartley a la salida. Si regresa, llame al agente de policía.

El mayordomo avanzó. Agarró a Eleanor del brazo. Su agarre era firme.

—Por aquí, señorita —dijo Henderson.

Eleanor miró la ancha espalda del duque. Tenía ganas de gritar. Ganas de tirar algo. Aquella arrogancia. La arrogancia absoluta e inamovible de aquel hombre.

Se soltó de la mano de Henderson de un tirón.

—Sé caminar sola —dijo.

Miró al duque por última vez.

—Esto no ha terminado —dijo a su espalda.

El duque no respondió. No se volvió.

Eleanor dio media vuelta y salió del despacho. Mantuvo la cabeza alta. Pasó por delante de los lacayos. Pasó por delante de las estatuas.

Salió por la puerta principal y bajó la escalinata.

Frances esperaba en el carruaje, con la cara pegada al cristal.

Eleanor subió. Se sentó. Le temblaban tanto las manos que tuvo que entrelazarlas en su regazo.

—¿Señorita? —preguntó Frances—. ¿Qué ha pasado? ¿Ha accedido?

Eleanor miró hacia la mansión. La puerta estaba cerrada de nuevo. La fortaleza estaba sellada.

—No —dijo Eleanor—. No ha accedido.

—¿Entonces nos volvemos a casa? —preguntó Frances.

Eleanor se miró las manos temblorosas. Recordó los ojos del duque. Recordó el frío cálculo de su voz. *Las ovejas son la cena.*

El miedo se había ido. El desespero había desaparecido. Solo quedaba el fuego.

—No —dijo Eleanor—. Nos quedamos.

—Pero el dinero... —dijo Frances.

—Aún no sé cómo —dijo Eleanor—. Pero voy a hacerle pagar. Voy a hacer que se arrepienta de haber oído jamás el nombre de Hartley.

Se recostó en el asiento. La imagen del duque en su despacho estaba grabada en su mente. Era un monstruo. Un monstruo hermoso y terrible.

Y ella iba a ser quien le diera caza.

CAPÍTULO 3

El carruaje aún no se había movido cuando la mano de Eleanor golpeó con fuerza contra el techo. El cuero vibró bajo su palma.

—Pare —dijo.

Frances dio un respingo en su asiento. —¿Señorita? ¿Nos vamos, verdad?

—No —dijo Eleanor. Alargó la mano hacia la manilla de la puerta. —No nos vamos.

—Pero el duque... —tartamudeó Frances, mirando la imponente fachada de piedra de Ashford House—. La ha despedido.

—Lo ha intentado —dijo Eleanor.

Abrió la puerta y volvió a bajar al pavimento. Había empezado a llover, una ligera llovizna que empapaba los adoquines, pero Eleanor no sentía el frío. Solo sentía el calor en sus mejillas y el palpitar de la sangre en sus oídos. Se había marchado. Había permitido que él le diera la espalda.

Regresó a las escaleras a paso firme.

El mayordomo, Henderson, seguía en el vestíbulo. Estaba ordenando a un lacayo que echara el cierre a la puerta principal. Se dio la

vuelta cuando Eleanor empujó el pesado panel de madera y entró, goteando agua sobre el mármol.

—Señorita Hartley —dijo Henderson. Su voz ya no era de aburrimiento. Estaba alarmado—. Se le ha indicado que se marchara.

—No he terminado —afirmó Eleanor.

—El duque está ocupado —dijo Henderson, moviéndose para bloquearle el paso—. No se le debe molestar.

—Entonces no debería haber amenazado con destruir mi hogar —replicó Eleanor.

No esperó a que le rebatiera. Esta vez no le dio un empujón. Simplemente lo rodeó con una velocidad que desafiaba el peso de sus faldas. Cruzó el vestíbulo. Los lacayos la observaban, demasiado atónitos para intervenir por segunda vez.

Llegó a las puertas dobles de caoba. No llamó. Agarró los pomos y las abrió de par en par con tal fuerza que rebotaron contra las paredes interiores con un estruendo que sonó como un pistoletazo.

Alexander Radcliffe estaba exactamente donde lo había dejado. Estaba de pie junto a la ventana. Se giró lentamente, con una copa de brandy en la mano.

—Usted —dijo él.

—Yo —respondió Eleanor. Cerró las puertas de golpe tras ella, encerrándose con él en la estancia.

—Creía haberme expresado con claridad —dijo Alexander. Volvió a su escritorio y dejó la copa—. La discusión ha terminado.

—No ha habido ninguna discusión —dijo Eleanor, caminando hacia el centro de la habitación—. Ha habido un dictado. Ha dado órdenes. Ha proferido amenazas. No ha escuchado ni una palabra de lo que he dicho.

—La he oído —dijo Alexander—. Quiere dinero. Quiere tiempo. Quiere que me compadezca de sus ovejas. La respuesta es no.

—¡No se trata de las ovejas! —gritó Eleanor.

El sonido de su propia voz la sorprendió. Ella nunca gritaba. Era una dama. Era la señora de una propiedad. Pero al mirar su rostro impasible y la máscara de aburrimiento que llevaba como si fuera una armadura, algo se quebró en su interior.

—Se trata de la codicia —continuó, dando un paso hacia él—. Es usted un hombre que tiene tanto que ni siquiera puede contarlo y, sin embargo, siente la necesidad de arrebatar lo poco que poseen los demás. ¿Por qué? ¿Es un juego para usted? ¿Disfruta con el sufrimiento ajeno? ¿Hace eso que el brandy sepa más dulce?

La mandíbula de Alexander se tensó. Un músculo palpitó en su mejilla.

—No presuma de saber lo que disfruto —dijo él. Su voz bajó de tono, volviéndose peligrosamente queda—. No sabe nada de mis responsabilidades.

—¿Responsabilidades? —Eleanor soltó una carcajada. Fue un sonido áspero—. ¿Habla de responsabilidades mientras está sentado aquí en su palacio y ordena la destrucción de una aldea? Yo soy la que tiene responsabilidades. Yo soy quien tiene que mirar a esas personas a los ojos. ¡Yo soy quien tiene que enterrarlas cuando mueran de hambre porque usted quería otra mina de carbón!

—No morirán de hambre —espetó Alexander—. Pueden trabajar en las minas. Pueden mudarse a la ciudad.

¿A los barrios bajos? —preguntó Eleanor—. ¿A los asilos para pobres? ¿Esa es su solución? ¿Los arrancaría de la tierra que trabajaron sus abuelos para echarlos a la cuneta solo para poder añadir otro cero a su libro de cuentas?

—¡Es el progreso! —rugió Alexander.

Golpeó el escritorio con la mano. Los papeles saltaron. El tintero traqueteó.

—¡Es un robo! —le gritó Eleanor.

El volumen de sus voces aumentó, rebotando en el techo alto y resonando a través de la gruesa puerta de roble. Eleanor no oía nada más que el torrente de su propia ira. Caminaba por la habitación, agitando las manos mientras hablaba, gesticulando salvajemente.

—Es usted un cobarde —le increpó—. Se esconde tras sus abogados y sus agrimensores. Tiene miedo de ver el daño que causa.

—No tengo miedo a nada —dijo Alexander. Salió de detrás del escritorio. Estaba reduciendo la distancia entre ellos—. Y ciertamente no tengo miedo de una solterona de provincias que cree que el mundo le debe la vida.

—El mundo no me debe nada —repuso Eleanor—. Pero usted me debe decencia. Me debe la oportunidad de pagar mi deuda sin perder mi alma.

Se dio la vuelta bruscamente para encararlo. Su movimiento fue tan seco, tan violento, que la cinta de su sombrero se enganchó en el cuello alto de su vestido. Echó la cabeza hacia atrás, pero la tela aguantó. El sombrero se torció. Se deslizó hacia un lado, quedando colgado precariamente de su oreja izquierda y dejando a la vista su cabello, que empezaba a soltarse de las horquillas.

No se lo colocó. No le importaba.

—Mírese —dijo Alexander. Ahora estaba gritando, a escasos palmos de ella—. Entra aquí, empapada, histérica, haciendo exigencias que no tiene derecho a hacer. Es usted un estorbo, señorita Hartley.

—Y usted es un canalla —escupió Eleanor—. Es exactamente lo que dicen los periódicos. Un calavera. Un libertino. Un hombre con una piedra donde debería tener el corazón.

Alexander dejó escapar un gruñido de frustración. Se llevó la mano al cuello y tiró del pañuelo. El almidón perfectamente anudado lo asfixiaba. Tiró de la seda hasta soltarla, deshaciendo el nudo. Los cabos colgaban sobre su pecho. Se pasó los dedos por el pelo, destruyendo el peinado impecable, dejando los mechones oscuros erizados en picos caóticos.

—¡Soy un hombre de negocios! —bramó—. ¡Y usted está invadiendo mi propiedad!

—Ahora es su propiedad —gritó Eleanor, invadiendo su espacio, mirándolo con ojos encendidos—. Pero antes fue mi hogar. Y no dejaré que se lo lleve sin una guerra.

—Entonces habrá guerra —dijo Alexander. Se cernió sobre ella. Tenía el rostro congestionado. Su respiración era pesada—. Y le prometo que yo nunca pierdo.

—Siempre hay una primera vez para todo —dijo Eleanor.

Se quedaron allí, bañados en sudor, con el pecho agitado, a escasos centímetros de distancia. El aire entre ellos chispeaba con una mezcla volátil de rabia y frustración. Era algo íntimo. Algo crudo. Era lo más cerca que Eleanor había estado nunca de un hombre que no fuera un pariente, y el calor que emanaba de él resultaba aterrador.

Alexander la miró. Bajó la vista hacia su boca y luego volvió a sus ojos. Parecía a punto de ponerla de patitas en la calle o de zarandearla.

En ese momento, el pomo de la puerta giró.

Ninguno de los dos se movió. Estaban bloqueados en su enfrentamiento, consumidos por la pelea.

La puerta se abrió de par en par.

—¿Alexander? —dijo una voz—. Hemos oído gritos desde el vestíbulo. ¿Va todo...? —La voz se cortó.

Eleanor se quedó helada. Parpadeó, y la bruma roja de la ira se despejó lo justo para darse cuenta de que la habitación estaba de repente llena de gente.

Giró la cabeza.

En el umbral había una mujer. Era mayor, regia, vestida con seda rígida de color púrpura. Los diamantes brillaban en su garganta. Tras ella estaban otras tres mujeres, todas escudriñando el interior de la habitación con ojos desorbitados por la sorpresa.

Eran la alta sociedad.

Eleanor sintió que la sangre se le retiraba del rostro. Miró a la mujer de púrpura. Luego se miró a sí misma.

Estaba a solas con el duque. La puerta había estado cerrada. Su pecho subía y bajaba con fuerza. Su sombrero colgaba de un lado de su cabeza como el de un borracho.

Miró a Alexander.

Él no estaba mejor. Su corbata estaba deshecha, con la seda blanca colgando sobre el chaleco. Su cabello estaba revuelto, erizado por

donde sus manos lo habían agarrado. Tenía el rostro encendido.

Para un observador externo, aquello parecía un estupro.

El silencio que descendió sobre la habitación fue denso. Resultaba asfixiante.

La mujer de púrpura —la madre de Alexander, la duquesa viuda, se dio cuenta Eleanor con un vuelco en el estómago— entró en la estancia. Se llevó unos impertinentes a los ojos y examinó la escena. Su mirada viajó desde la corbata deshecha de Alexander hasta el sombrero torcido de Eleanor.

—Alexander —dijo la duquesa viuda. Su voz era puro hielo—. ¿Tendrías la bondad de explicar por qué estás desaliñado en tu despacho con una mujer desconocida a puerta cerrada?

Una de las mujeres tras ella ahogó un grito. Otra se tapó la boca con una mano enguantada. Intercambiaron miradas. El tipo de miradas que destruyen reputaciones antes de que se ponga el sol.

—Madre —dijo Alexander. Dio un paso atrás para alejarse de Eleanor. Intentó alisarse el pelo, pero el daño ya estaba hecho—. Esto no es lo que parece.

—Parece —dijo una mujer vestida de verde— que ha estado usted entretenido, Excelencia.

—No he estado entretenido —espetó Alexander—. Estábamos discutiendo.

—¿Discutiendo? —La viuda enarcó una ceja—. ¿Es costumbre vuestra desvestiros durante un debate?

Eleanor alargó la mano y se tocó el sombrero. Intentó enderezarlo, pero le temblaban tanto las manos que solo consiguió empeorarlo.

—Estábamos tratando asuntos de negocios —susurró Eleanor. Su voz sonaba débil y patética en la gran estancia.

—Negocios —repitió la viuda. Miró a Eleanor de arriba abajo—. Ya veo. ¿Y qué negocios requieren tal... pasión?

Alexander se abotonó la chaqueta. Parecía acorralado. Por primera vez desde que Eleanor lo conoció, parecía inseguro de sí mismo.

—Es la señorita Hartley —dijo Alexander—. Es una... peticionaria.

—Parece más bien una mantenida —murmuró la mujer de verde.

Eleanor se estremeció. La palabra quedó flotando en el aire.

—¡No es mi mantenida! —gritó Alexander.

El arrebato no hizo más que empeorar las cosas. Demostraba que le importaba. Demostraba que estaba implicado.

La duquesa viuda golpeó la palma de su mano con el abanico. Tac. Tac. Tac.

—Estabais solos —declaró—. La puerta estaba cerrada. Se prohibió la entrada a los sirvientes. Y ahora miraos a ambos.

Gesticuló hacia la habitación. Los papeles en el suelo. El desorden. La respiración agitada.

—El escándalo —dijo la duquesa lentamente— será inmediato. Lady Jersey está justo detrás de mí, Alexander. ¿Crees que se lo guardará para sí?

Eleanor miró a las mujeres. Vio el brillo en sus ojos. Ya estaban escribiendo las cartas en su cabeza. *¿Te has enterado? El duque de Ashford. Una donnadie de provincias. En su despacho. Pillados con las manos en la masa.*

La comprensión inundó a Eleanor. Había venido aquí para salvar su propiedad. Había venido para luchar por sus colonos.

En lugar de eso, acababa de destruirse a sí misma.

—Madre, por favor —dijo Alexander—. La señorita Hartley entró por la fuerza. Estábamos gritando por una hipoteca.

—Una historia muy creíble —dijo Lady Jersey. Sonrió con una sonrisa pequeña y cruel—. Aunque admito que es una excusa novedosa para justificar la pasión.

Eleanor sintió que la habitación daba vueltas. Dio un paso atrás y chocó contra el escritorio.

—Debo irme —dijo Eleanor—. Tengo que marcharme.

—No puede marcharse —dijo la duquesa viuda—. Ha sido vista. El daño está hecho.

—¡Yo no he hecho nada! —exclamó Eleanor.

—No importa lo que haya hecho —dijo la viuda. Miró a su hijo—. Importa lo que hemos visto. Y lo que Londres oirá.

Alexander miró a Eleanor. Sus ojos volvían a estar endurecidos. El calor de la discusión se había ido, reemplazado por una fría comprensión de la trampa en la que habían caído.

—Fuera —les dijo Alexander a las mujeres—. Todas.

—Nos marchamos —dijo la viuda—. Pero te esperamos para cenar, Alexander. Tenemos mucho que hablar sobre tu... futuro.

Dio media vuelta y salió de la habitación con paso majestuoso. Las otras mujeres la siguieron, lanzando una última mirada al sombrero destrozado de Eleanor y a la garganta desnuda de Alexander.

La puerta se cerró.

Eleanor se quedó en mitad del silencio. Era ensordecedor.

Miró a Alexander. Él estaba mirando fijamente a la puerta. Parecía furioso. Pero esta vez, la furia no iba dirigida a ella. Iba dirigida al mundo entero.

—Insensata —dijo él. No la miró—. Pequeña y completa insensata.

—¿Yo? —chilló Eleanor—. Es usted quien...

—¿Tiene la menor idea de lo que acaba de hacer? —preguntó Alexander. Se giró hacia ella. Su rostro estaba pálido—. ¿Tiene idea de quiénes eran esas mujeres?

—Su madre —dijo Eleanor.

—Mi madre —dijo Alexander—. Y las chismosas más feroces de la aristocracia. Mañana por la mañana, cada persona en Londres creerá que la he tomado por amante.

Eleanor se agarró al borde del escritorio—. Pero no es verdad. Podemos negarlo.

—¿Negarlo? —Alexander se rio—. ¿Con usted con ese aspecto? ¿Conmigo así? —Señaló su corbata deshecha—. La verdad no tiene lugar en la sociedad, señorita Hartley. La percepción lo es todo. Y la percepción es que usted es una mujer arruinada.

Eleanor sintió que las lágrimas le escocían en los ojos. Las reprimió. No lloraría. No delante de él.

—No me importa la sociedad —dijo—. Me importa mi hogar.

—Ya no tendrá un hogar —dijo Alexander con brutalidad—. Cuando esta noticia llegue a Yorkshire, su reputación estará hecha jirones. Nadie la recibirá. Nadie hará negocios con usted. Será una paria.

Eleanor lo miró fijamente. El peso de sus palabras cayó sobre ella. Lo había arriesgado todo para salvar la propiedad. Y había perdido.

—Entonces ya no tengo nada más que perder —susurró.

Alexander la miró. Por un segundo, solo un segundo, vio algo brillar en sus ojos. ¿Pesar? ¿Piedad?

Luego apartó la mirada.

—Arréglese el sombrero —dijo—. Y márchese de mi casa.

Eleanor se llevó las manos a la cabeza. Sus dedos temblaban mientras desenredaba la cinta. La anudó bajo su barbilla. Seguía estando torcido.

Caminó hacia la puerta. No miró atrás.

La abrió y salió al pasillo. Los sirvientes la observaban. El mayordomo la observaba.

Pasó por delante de todos ellos. Salió por la puerta principal y bajó los escalones hacia el carruaje que esperaba.

Frances dormitaba en el rincón. Se despertó cuando Eleanor subió.

—¿Señorita? —preguntó Frances—. ¿Habló con él?

Eleanor se recostó en el asiento. Se sentía entumecida.

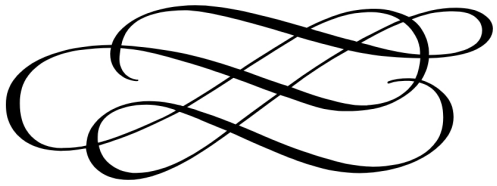
—Sí —dijo Eleanor—. Hablé con él.

—¿Y? —preguntó Frances.

Eleanor miró por la ventana. La lluvia caía ahora con más fuerza. Desdibujaba las luces de la casa.

—Y creo —dijo Eleanor— que he cometido un error terrible.

CAPÍTULO 4



El Salón Amarillo de Ashford House estaba diseñado para intimidar. Cada superficie estaba dorada, tenía espejos o estaba tapizada en seda de un tono canario cegador que hacía que Eleanor se sintiera pálida e insignificante con su desgastado vestido negro de luto. Estaba sentada en el borde de un sofá que costaba más que todo su rebaño de ovejas. Tenía las manos entrelazadas en el regazo. Se apretaba los dedos para evitar que le temblaran.

Llevaba esperando cuarenta minutos.

La puerta se abrió por fin. No chirrió. Las bisagras estaban demasiado bien engrasadas para eso.

La duquesa viuda de Ashford entró con paso majestuoso. Vestía una seda gris que crujía con el sonido de las hojas secas. No miró a Eleanor. Caminó directamente hacia la chimenea y ajustó una figurita de porcelana sobre la repisa.

—El *Morning Post* —dijo la viuda, dirigiéndose a la habitación en general— ha dedicado tres columnas al tema de su sombrero, señorita Hartley. El *Tatler* ha sido menos generoso. Se han centrado en la corbata de mi hijo.

Eleanor se levantó. Sentía las piernas rígidas.

—Su Excelencia —dijo ella—, no era mi intención que nada de esto sucediera.

La viuda se dio la vuelta. Su rostro era una máscara de polvos blancos y líneas severas.

—La intención es irrelevante —dijo—. Las consecuencias lo son todo. La encontraron a solas con el duque. Estaba despeinada. Estaba gritando. Para el mundo, es usted una seductora que ha atrapado a un par del Reino.

—Estaba negociando una hipoteca —dijo Eleanor.

—Estaba arruinando una reputación —corrigió la viuda—. La mía. La de mi hijo. El nombre de la familia.

La puerta se abrió de nuevo. Entró Alexander.

Tenía peor aspecto que el día anterior. Tenía ojeras. Llevaba una levita limpia y un corbatín anudado con precisión geométrica, pero se movía con la tensión de un hombre que camina hacia el cadalso.

No miró a Eleanor. Caminó hacia la ventana y se quedó mirando la calle.

—Madre —dijo él—, te dije que yo me encargaría de esto.

—No te has encargado de nada —espetó la viuda—. Has creado un espectáculo. Y ahora debo limpiar el desastre.

Se sentó en un sillón de respaldo alto y señaló el sofá con el dedo.

—Siéntese, señorita Hartley.

Eleanor se sentó. Se sentía como una colegiala llamada al despacho de la directora.

—La situación es intolerable —dijo la viuda—. Las invitaciones para el gran baile ya se han enviado. No podemos permitir que el duque de Ashford se vea asociado con un... asunto sórdido que involucre a una donnadie de provincias. Sugiere una falta de juicio. Sugiere una falta de control.

—Estoy aquí mismo —dijo Eleanor.

—Sé que está ahí —dijo la viuda—. Ese es el problema. Pero hay una solución.

Hizo una pausa. Se alisó la falda.

—Se casará con él —dijo la viuda.

Eleanor parpadeó. Miró a Alexander. Él no se movió. No se apartó de la ventana.

Volvió a mirar a la viuda.

—¿Cómo dice? —preguntó Eleanor.

—Se casará con Alexander —repitió la viuda—. Inmediatamente. Por licencia especial. Anunciaremos el compromiso mañana. Diremos que ha sido por amor. Un romance relámpago que superó los límites del decoro. Es la única forma de silenciar los cotilleos. Si es usted su prometida, la escena en el despacho se convierte en un apasionado desliz de juicio entre amantes, no en un escándalo.

Eleanor se rió. Fue un sonido corto e incrédulo.

—¿Casarme con él? —preguntó—. Le desprecio.

Alexander se apartó entonces de la ventana. Su expresión era sombría.

—El sentimiento es mutuo, señorita Hartley —dijo él.

—Entonces, ¿por qué aceptaría usted algo así? —exigió Eleanor. Se levantó de nuevo, incapaz de permanecer sentada—. Es una locura. He venido aquí para salvar mi hogar, no para encadenarme al hombre que intenta destruirlo.

—Siéntese —ordenó la viuda.

Eleanor no se sentó.
—No. No me casaré con él. Preferiría perder la propiedad. Preferiría vivir en una choza. Preferiría fregar suelos antes que casarme con un hombre que valora el carbón por encima de las vidas humanas.

—¿Preferiría perder la propiedad? —preguntó la viuda en voz baja.

Cogió una taza de té de la bandeja de plata que un lacayo había colocado silenciosamente sobre la mesa. Tomó un sorbo.

—Dígame, señorita Hartley —dijo la viuda—, ¿qué les ocurre a sus inquilinos cuando pierda usted la propiedad?

Eleanor se quedó helada.

—¿Qué les pasará a los Miller? —preguntó la viuda. Cogió un papel de la mesa—. ¿Y a los Davis? Mis abogados han sido muy minuciosos. Tengo una lista de cada familia que vive en las tierras de la familia Hartley.

—No pronuncie sus nombres —susurró Eleanor.

—Serán desahuciados —dijo la viuda—. En menos de una semana. Se procederá a la ejecución hipotecaria. Las cabañas serán demolidas. Las familias se verán arrojadas a los caminos. El invierno se acerca, ¿no es así?

Eleanor se aferró al respaldo del sofá. El dibujo del terciopelo se le clavaba en las palmas de las manos.

—Es usted cruel —dijo Eleanor.

—Soy pragmática —dijo la viuda—. Dice que quiere protegerlos. Dice que es la guardiana de su gente. Demuéstrelo.

—No puedo casarme con él —dijo Eleanor. Miró a Alexander—. Él tampoco quiere esto.

—No importa lo que él quiera —dijo la viuda. Miró a su hijo con ojos fríos—. Alexander tiene sus propias obligaciones. Los términos del fideicomiso de su abuelo son claros. Debe estar casado para cuando cumpla treinta años para acceder a todo el capital. Y debe permanecer libre de escándalos. Si no se casa con usted, y este escándalo se agrava, los administradores le cortarán el grifo. Perderá su posición. Perderá su financiación. No será nada.

Alexander apretó la mandíbula. Miró a Eleanor. Ya no había odio en sus ojos. Solo una desolada resignación. Estaba tan atrapado como ella.

—Así que ambos somos peones —dijo Eleanor.

—Todos somos peones del deber —dijo la viuda—. Ahora bien. Esta es la oferta.

Dejó la taza de té. La porcelana tintineó contra el plato.

—Cásese con mi hijo —dijo la viuda—. Sea la duquesa de Ashford. Interprete el papel durante un año. Dénos la respetabilidad que necesitamos.

—¿Y a cambio? —preguntó Eleanor.

—A cambio —dijo la viuda—, pagaré personalmente la hipoteca de la propiedad de los Hartley.

La habitación se quedó en silencio.

Eleanor miró fijamente a la mujer. —¿Usted... la pagará?

—Íntegramente —dijo la viuda—. La deuda quedará saldada. La tierra será suya, libre de cargas. Las operaciones mineras se detendrán en sus parcelas específicas. Sus inquilinos estarán a salvo. Para siempre.

Eleanor sintió que el aire abandonaba sus pulmones.

Era todo por lo que había venido. Era la seguridad de los Miller. Era el futuro de los Davis. Era la preservación del legado de su tía.

Todo lo que tenía que hacer era venderse.

Miró a Alexander. Él la observaba de cerca. Sabía exactamente lo que le pasaba por la cabeza. Era un hombre de negocios, después de todo. Conocía el valor de una transacción.

—Un año —dijo Eleanor.

—Un año de matrimonio público —asintió la viuda—. Después de eso, podrán vivir separados. Podrá retirarse al campo. Pero durante un año, debe ser la duquesa perfecta.

Eleanor se miró las manos. Estaban rojas y ásperas por el viento frío de Yorkshire. No eran las manos de una duquesa.

Pero eran manos que habían sostenido las manos de inquilinos moribundos. Eran manos que habían trabajado la tierra.

Pensó en la expresión de Thomas Miller. Pensó en el humo que salía de las chimeneas en el valle.

No tenía elección. Nunca la había tenido.

—Exigiré un contrato —dijo Eleanor. Su voz era firme, aunque le temblaban las rodillas—. Una garantía por escrito de que la hipoteca

se pagará el día de la boda. Y una cláusula que proteja a los inquilinos del desahucio.

La viuda sonrió. Fue una expresión aterradora.

—Es usted más práctica de lo que parece, señorita Hartley —dijo—. Los documentos ya están redactados.

Señaló el escritorio del rincón. Un documento yacía allí, esperando.

—¿Alexander? —dijo la viuda.

Alexander caminó hacia el escritorio. Cogió la pluma. La mojó en la tinta.

Miró a Eleanor.

—No seré un marido fácil —dijo él.

—Y yo no seré una esposa dócil —respondió Eleanor.

—Bien —dijo Alexander—. Detestaría aburrirme.

Firmó el papel. El rasgueo de la punta fue fuerte en la silenciosa habitación.

Le tendió la pluma.

Eleanor caminó sobre la alfombra. Se sentía como si caminara por aguas profundas. Cogió la pluma. Sus dedos rozaron los de él. Estaban fríos.

Miró el documento. Era una venta. Un intercambio. Su vida por las vidas de ellos.

Firmó con su nombre. *Eleanor Hartley.*

Dejó la pluma.

—Ya está hecho —dijo la viuda. Se levantó y tocó la campana—. Henderson la acompañará a las suites de invitados. Recogerán su baúl de sus... alojamientos. Los sastres llegarán por la mañana. La boda será dentro de tres días.

—¿Tres días? —exclamó Eleanor.

—El escándalo no espera a un noviazgo largo —dijo la viuda—. Bienvenida a la familia, Eleanor.

Salió de la habitación con paso majestuoso sin mirar atrás.

Alexander y Eleanor se quedaron solos. La tinta aún estaba fresca en la página.

Alexander fue al aparador y se sirvió una copa. Se la bebió de un trago.

—No espere que le dé las gracias —dijo—. Ha forzado mi mano tanto como mi madre.

—Yo no he forzado nada —dijo Eleanor—. Vine aquí para pagar una deuda. No pedí que me encontraran en su despacho.

—Pero te encontraron —dijo Alexander—. Y ahora estamos ligados.

La miró con una mezcla de resentimiento y evaluación.

—Ya tiene su propiedad, señorita Hartley —dijo—. Espero que la mantenga caliente por las noches. Porque yo, desde luego, no lo haré.

—No quiero su calor, Excelencia —dijo Eleanor. Se abrazó a sí misma —. Solo quiero su firma en la liberación de la escritura.

—La tendrás —dijo Alexander—. El día de la boda.

Caminó hacia la puerta. Se detuvo con la mano en el pestillo.

—Estamos en guerra, usted y yo —dijo él.

—Hemos estado en guerra desde el momento en que nos conocimos —dijo Eleanor.

—Cierto —dijo Alexander—. Pero ahora tenemos que dormir en la misma casa.

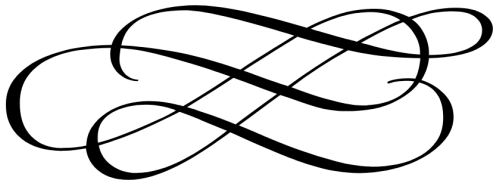
Abrió la puerta y se marchó.

Eleanor se quedó sola en el Salón Amarillo. Miró los espejos dorados y vio su reflejo. Una mujer menuda vestida de negro, de pie en una jaula de oro.

Los había salvado. Había salvado a todo el mundo.

A todo el mundo excepto a ella misma.

CAPÍTULO 5



La modista prendió con un alfiler el último pliegue de la seda color crema. Dio un paso atrás y admiró su trabajo con ojo crítico.

—Le queda bien —dijo la mujer—, aunque la cintura podría estar más ajustada.

Eleanor estaba de pie sobre el pedestal en el centro de la suite de invitados. Se miró en el espejo de cuerpo entero. El vestido era caro. El encaje de los puños era belga. La seda era lo suficientemente pesada como para sostenerse por sí sola.

—Servirá —dijo Eleanor.

Se bajó del pedestal. Frances la esperaba con los zapatos. Eran unas zapatillas de raso nuevas que le apretaban los dedos de los pies.

—El carruaje está esperando, señorita —dijo Frances. Le tendió los guantes.

Eleanor los cogió. Se calzó el cuero blanco sobre los dedos. Era el tercer día desde la reunión en el Salón Amarillo. Las horas habían pasado en un torbellino de pruebas de vestuario y documentos legales.

Salió de la habitación. El pasillo estaba vacío. La casa estaba en silencio.

Abajo, la duquesa viuda esperaba en el vestíbulo. Llevaba un sombrero con una pluma rígida que apuntaba directamente al techo.

—Llega a tiempo —dijo la viuda—. Bien. La puntualidad es una virtud en una duquesa.

Eleanor no hizo una reverencia. Asintió con la cabeza.

—¿Dónde está el duque? —preguntó Eleanor.

—Se ha adelantado a la iglesia —dijo la viuda—. Prefiere esperar en el altar antes que viajar con la novia. Es menos... asfixiante.

Salieron hacia el carruaje. El cielo de Londres era una lámina de pizarra gris. La lluvia amenazaba en las densas nubes.

El trayecto hasta St. George's Hanover Square transcurrió en silencio. La viuda leía una carta. Eleanor observaba las calles pasar. La gente caminaba, reía, compraba flores. Vivían sus vidas.

Eleanor se sentó con las manos entrelazadas en el regazo. Estaba a punto de poner fin a su vida tal como la conocía.

El carruaje se detuvo. Los escalones de la iglesia estaban mojados.

Eleanor bajó. Miró hacia arriba, al pórtico de piedra. Parecía un mausoleo.

Dentro, la iglesia estaba vacía a excepción del sacerdote y dos testigos proporcionados por los abogados de la viuda. El aire era frío. Olía a incienso viejo y piedra húmeda.

Alexander estaba ante el altar.

Llevaba un chaqué negro. Estaba de espaldas a la nave. Permanecía con los pies separados y las manos entrelazadas a la espalda. Parecía un soldado esperando a un pelotón de ejecución.

La viuda dio un codazo a Eleanor para que avanzara.

—Vaya —dijo.

Eleanor caminó por el pasillo. Sus pasos resonaban en el suelo de piedra. Tac. Tac. Tac.

Alexander se dio la vuelta.

Su rostro estaba pálido. Tenía la mandíbula tan apretada que un músculo palpitaba cerca de su oreja. Miró su vestido. Miró su rostro. Sus ojos eran inexpresivos.

Eleanor llegó al altar. Se detuvo a su lado. No le miró. Miró al sacerdote.

—Estamos aquí reunidos —comenzó el sacerdote. Su voz sonaba monótona en el espacio vacío.

La ceremonia fue corta. Fue una transacción. Una fusión comercial llevada a cabo ante Dios.

—¿Acepta, Alexander...? —preguntó el sacerdote.

—Sí, quiero —dijo Alexander. Su voz era áspera.

—¿Acepta, Eleanor...? —preguntó el sacerdote.

Eleanor miró la vidriera que había sobre el altar. Representaba a un mártir.

—Sí, quiero —dijo ella.

Alexander buscó su mano. Sus dedos eran de hielo. Le puso un anillo de oro en el dedo con brusquedad. Era pesado. El metal estaba frío contra su piel.

—Yo os declaro marido y mujer —dijo el sacerdote. Cerró su libro.

No hubo beso. Alexander soltó su mano de inmediato. Se dio la vuelta y caminó hacia la sacristía.

—Venga —susurró la viuda—. Firme el registro.

Eleanor la siguió. La sacristía era pequeña. El registro yacía abierto sobre una mesa.

Alexander firmó con trazos afilados y coléricos. *Ashford.*

Eleanor cogió la pluma. Le temblaba la mano. Escribió *Eleanor Radcliffe.*

El nombre le resultaba extraño. Parecía no estar bien.

—Excelente —dijo la viuda. Colocó un segundo documento sobre la mesa. Era la liberación de la escritura—. Y esto.

Mojó la pluma para Alexander.

Él miró el papel. Era la liberación de la hipoteca de la propiedad de los Hartley.

Miró a Eleanor. Entornó los ojos.

—Ya tienes tu premio —dijo.

—Tengo mi hogar —respondió Eleanor.

Él firmó. No miró el papel. La miró a ella mientras escribía. Era un desafío.

La viuda cogió la escritura. Sopló sobre la tinta para secarla. La dobló y se la entregó a Eleanor.

—La propiedad es suya —dijo la viuda—. Ahora. El carruaje os espera para llevaros a la estación. Pasaréis la luna de miel en la

propiedad. Es apropiado, ¿no cree? Ya que la tierra es el motivo de esta unión.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Eleanor.

—Tengo negocios en el norte —dijo Alexander. Caminó hacia la puerta—. Y no tengo ningún deseo de quedarme en Londres para escuchar los susurros.

Salieron de la iglesia. Había empezado a llover. Caía a cántaros.

Corrieron hacia el carruaje. Alexander la ayudó a subir. Su agarre en el codo de ella era firme. Demasiado firme.

Él subió tras ella. La puerta se cerró de un portazo. El carruaje dio un tirón al avanzar.

Estaban solos.

Eleanor se sentó en un lado. Alexander se sentó en el otro. El espacio entre ellos se llenaba con el sonido de la lluvia tamborileando en el techo.

Alexander se quitó los guantes. Los tiró sobre el asiento a su lado.

—Bien —dijo—. ¿Está satisfecha, Excelencia?

Pronunció el título con desdén.

—Estoy aliviada —dijo Eleanor. Tocó el papel que llevaba en el bolsillo—. Los inquilinos están a salvo.

—Los inquilinos —se mofó Alexander. Apoyó la cabeza contra el cuero del respaldo—. Has vendido tu libertad por un conjunto de cabañas de piedra y granjeros analfabetos.

—He vendido mi libertad para detener a un tirano —dijo Eleanor.

Alexander giró la cabeza. La miró.

—Un tirano —repitió—. ¿Eso es lo que soy?

—Amenazaste con destruirlos —dijo Eleanor—. Tú forzaste esto.

—Yo no he forzado nada —dijo Alexander. Se incorporó—. ¿Crees que yo quería esto? ¿Crees que quería estar encadenado a una mujer que me mira como si fuera el mismísimo diablo?

—Entonces, ¿por qué aceptaste? —preguntó Eleanor—. Eres un duque. Podrías haberte negado.

—¿Negarme? —Alexander se rio. Fue un sonido amargo—. No sabes nada de mi familia. El fideicomiso de mi abuelo controla toda la fortuna. El capital. Las inversiones. Las minas. Todo.

—¿Y?

—Y las condiciones son específicas —dijo Alexander—. Debo estar casado antes de los treinta. Y debo ser un hombre de "solidez moral". Si provoco un escándalo —un escándalo como ser sorprendido con una mujer en mi despacho—, los administradores tienen el poder de congelar los activos. Me dejarían sin nada. Perdería todo. El negocio. Los barcos. El poder.

Eleanor le miró fijamente. —Así que te has casado conmigo por dinero.

—Me he casado contigo por control —corrigió Alexander—. Me he casado contigo para conservar lo que es mío. Al igual que tú te has casado conmigo para conservar lo que es tuyo. Somos exactamente iguales, Eleanor. Los dos somos mercenarios.

—No somos iguales —dijo Eleanor—. Yo lo he hecho por los demás. Tú lo has hecho por ti mismo.

—¿Ah, sí? —preguntó Alexander—. Disfrutas del título, ¿verdad? ¿Disfrutas del vestido de seda? ¿Disfrutas del hecho de que ahora eres duquesa?

—Odio el vestido —dijo Eleanor—, y el título es una carga.

—Mentirosa —dijo Alexander.

—No me llames mentirosa —espetó Eleanor.

—Entonces deja de fingir que eres una mártir —dijo Alexander—. Has jugado la partida. Has ganado. Tienes la escritura. Tienes el anillo. Pero no esperes que haga el papel de marido devoto.

—No espero nada de ti —dijo Eleanor—, excepto distancia.

—La tendrás —dijo Alexander—. Una vez que estemos en la propiedad, yo gestionaré mis asuntos y tú gestionarás los tuyos. No te metas en mi camino.

—Yo gestionaré la propiedad —dijo Eleanor—, como siempre he hecho.

—La propiedad es mía ahora —dijo Alexander—. Por las leyes del matrimonio. Yo controlo la finca.

—La escritura está a mi nombre —dijo Eleanor. Se palmeó el bolsillo.

—La escritura está a tu nombre —asintió Alexander—, pero los derechos de gestión corresponden al marido. Así es la ley.

Eleanor se quedó helada. Le miró fijamente.

—Usted dijo..., la viuda dijo, que la tierra sería mía.

—La propiedad es tuya —dijo Alexander—; la administración es mía. Revisaré los libros de contabilidad. Revisaré los contratos de los inquilinos. Decidiré qué es eficiente.

—No tocarás a los inquilinos —dijo Eleanor. Alzó la voz—. Ese fue el acuerdo. Están a salvo.

—Están a salvo del desahucio —dijo Alexander—, por ahora. Pero si no resultan rentables... si agotan los recursos... se harán cambios.

—Estás intentando castigarme —dijo Eleanor.

—Estoy intentando dirigir un negocio —dijo Alexander—. No permito que el sentimentalismo domine mi contabilidad.

—Eres un monstruo —susurró Eleanor.

Alexander la miró. Sus ojos eran oscuros.

—Soy tu marido —dijo—. Ve acostumbrándote.

El carruaje aminoró la velocidad. Habían llegado a la estación de tren.

El ruido de las locomotoras de vapor era ensordecedor. Sonaban silbatos. El metal chirriaba contra el metal.

Alexander abrió la puerta. Salió. No le ofreció la mano.

Eleanor bajó. Sus zapatos de seda se hundieron en un charco de agua aceitosa.

Miró la espalda de Alexander mientras caminaba hacia el andén. Caminaba con zancadas largas y airadas.

Le siguió. Mantuvo la mano sobre el bolsillo. La escritura estaba ahí.

Pero se daba cuenta ahora de que el papel era solo papel. El hombre con el que se había casado era el verdadero peligro.

Subieron al vagón privado. Era lujoso, con asientos de terciopelo y mesas de caoba.

Alexander se sentó en un sillón junto a la ventana. Cogió un periódico. Lo abrió con un movimiento brusco.

Eleanor se sentó frente a él. Miró por la ventana. El tren empezó a moverse. Londres se alejaba. Los edificios grises dieron paso a los suburbios grises.

—¿Cuánto dura el viaje? —preguntó Eleanor.

Alexander no bajó el periódico.

—Seis horas —dijo.

—Seis horas —repitió Eleanor.

Miró sus manos sujetando el papel. Eran manos grandes. Manos fuertes.

Recordó cómo se veían al firmar el registro. Llenas de ira.

—Alexander —dijo.

Él bajó el periódico un par de centímetros. La miró por encima del borde.

—¿Qué?

—¿Vamos a pasar el próximo año así? —preguntó Eleanor—. ¿En silencio? ¿Enfurecidos?

—Tú empezaste la guerra, Eleanor —dijo él—. Yo solo la estoy librando.

—Yo no la empecé —dijo Eleanor—. La empezaste tú cuando compraste la deuda.

—Negocios —dijo Alexander—. Fueron negocios.

—Para ti —dijo Eleanor—. Para mí, era mi vida.

—Y ahora tu vida está ligada a la mía —dijo Alexander—. Una tragedia para ambos.

Volvió a levantar el periódico. El muro estaba erigido.

Eleanor leyó los titulares de la contraportada. *Sube el precio del carbón. Expansión industrial en el norte.*

Estaba leyendo sobre su dinero. Incluso el día de su boda.

Se giró hacia la ventana. La lluvia rayaba el cristal. Desdibujaba el mundo exterior.

Pensó en la colina de Yorkshire. Pensó en el viento.

Regresaba a casa. Pero se llevaba la tormenta con ella.

Un mayordomo entró en el vagón. Llevaba una bandeja con una tetera y sándwiches.

—Su Excelencia —dijo el mayordomo—. El almuerzo.

Colocó la bandeja en la mesa entre ellos.

—Gracias —dijo Eleanor.

El mayordomo hizo una reverencia y se marchó.

Eleanor alargó la mano hacia la tetera. El tren dio un bandazo. La tetera resbaló.

Alexander estiró la mano. Atrapó la tetera antes de que volcara.

Su mano rozó la de ella.

Eleanor retiró la suya como si se hubiera quemado.

Alexander dejó la tetera. Miró la mano de ella. Luego le miró a la cara.

—No voy a morderte —dijo.

—No estoy tan segura de eso —dijo Eleanor.

Alexander suspiró. Se pasó una mano por el pelo. Fue el mismo gesto que había hecho en el despacho. El gesto de un hombre al límite.

—Come un sándwich, Eleanor —dijo—. Estás pálida.

—No tengo hambre.

—Come —ordenó Alexander—. Si te desmayas, tendré que cargarte. Y no tengo ningún deseo de que se me arrugue la chaqueta.

Eleanor le fulminó con la mirada. Cogió un sándwich.

—Comeré —dijo—, pero solo porque necesito fuerzas.

—¿Fuerzas para qué? —preguntó Alexander.

—Para luchar contra ti —dijo Eleanor.

Alexander cogió su propio sándwich. Le dio un bocado. Masticó lentamente.

—Puede intentarlo —dijo—. Pero recuerde. Yo soy el dueño del tablero y de las piezas. Y ahora, soy el dueño de la reina.

Eleanor dejó el sándwich.

—No soy una pieza en tu juego —dijo.

—Eres la duquesa de Ashford —dijo Alexander—. Esa es la pieza más poderosa del tablero. Pero sigue siendo solo una pieza.

—Una reina puede comerse a un rey —dijo Eleanor.

Alexander dejó de masticar. La miró. Una pequeña sonrisa asomó a sus labios. No era una sonrisa amable. Era la sonrisa de un depredador que encuentra una presa que de verdad podría ser interesante cazar.

—Jaque mate —dijo suavemente.

Eleanor apartó la mirada. El corazón le latía con fuerza contra las costillas.

Le había desafiado. Había provocado a la bestia.

Y la bestia le devolvía la mirada.

El tren traqueteaba. Hacia el norte. Siempre hacia el norte.

Hacia el frío. Hacia el carbón. Hacia la guerra.

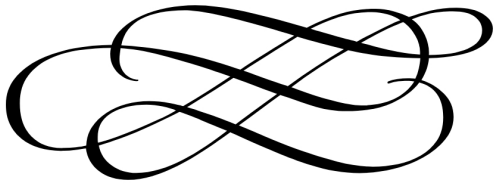
Eleanor se tocó el anillo que llevaba en el dedo. Le dio vueltas. Estaba apretado. Parecía un grillete.

Miró a Alexander. Estaba leyendo de nuevo.

Había salvado la propiedad.

Pero se preguntaba, mientras las millas desaparecían bajo las ruedas, si se había condenado a sí misma.

CAPÍTULO 6



Las ruedas del carruaje crujieron sobre la grava del largo camino que conducía a Hartley Manor. Eleanor se sentó erguida contra los cojines. Observó las familiares hayas pasar ante la ventana. Eran ramas desnudas recortadas contra un cielo gris.

Alexander estaba sentado frente a ella. Él no miraba los árboles. Miraba un reloj de bolsillo que ya había consultado tres veces en la última hora.

—El camino está en mal estado —dijo él—. El carruaje casi pierde un eje en la última curva.

—Es un camino rural —dijo Eleanor—. Cumple su función.

—Sirve para retrasar el transporte —dijo Alexander, cerrando el reloj de un golpe—. Es ineficiente.

El carruaje se detuvo ante los escalones de piedra de la mansión. La casa le pareció a Eleanor más pequeña de lo que recordaba cuando se marchó. O quizás el hombre sentado frente a ella, sencillamente, ocupaba demasiado espacio.

El lacayo abrió la puerta. Eleanor bajó. El viento se enredó en su falda. Era el mismo viento en el que había estado hacía solo unos días. Pero ahora estaba en él como duquesa.

La señora Gable, el ama de llaves, esperaba en los escalones. El servicio formaba una fila tras ella. Parecían nerviosos. Sus ojos pasaban de Eleanor a la figura alta e imponente que descendía del carruaje tras ella.

—Bienvenida a casa, señorita..., Su Gracia —dijo la señora Gable. Hizo una profunda reverencia.

Eleanor sonrió a la mujer. —Gracias, señora Gable.

Alexander subió los escalones. Se quitó los guantes. Examinó la fachada de la casa. Miró el musgo que crecía en el lado norte. Miró la hiedra que trepaba por el enrejado.

—La hiedra dañará el mortero —le dijo a la señora Gable—. Hagan que la corten.

La señora Gable parpadeó. Miró a Eleanor.

—La hiedra lleva ahí cincuenta años, Su Gracia —respondió la señora Gable.

—Entonces el mortero probablemente ya esté comprometido —dijo Alexander—. Quítenla. Hoy mismo.

Entró en la casa sin esperar respuesta.

Eleanor lo siguió. Cruzó una mirada con la señora Gable. Hizo un leve gesto de negación con la cabeza. *Espere*, decía el gesto.

Encontró a Alexander en el vestíbulo principal. Estaba girando sobre sí mismo lentamente. Evaluaba los retratos. Evaluaba la alfombra raída.

—Mi despacho —dijo él—. ¿Dónde está?

—La biblioteca está al final del pasillo —dijo Eleanor—. Mi tía usaba el escritorio de allí.

—La biblioteca —repitió Alexander—. Bien. Que suban mis baúles. Tengo trabajo que hacer.

Caminó hacia la biblioteca. Abrió la puerta y desapareció en su interior.

La guerra había llegado a Yorkshire.

A la mañana siguiente, Eleanor entró en el comedor. Alexander ya estaba allí. Estaba sentado a la cabecera de la mesa. En la silla de su tía.

Estaba leyendo un libro de contabilidad. *El* libro de contabilidad. El libro de cuentas principal del patrimonio.

Eleanor se detuvo en el umbral. —Eso es privado.

Alexander levantó la vista. Tenía una tostada en una mano.

—Es un registro de los activos de la propiedad —dijo—. Por lo tanto, es de mi incumbencia.

—Esos son los registros de los inquilinos —dijo Eleanor. Caminó hacia el aparador y se sirvió una taza de té. La mano le temblaba ligeramente. La sostuvo con firmeza contra la tetera de plata—. Contienen detalles personales.

—Contienen un catálogo de errores —dijo Alexander. Golpeó la página—. Aquí. La familia Miller. No han pagado el alquiler en tres meses.

—Thomas Miller se rompió la pierna —dijo Eleanor—. No podía esquilar las ovejas. Le ampliamos el crédito.

—Le dio caridad —corrigió Alexander—. Y aquí. Las reparaciones del establo oeste. Usó piedra local. Costó el doble que el ladrillo.

—Encaja con el paisaje —dijo Eleanor—. Y apoya a la cantera local.

—Es sentimentalismo —dijo Alexander. Cerró el libro con un golpe sordo—. Gestiona esta propiedad como un centro de beneficencia. Pierde dinero por todas partes.

—Sostiene a la gente —dijo Eleanor mientras se sentaba a la mesa. Lo miró fijamente por encima del borde de su taza—. No somos una fábrica, Alexander. Somos una comunidad.

—Una comunidad que no puede pagar sus deudas es una comunidad fallida —dijo Alexander—. He ordenado una revisión. Mis propios peritos llegarán al mediodía.

Eleanor dejó la taza. La porcelana tintineó.

—¿Peritos? —preguntó—. ¿Para qué?

—Para trazar la expansión —dijo Alexander—. La veta de carbón pasa bajo las tierras de pastoreo. Necesitamos determinar la mejor ubicación para los nuevos pozos.

—Lo prometió —dijo Eleanor—. El acuerdo. Dijo que los inquilinos estarían a salvo.

—Dije que no serían desalojados —dijo Alexander—. No dije que la tierra seguiría pareciendo una pieza de museo. Cavaremos alrededor de las cabañas si es necesario. Pero cavaremos.

Se puso en pie. Se abotonó la chaqueta.

—Me voy a la cresta —dijo—. Espero que los peritos sean puntuales. No interfiera.

Salió de la habitación.

Eleanor se quedó sola en el comedor. La tostada en su plato estaba fría.

Miró el libro de contabilidad. Él había marcado páginas con tinta roja. Líneas rojas sobre los nombres de familias que ella conocía de toda la vida.

Se levantó. Caminó hacia la ventana.

Afuera, un carruaje subía por el camino. No era un carruaje de caballero. Era un vehículo utilitario. Varios hombres con trípodes y cadenas estaban bajando.

Los peritos.

Eleanor se dio la vuelta. Salió corriendo de la habitación. Cogió su sombrero del gancho del vestíbulo. No se ató las cintas.

Salió por la puerta trasera. Cruzó el huerto. Sus botas se hundían en la tierra húmeda.

Tenía que llegar a la cresta antes que ellos.

* * *

* * *

El viento en la cresta era gélido. Eleanor se detuvo junto a la verja de madera que marcaba la entrada al pasto superior.

Los vio subir por la colina. Tres hombres cargando equipos pesados. Alexander cabalgaba en un caballo negro junto a ellos. Parecía un general liderando una carga.

Thomas Miller también estaba allí. Estaba junto al muro de piedra, observando a los hombres. Parecía aterrorizado.

—¡Señorita Eleanor! —gritó Thomas—. ¡Dicen que vienen a medir para empezar a cavar!

Eleanor llegó a la verja. Deslizó el pesado cerrojo de madera a su posición. Se giró para enfrentarse a los hombres que se acercaban.

—Quédese atrás, Thomas —dijo.

Los hombres llegaron a la verja. Se detuvieron. Miraron la madera bloqueada. Miraron a la mujer menuda que se alzaba ante ella.

Alexander llegó a caballo. Tiró de las riendas. El animal piafó de lado, levantando terrones de césped.

—Abra la verja —ordenó Alexander. Su voz fue un estallido de trueno.

—No —dijo Eleanor.

Los peritos miraron a Alexander. Parecían incómodos.

—¿Su Gracia? —preguntó uno de ellos.

—Ábranla —repitió Alexander. Miró a Eleanor desde arriba—. Está siendo infantil.

—Estoy protegiendo mi tierra —dijo Eleanor—. Este pasto es vital para el pastoreo de invierno. Si cava aquí, destruirá el alimento de todo el rebaño.

—Compraremos forraje —dijo Alexander—. Apártese.

—No —dijo Eleanor. Agarró el travesaño superior de la verja. Las astillas se clavaron en sus guantes—. No permitiré que convierta este campo en una mina.

Alexander desmontó. Entregó las riendas a uno de los peritos. Caminó hacia la verja.

Era alto. Se alzaba sobre la madera. Se alzaba sobre ella.

—Eleanor —dijo—. Está haciendo el ridículo. Los inquilinos están mirando.

Ella miró más allá de él. Colina abajo, la gente se había reunido. Los Davis. Los O'Malley. Formaban grupos, observando el enfrentamiento. Parecían asustados.

—Que miren —dijo Eleanor—. Que vean quién lucha por ellos.

—Está luchando contra el progreso —dijo Alexander—. Poseo los derechos minerales. Poseo los derechos de gestión. Abra la verja.

—La escritura está a mi nombre —dijo Eleanor.

—Y yo soy su marido —dijo Alexander—. No me obligue a forzar el cierre.

—Tendrá que romperlo —dijo Eleanor—. Y tendrá que quitarme de en medio.

Se miraron fijamente. El viento azotó el cabello de Eleanor contra su cara. El abrigo de Alexander ondeaba alrededor de sus piernas.

Él alargó la mano hacia el cerrojo.

Eleanor puso su mano sobre la de él.

La mano de él estaba caliente. Era grande. Cubría la suya por completo.

—No haga esto —susurró ella.

Alexander miró su mano. Luego la miró a la cara. Su expresión era dura. Implacable.

—He dado una orden —dijo.

Retiró el cerrojo. Usó su fuerza. Eleanor tropezó hacia atrás mientras la pesada madera se deslizaba.

Él empujó la verja para abrirla.

—Procedan —les dijo Alexander a los peritos.

Los hombres pasaron junto a Eleanor. No la miraron. Cargaron sus cadenas hacia el pastizal.

Alexander montó en su caballo. La miró desde lo alto.

—Vuelva a la casa, Eleanor —dijo—. Déjeme los negocios a mí.

Cruzó la verja cabalgando.

Eleanor se quedó en el barro. Thomas Miller se acercó a ella.

—¿Señorita Eleanor? —preguntó.

Eleanor observó a Alexander de espaldas. Estaba señalando el suelo. Estaba dando instrucciones a los hombres. Trazaba líneas sobre su corazón.

—Cierre el camino inferior —dijo Eleanor.

Thomas parpadeó. —¿Señorita?

—El camino inferior —dijo Eleanor. Su voz era firme—. El que usan los carros para subir el equipo. Bloquéalo.

—¿Bloquearlo con qué? —preguntó Thomas.

—Con las ovejas —dijo Eleanor—. Mueva el rebaño. Ahora. Llene el camino. Si quieren subir sus máquinas, tendrán que cargarlas por encima de quinientas ovejas.

Thomas sonrió. El miedo abandonó sus ojos.

—A la orden, señorita —dijo—. Podemos hacerlo.

—Y el puente —dijo Eleanor—. El de madera sobre el arroyo. Parece... inestable, ¿verdad?

Thomas asintió lentamente. —Muy inestable, señorita. Podría ser peligroso para carros pesados.

—Entonces, mejor cerrarlo para reparaciones —dijo Eleanor—. Inmediatamente.

—Yo me encargo —dijo Thomas. Echó a correr colina abajo, silbando.

Eleanor se volvió hacia el pasto. Alexander estaba mucho más adelante. No miró atrás.

Él creía que había ganado. Pensaba que la verja abierta era la victoria.

Él no conocía la tierra. No conocía a la gente.

Había iniciado una guerra.

Pero estaba luchando en el territorio de ella.

Eleanor se ató las cintas del sombrero. Las apretó bien.

—Perite eso —susurró.

Bajó de nuevo la colina. No corrió. Caminó con el paso de una mujer que tenía trabajo que hacer.

El servicio la observaba desde las ventanas de la cocina mientras se acercaba. Vieron la determinación en sus hombros. Vieron el barro en su dobladillo.

Vieron que la señora de Hartley Manor no estaba derrotada.

Entró en la cocina. La cocinera, la señora Bunting, dejó de picar cebollas.

—¿Su Gracia? —preguntó la señora Bunting.

—Señora Bunting —dijo Eleanor—. Es probable que los peritos del duque tengan hambre más tarde.

—¿Preparo una cesta? —preguntó la señora Bunting.

—No —dijo Eleanor—. Estamos escasos de suministros. La despensa está cerrada con llave.

Los ojos de la señora Bunting se agrandaron. Luego sonrió.

—Entiendo —dijo—. ¿Se ha perdido la llave, entonces?

—Extraviado —dijo Eleanor—. Trágico.

Salió de la cocina.

En la biblioteca, los papeles de Alexander estaban extendidos sobre el escritorio. Sus planes. Sus mapas.

Eleanor caminó hacia el escritorio. Miró el mapa de la expansión.

Cogió el tintero. Lo observó.

No lo derramó. Eso sería infantil.

En su lugar, movió la pila de informes de los peritos. Los colocó en el estante de los diarios de jardinería. En lo alto. Detrás de las enciclopedias.

Se sentó en la butaca.

Que los buscara.

La puerta se abrió. Alexander entró. Traía consigo el olor del aire frío y de los caballos.

Se detuvo al verla.

—Le dije que fuera a su habitación —dijo.

—Estoy en mi habitación —dijo Eleanor—. Esto es la biblioteca. Aquí leo.

Alexander caminó hacia el escritorio. Alargó la mano hacia sus informes. Su mano golpeó la madera vacía.

Frunció el ceño. Miró el lugar vacío. La miró a ella.

—¿Dónde están los informes? —preguntó.

—He ordenado un poco —dijo Eleanor. Abrió un libro de poesía—. Un escritorio desordenado es... ineficiente.

Alexander la miró fijamente. Sus ojos se entrecerraron.

—Está jugando a un juego peligroso, Eleanor.

—No estoy jugando —dijo Eleanor, pasando una página—. Estoy gestionando la casa. Como es mi derecho.

Alexander se inclinó sobre el escritorio. Apoyó las palmas de las manos sobre la madera.

—Has bloqueado el camino inferior —dijo—. Mis hombres dicen que hay ovejas por todas partes.

—Es hora de pastar —dijo Eleanor—. Las ovejas deambulan.

—¿Y el puente? —preguntó Alexander—. ¿De repente en reparaciones?

—La seguridad es lo primero —dijo Eleanor—. No podemos permitir que haya un accidente.

Alexander soltó un resoplido corto y seco. Se separó del escritorio.

—Muy bien —dijo—. Si deseas obstruirme, simplemente trabajaré a tu alrededor. Construiré un puente nuevo. Construiré un camino nuevo.

—¿Con qué piedra? —preguntó Eleanor—. La cantera está cerrada. Los hombres están ocupados... esquilando.

Alexander la miró. Por un momento, pensó que él podría gritar. Pensó que podría echarla.

En cambio, caminó hacia la ventana. Miró hacia las colinas grises.

—Se cree muy lista —dijo.

—Creo que tengo razón —dijo Eleanor.

—Ya lo veremos —dijo Alexander.

Se volvió hacia ella.

—La cena es a las siete —dijo—. No llegue tarde. Y póngase algo... apropiado. No somos campesinos.

—Me pondré lo que tengo —dijo Eleanor.

—Entonces haga que la modista le confeccione algo nuevo —dijo Alexander—. Es una duquesa. Intente parecerlo.

Salió de la habitación.

Eleanor cerró el libro. El corazón le latía contra las costillas como un pájaro atrapado.

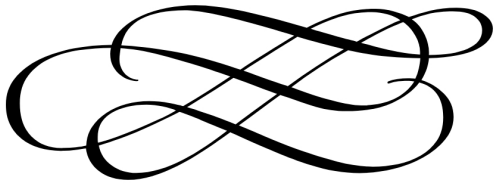
Lo había desafiado. Lo había saboteado.

Y había sobrevivido.

Miró hacia el estante donde estaban escondidos los informes.

Primer asalto para el ratón de campo.

CAPÍTULO 7



La semana posterior al incidente en la puerta transcurrió en una serie de escaramuzas calculadas. Alexander se levantaba temprano. Eleanor se levantaba aún más temprano.

Él ordenaba a los topógrafos cartografiar la cresta oriental. Eleanor informaba al guardabosques de que los urogallos estaban anidando exactamente en ese lugar y no se les podía molestar bajo pena de infringir las leyes contra la caza furtiva.

Él programaba una reunión con el capataz para discutir el uso de pólvora para voladuras. Eleanor entraba en la sala a los cinco minutos de comenzar la discusión. Llevaba una bandeja de té y un libro grande y polvoriento.

—He encontrado esto en los archivos —dijo ella. Colocó el libro encima del mapa que Alexander estaba estudiando. Las motas de polvo bailaban en el haz de luz solar que incidía sobre el escritorio.

Alexander miró el libro. Luego la miró a ella.

—¿Qué es esto? —preguntó él.

—Un estudio geológico de 1790 —dijo Eleanor—. Al parecer, hay un río subterráneo que pasa directamente bajo el pozo número tres propuesto. Si realizas la voladura, inundarás el valle.

El capataz, el Sr. Henderson, pareció alarmado. —¿Un río, Su Gracia? —dijo—. Eso sería catastrófico.

Alexander cerró los ojos por un segundo. Respiró hondo.

—Gracias, Eleanor —dijo él. Su voz era perfectamente monocorde—. Deja el libro. Lo... revisaremos.

—He marcado las páginas pertinentes —dijo Eleanor— con una cinta roja brillante.

Ella le sonrió. Era una sonrisa cargada de intención.

Se dio la vuelta y salió. Esperó en el pasillo. A través de la gruesa puerta de roble, oyó el sonido de un pesado libro golpeando el suelo.

Se alisó las faldas. Un pequeño y apretado nudo de satisfacción se asentó en su pecho.

Él quería una guerra. Pues ya la tenía.

La tregua se anunció el jueves por la mañana.

Alexander la encontró en el invernadero. Estaba podando las hojas secas de un helecho. Cortar los tallos secos le daba algo que hacer con las manos.

—Tenemos invitados esta noche —dijo Alexander.

Eleanor no levantó la vista. Clic. Clic.

—Estoy al tanto —dijo ella—. La Sra. Gable me ha informado. El *squire*, el vicario, los Whellington.

—La nobleza local —dijo Alexander—. Vienen a inspeccionarnos.

—Vienen a inspeccionarte a *ti* —corrigió Eleanor—. A mí ya me conocen. Quieren ver al duque de Londres que ha comprado la hipoteca.

—Quieren ver a la pareja feliz —dijo Alexander.

Eleanor hizo una pausa. Las tijeras se quedaron suspendidas sobre una hoja marrón.

—Entonces se sentirán decepcionados —dijo ella.

—No deben estarlo —dijo Alexander. Se acercó más y se detuvo junto a la mesa de cultivo—. Los rumores ya circulan por el pueblo: sobre la puerta, sobre las ovejas en el camino, sobre los dormitorios separados.

—La gente habla —dijo Eleanor.

—La gente invierte —dijo Alexander—. O no lo hace. Y ahora mismo, necesito la cooperación de los terratenientes locales para la extensión del ferrocarril. Si piensan que mi hogar es un caos, dudarán.

—Es que tu hogar *es* un caos —señaló Eleanor—.

—Esta noche —dijo Alexander— será un modelo de felicidad doméstica.

Se apoyó contra la mesa. La miró.

—Declararemos una tregua —dijo—. Durante cinco horas. Desde el momento en que llegue el primer carruaje hasta que se vaya el último. Seremos civilizados. Seremos afectuosos.

—¿Afectuosos? —Eleanor se rio. Soltó las tijeras—. Pides demasiado.

—Te pido que cumplas con tu deber —dijo Alexander—. Eres la duquesa. Interpreta el papel. Convéncelos de que este matrimonio

es real. Convéncelos de que me admiras.

—Soy una mala actriz —dijo Eleanor.

—Entonces aprende —dijo Alexander—. Rápido. Porque si el trato del ferrocarril fracasa, tendré que transportar el carbón por carretera. Y eso significa ensanchar los caminos que atraviesan el pueblo. Lo cual implica derribar los muros de piedra que tanto amas.

Eleanor le clavó la mirada. Él mantuvo la vista. No estaba fanfarroneando.

—Me estás chantajeando —dijo ella.

—Estoy negociando —dijo Alexander—. ¿Tenemos un acuerdo?

Eleanor se limpió las manos en el delantal. Miró el helecho. Estaba podado. Ordenado.

—Cinco horas —dijo ella.

—Cinco horas —asintió Alexander—. Ponte el de seda azul. Combina con tus ojos.

Se apartó de la mesa y se marchó.

Eleanor lo observó irse. Recogió las tijeras. Las cerró de golpe. El sonido fue nítido en el silencioso invernadero.

La seda azul estaba apretada. El corsé debajo lo estaba aún más. Eleanor estaba frente al espejo en su dormitorio. Frances le ajustaba el collar de zafiros que Alexander le había enviado en una bandeja de terciopelo hacía una hora.

—Es precioso, señorita —susurró Frances.

—Es pesado —dijo Eleanor. Las piedras estaban frías contra su garganta. Se sentían como un collar de perro.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Eleanor.

Alexander entró. Llevaba traje de noche formal. La chaqueta negra le sentaba a la perfección. El pañuelo blanco estaba impecable. Parecía un duque de la cabeza a los pies.

Frances hizo una reverencia y salió apresuradamente de la habitación.

Alexander miró a Eleanor. Su mirada recorrió desde los diamantes de su cuello hasta el dobladillo del vestido.

—Adecuado —dijo él.

—Qué gran elogio —dijo Eleanor.

—Ven —dijo Alexander. Le ofreció el brazo—. Están llegando.

Eleanor caminó hacia él. Puso la mano en su antebrazo. La lana de su chaqueta era fina. El músculo que había debajo estaba duro.

Bajaron las escaleras juntos. Sus pasos estaban sincronizados.

—Sonríe —murmuró Alexander.

Eleanor forzó las comisuras de los labios hacia arriba. —Estoy sonriendo —dijo ella.

—Parece que sientes dolor —dijo Alexander.

—Lo siento —dijo Eleanor—. Estos zapatos me aprietan.

—Piensa en los muros de piedra —dijo Alexander.

Llegaron al final de la escalera justo cuando el mayordomo abría la puerta principal.

El *squire* Danbury y su esposa entraron apresuradamente, seguidos por el vicario y la Sra. Whellington.

—¡Su Gracia! —tronó el *squire* Danbury. Hizo una profunda reverencia; tenía la cara roja por el frío—. Un honor, un verdadero honor.

—*Squire* —dijo Alexander.

Dio un paso adelante. La transformación fue instantánea. El hombre de negocios frío y eficiente desapareció y, en su lugar, apareció un anfitrión encantador. Su sonrisa era cálida; su postura, acogedora.

—Bienvenidos a Hartley Manor —dijo Alexander—. Eleanor me ha hablado mucho de ustedes.

Se volvió hacia Eleanor. Buscó su mano. Se la llevó a los labios.

—¿A que sí, querida? —preguntó.

Sus labios rozaron sus nudillos. Su aliento era cálido sobre su piel.

Eleanor se quedó helada. El corazón le dio un vuelco. Era una actuación. Sabía que era una actuación. Pero él lo hacía tan bien.

—Sí —logró decir Eleanor—. En efecto.

—Y, señora Danbury —continuó Alexander, desplegando su encanto ante la esposa del *squire*—, tengo entendido que es usted la campeona de la competición local de cultivo de rosas. Debe darle algunos consejos a Eleanor. A ella le cuesta lidiar con los pulgones.

La Sra. Danbury, radiante, se puso rosada de placer.

—¡Oh, Su Gracia! El secreto está en el agua con jabón —dijo con voz temblorosa.

Eleanor lo observaba. Él se movía entre ellos con una soltura ensayada. Se reía de los chistes malos del *squire* y escuchaba con atención la historia del vicario sobre el tejado de la iglesia.

Era un mentiroso. Un mentiroso magnífico y aterrador.

—¿Pasamos a cenar? —preguntó Alexander.

Le ofreció su brazo a Eleanor de nuevo. Ella lo tomó y él la atrajo un poco más cerca de lo necesario.

—Mejor —le susurró al oído—, pero intenta parecer menos una rehén.

—Es que soy una rehén —le siseó Eleanor—.

—Entonces disfruta del rescate —dijo Alexander.

Entraron en el comedor.

La mesa estaba puesta con la mejor porcelana. Las velas parpadeaban en los candelabros de plata.

Alexander se sentó a la cabecera y Eleanor, al otro extremo. Pero la mesa parecía más corta esta noche. Su presencia llenaba la estancia.

La conversación fluía, dirigida magistralmente por Alexander, que preguntó por la cosecha y por las cacerías locales.

—¿Y cómo le va la vida matrimonial, Eleanor? —preguntó la señora Whellington. Se inclinó hacia delante, con los ojos brillantes de curiosidad—. Debe de ser un cambio. Después de tantos años sola.

Eleanor bajó la mirada hacia su sopa. —Es... una adaptación.

—Eleanor es demasiado modesta —dijo Alexander desde el otro extremo de la mesa—. Ha asumido el papel maravillosamente.

Aunque admito que la distraigo de sus obligaciones con demasiada frecuencia.

Los invitados rieron entre dientes. Un murmullo sugerente recorrió la sala.

Eleanor se atragantó con la cuchara. Miró a Alexander. Él le guiñó un ojo.

Le guiñó un ojo.

Sintió ganas de lanzarle un panecillo.

En lugar de eso, sonrió. —Alexander es un esposo exigente —dijo.

—Solo porque valoro tu compañía —replicó él con suavidad.

La cena se prolongó, plato tras plato: ternera asada, patatas, zanahorias glaseadas.

Eleanor comía mecánicamente. Respondía a las preguntas, asentía y sonrió hasta que le dolieron las mejillas.

Finalmente, la comida terminó. Pasaron al salón.

La Sra. Danbury se sentó al piano. Empezó a tocar un vals.

—Baila conmigo —dijo Alexander.

Se plantó frente a Eleanor. No fue una invitación. Fue una orden envuelta en un guante de terciopelo.

—¿Aquí? —preguntó Eleanor—. ¿Ahora?

—Es lo que se espera —dijo Alexander.

La tomó de la mano. Tiró de ella para que se levantara.

Le puso la otra mano en la cintura.

Su mano era grande. El calor de su palma traspasaba la seda azul. Quemaba contra su corsé.

Eleanor soltó un ligero gemido. Levantó la vista hacia él.

Él la atrajo aún más. Sus cuerpos se rozaron.

—Relájate —murmuró Alexander—. Estás tiesa como un palo.

—Yo no bailo —dijo Eleanor.

—Todo el mundo baila —dijo Alexander—. Sígueme.

Empezó a moverse. La guiaba sin esfuerzo. La sorteaba entre los muebles.

Eleanor tropezó. Él la sujetó. Su agarre en su cintura se estrechó.

Ella le miró la garganta. El pulso latía rítmicamente bajo su piel. Olía el jabón que él usaba. Sándalo.

—Lo estás haciendo bien —dijo Alexander. Su voz era baja. Íntima.

—Les estoy mintiendo —dijo Eleanor—. Los dos lo estamos haciendo.

—Les estamos dando lo que quieren —dijo Alexander—. Míralos.

Eleanor miró por encima de su hombro. El *squire* y las damas los observaban con sonrisas sentimentales. Veían a una pareja joven y enamorada, veían un cuento de hadas.

—No lo saben —susurró Eleanor—. No saben que quieres excavar sus campos.

—Esta noche —dijo Alexander—, solo quiero bailar.

La hizo girar. La habitación se volvió borrosa. La luz de las velas se desdibujó en estelas doradas.

Por un momento, Eleanor olvidó la guerra. Olvidó el carbón. No era más que una mujer con un vestido azul, sostenida por un hombre que se movía como el humo.

Apretó la mano sobre el hombro de él. Le miró a los ojos.

Eran de un gris oscuro. Como las nubes de tormenta sobre el páramo.

Él le devolvió la mirada. El encanto se desvaneció. La máscara se agrietó.

Su mirada era intensa. Hambrienta.

—Eleanor —dijo él.

La música cesó. La Sra. Danbury terminó con un floreo.

Alexander se detuvo. No la soltó de inmediato. La retuvo un segundo más de lo que permitía el decoro.

A Eleanor se le entrecortó la respiración.

Entonces él retrocedió. La máscara volvió a su sitio de golpe.

—Gracias, querida —dijo en voz alta—. Bailas divinamente.

Se volvió hacia los invitados.

—¿Un brandy en la biblioteca para los caballeros? —sugirió.

El hechizo se rompió. El Squire se levantó. Los hombres abandonaron la estancia.

Eleanor se dejó caer en el sofá. Sentía las piernas débiles. La piel le hormigueaba donde él la había tocado.

—Su marido es encantador —suspiró la señora Whellington—. Es usted una mujer afortunada, Eleanor.

—Afortunada —repitió Eleanor.

Miró hacia la puerta por la que Alexander había desaparecido.

Se sentía indispuesta. Se sentía eufórica. Se sentía confundida.

El resto de la velada fue un borrón. Té. Cotilleos. Despedidas corteses.

Finalmente, el último carruaje se alejó por la entrada. La pesada puerta principal se cerró.

El silencio inundó de nuevo el vestíbulo.

Alexander estaba junto a la mesa. Se servía un vaso de whisky. Parecía exhausto. El encanto se había esfumado y parecía un hombre que hubiera cargado con un peso enorme durante horas.

Eleanor estaba cerca de las escaleras. Se desabrochó el collar de diamantes.

—Se han ido —dijo ella.

—Sí —dijo Alexander. Bebió—. Y el *squire* ha aceptado la servidumbre para el ferrocarril. La tregua ha sido un éxito.

—Me alegro —dijo Eleanor. Su voz era plana.

—Has interpretado bien tu papel —dijo Alexander. No la miró.

—Estoy cansada —dijo Eleanor—. Me voy a la cama.

—Eleanor —dijo Alexander.

Ella se detuvo. Se dio la vuelta.

Él la miró. Miró el lugar de su cintura donde había estado su mano.

—El estudio —dijo—. El del río subterráneo.

—¿Sí?

—Mis ingenieros lo han revisado —dijo Alexander—. Tenías razón. El pozo habría sido inestable.

Eleanor se aferró a la barandilla.

—Ya veo —dijo ella.

—Así que —dijo Alexander—. Me has ahorrado una cantidad considerable de dinero. y el bochorno.

—He salvado el valle —dijo Eleanor.

—Sea como sea —dijo Alexander—. Gracias.

Era la primera vez que le daba las gracias. Era la primera vez que admitía que ella tenía razón.

—Buenas noches, Alexander —dijo Eleanor.

—Buenas noches —dijo él.

Ella subió las escaleras. Sintió sus ojos clavados en su espalda.

Entró en su habitación. Frances estaba esperando para desabrocharle el vestido.

—¿Ha ido bien, señorita? —preguntó Frances.

Eleanor se miró al espejo. Tenía las mejillas encendidas. Los ojos le brillaban.

—Sí —dijo Eleanor—. Ha ido bien.

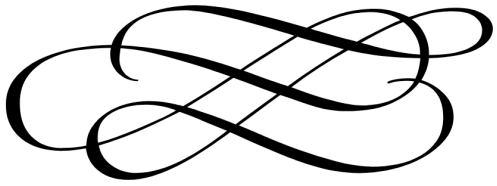
Se tocó la cintura. El calor seguía allí. Una marca fantasma.

Comprendió entonces que la guerra había cambiado. Ya no se trataba solo de tierras.

Se trataba de él.

Y ese era un campo de batalla mucho más peligroso.

CAPÍTULO 8



El barro en el camino bajo era lo bastante espeso como para tragarse una bota, así que Eleanor se levantaba las faldas mientras caminaba por el arcén. El dobladillo de su pesado manto de lana rozaba la hierba mojada, empapándose a cada paso.

Alexander caminaba delante de ella, calzado con botas altas de montar y un recio sobretodo que lo protegía del viento cortante. Se detenía cada pocos metros para inspeccionar las zanjas de drenaje, hurgando con el ceño fruncido en la mezcla de hojas y agua con un palo.

—Bloqueadas de nuevo —dijo, tirando el palo a un lado.

—Las hojas caen todos los años —apuntó Eleanor, esquivando un charco—. Es la naturaleza de los árboles.

Alexander se dio la vuelta y el viento le azotó el cabello oscuro contra la frente. —Es la naturaleza del mantenimiento el limpiarlas. Si el agua no puede drenar, el camino se inunda, y si el camino se inunda, los carros de carbón no pueden pasar. Es simple física.

—Solemos limpiarlas en noviembre —respondió Eleanor.

—Estamos en noviembre, y las zanjas están llenas —señaló Alexander, anotando la ubicación en un pequeño cuaderno que llevaba consigo.

Siguieron caminando en un silencio que solo rompía el sonido de sus botas sobre la grava. Era el cuarto día de inspecciones, y Alexander insistía en ver cada palmo de los límites de la propiedad porque no se fiaba de los mapas. Eleanor lo acompañaba, diciéndose a sí misma que era para proteger a los arrendatarios de sus críticas, aunque la casa se sentía demasiado grande y vacía cuando se quedaba atrás.

Doblaron un recodo del carril cerca de la granja de los O'Malley, donde la pista se estrechaba, bordeada por un talud empinado a un lado y un muro de piedra al otro. Un carro se encontraba en mitad del camino, cargado de madera para las reparaciones de las cercas. Estaba inclinado en un ángulo extraño porque la rueda trasera izquierda se había hundido profundamente en un bache, haciendo que la carga se ladeara peligrosamente hacia el muro.

Patrick O'Malley estaba junto al caballo, tirando de la brida y gritando al animal mientras los cascos de este resbalaban en las piedras mojadas. —¡Tira! ¡Bestia inútil!

El carro no se movía y la madera crujía bajo la tensión.

Alexander alargó el paso y caminó hacia el carro. —Deje de gritar al caballo —ordenó—. Le romperá una pata en estas piedras.

Patrick dio un respingo y se giró. Vio al duque y se quitó la gorra de la cabeza de un tirón. —¡Excelencia! Yo... lo siento. La rueda se deslizó en el barro.

Eleanor los alcanzó y miró la rueda. El eje descansaba sobre el suelo y el barro sujetaba la llanta como un tornillo de banco. —Está atascado por completo —dijo ella—, y tendremos que mandar a buscar otra yunta para sacarlo.

—Eso llevará horas, y si esta madera se desplaza, aplastará el muro —dijo Alexander, rodeando el carro para inspeccionar la carga. Se

quitó los guantes y se los metió en el bolsillo—. Desenganche al caballo.

Patrick lo miró fijamente, desconcertado. —¿Excelencia?

—El caballo —repitió Alexander, señalando los tiros—. Desengánchelo. No sirve de nada que tire contra un peso muerto.

Patrick se apresuró a soltar los tiros y alejó al caballo de las varas. Alexander se quitó el sobretodo y se lo entregó a Eleanor sin mirarla.

—Sujeta esto —dijo.

Debajo llevaba una fina chaqueta de tweed, nada adecuada para el trabajo manual. Caminó hasta la parte trasera del carro y se agachó. —Tenemos que levantar el eje para poder colocar piedras bajo la rueda y que tenga tracción.

—¿Levantarlo? —preguntó Patrick con los ojos como platos—. Con perdón, Excelencia, pero este carro pesa una tonelada. Ha hecho falta que lo cargaran tres hombres.

—Entonces es una suerte que yo esté aquí —dijo Alexander—. Coja la esquina izquierda, señor O'Malley. Yo me encargaré del eje.

Eleanor dio un paso adelante, aferrando el pesado abrigo. —Alexander, no puedes. Arruinarás tu ropa y te harás daño.

Él la ignoró, agachándose más en el barro hasta que el fango se filtró por la parte superior de sus botas. Agarró la madera grasienta del eje. —A la de tres. Una. Dos. Tres. Arriba.

Apretó los dientes y las cuerdas de su cuello se tensaron por el esfuerzo. El carro gimió y la madera crujió, pero lenta, agónicamente, el pesado vehículo empezó a elevarse. La rueda succionó contra el barro, haciendo un sonido húmedo al soltarse.

Eleanor observaba con la boca entreabierta, atónita por la pura fuerza física necesaria para mover aquel peso. Vio la tensión en sus hombros y se dio cuenta de que no era la fuerza ociosa de un deportista, sino la potencia funcional de un trabajador.

—Más alto —gruñó Alexander—. Coja la piedra, O'Malley. Métala debajo de una patada.

Patrick luchaba con la esquina, pero logró meter una piedra grande y plana bajo la llanta de la rueda elevada.

—Bajad —dijo Alexander, y bajaron el carro. La rueda se asentó sobre la piedra, quedando ahora más alta y fuera del profundo bache.

Alexander se puso en pie y se limpió las manos en los pantalones, dejando manchas de grasa de eje y barro en la tela. Respiraba con dificultad, y su pecho subía y bajaba por el esfuerzo. —Ahora, enganche al caballo. Debería rodar.

Patrick se quedó mirándolo, con la vista clavada en las manos sucias del duque. —Yo... gracias, Excelencia. Nunca pensé...

—No piense —dijo Alexander, buscando su abrigo—. Limítese a mover la madera antes de que vuelva a llover.

Eleanor le tendió el abrigo, mirándolo con una nueva perspectiva. Tenía una mancha de suciedad en la mejilla, el cabello desordenado y un aspecto rudo. Parecía real.

—Estás cubierto de barro —dijo ella.

—El barro se quita con agua —respondió Alexander, abrochándose el sobretodo sobre la chaqueta arruinada—. Los ejes rotos son caros. —Miró a Patrick, que enganchaba al caballo con renovado vigor—. Trabaja duro, pero sobrecarga el carro. Dile que haga dos viajes la próxima vez.

—Podrías decírselo tú —sugirió Eleanor.

—Me tiene pavor —dijo Alexander—. A ti te escucha.

Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la mansión con un paso funcional y largo que devoraba la distancia, despojándose de la arrogancia que ella solía asociar con él. Eleanor se apresuró a alcanzarlo.

—Lo has sorprendido —dijo ella.

—Te he sorprendido a ti —corrigió Alexander.

—Sí —admitió Eleanor—. No pensaba que un duque supiera cómo levantar un carro.

—Física, Eleanor —dijo Alexander, pasando el pulgar por un manchón de grasa en su mano—. Además, pasé mis veranos en las minas de Cornualles. Mi progenitor insistió en que aprendiera el negocio desde abajo.

—¿Trabajaste en una mina? —preguntó Eleanor.

—Cargaba lámparas y empujaba vagonetas hasta los dieciséis años —dijo Alexander—. Conozco el peso de las cosas.

Eleanor miró su perfil, afilado contra el cielo gris. Se había formado una imagen de él como un hombre de seda y libros de contabilidad que frecuentaba clubes y apostaba, pero nunca se había imaginado a un niño empujando vagonetas de carbón en la oscuridad.

—No lo sabía —dijo ella en voz baja.

—Hay muchas cosas que no sabe —dijo Alexander, deteniéndose a mirar la zanja por la que habían pasado antes—. Al igual que hay muchas cosas que yo no sé sobre ovejas. Pero sé que esta zanja necesita una limpieza.

—Hablaré con el guardés —dijo Eleanor.

—Bien —asentió Alexander.

Caminaron el resto del trecho en silencio, pero el filo cortante de la hostilidad se había embotado, sustituido por la tranquila camaradería de dos personas que habían lidiado con un problema y lo habían resuelto.

* * *

* * *

La biblioteca estaba caldeada y el fuego chisporroteaba en el hogar, proyectando largas sombras danzantes sobre las hileras de libros. El viento golpeaba los cristales y sacudía los marcos de las ventanas, pero en el interior todo estaba en calma. Era pasada la medianoche y la casa dormía, pero Alexander seguía sentado al escritorio, trabajando.

Se había bañado y cambiado por una bata de fumar de terciopelo, pero las líneas de la fatiga estaban profundamente grabadas alrededor de sus ojos y su boca. Leía los informes de agrimensura del pasto norte, con un lápiz en la mano derecha y haciendo pequeñas y precisas anotaciones en los márgenes.

Eleanor estaba sentada en el sillón de orejas de su tía con un libro abierto en el regazo, pero no había pasado página en veinte minutos porque lo estaba observando. Observaba cómo fruncía el ceño al encontrar una discrepancia y cómo se frotaba el puente de la nariz cuando se le cansaba la vista. No parecía un monstruo; parecía un hombre cargando con el peso del mundo.

Pensó en el carro y en la forma en que él se había metido en el barro sin dudarlo. Alexander había levantado el peso por sí mismo, demostrando que no era el libertino ocioso que ella había imaginado.

Él suspiró, un sonido pesado y entrecortado, y fue a coger su vaso de agua, encontrándolo vacío. Eleanor se levantó, con el susurro de su camisón de seda rompiendo el silencio, y caminó hacia el aparador. Cogió el decantador de cristal, vertió un poco de líquido ambarino en un vaso y lo colocó cerca de su mano.

—Brandy —dijo ella—. Ayuda con el frío.

Alexander miró el vaso y luego a ella, con los ojos desprotegidos y el escudo de frialdad bajado. —Gracias.

Dio un sorbo y pasó un dedo por el borde del vaso. —¿El carro de los O'Malley? ¿Llegó al granero?

—Sí —dijo Eleanor—. Thomas me ha dicho que terminaron la cerca antes de que anocheciera.

—Bien —dijo Alexander—. El muro de piedra de allí es antiguo. ¿Del siglo doce?

—Del XIII —corrigió Eleanor—. Lo construyeron los monjes.

Alexander asintió pensativo. —Es un buen trabajo. Sólido. Deberíamos preservarlo.

Eleanor sintió un vuelco en el pecho. —Pensé que querías ensanchar el camino.

—Ahí no —dijo Alexander, levantando la vista con el asomo de una sonrisa—. No si eso significa destruir la historia. Podemos desviar los carros por el valle bajo; añadirá tres kilómetros al trayecto, pero salvará el muro.

Eleanor lo miró fijamente. —Eso es... ineficiente.

—Tal vez —admitió él—. Pero algunas cosas tienen un valor que va más allá de su utilidad.

Eleanor miró sus manos descansando sobre el informe abierto. Tenía un moretón en los nudillos por la rueda del carro y un rasguño en el pulgar. Eran manos capaces que podían destruir, sí, pero también manos que podían construir y ayudar.

—¿Por qué lo hace? —preguntó Eleanor—. ¿Trabajar tanto? Tiene abogados y administradores. Podría quedarse en Londres y dejar que le envíen los beneficios. ¿Por qué está aquí, hasta medianoche, leyendo sobre zanjas de drenaje?

Alexander miró al fuego, con la luz reflejada en sus ojos. —Porque es mío —dijo—. Y porque si fracaso, no soy más que otro aristócrata inútil gastando una herencia que no se ha ganado.

Cogió el lápiz y le dio vueltas entre los dedos. —Pasé diez años reconstruyendo el nombre de esta familia. Compré las minas y los barcos, sacándolo todo del fango. No dejaré que vuelva a hundirse.

Eleanor observó las líneas de su rostro y vio en ellas la desesperación, el miedo al fracaso que lo impulsaba. No era codicioso; estaba aterrado.

—No es como su padre —dijo Eleanor, aunque no supo por qué lo decía.

Alexander la miró con una intensidad escrutadora. —Soy un Radcliffe. La sangre es la misma.

—Pero el hombre es diferente —insistió Eleanor—. Su padre no habría levantado el carro de Patrick.

Alexander sostuvo su mirada mientras el reloj de la chimenea avanzaba con paso firme. —No —dijo en voz baja—. Él habría pasado de largo.

Bajó la vista hacia el informe y pasó la página lentamente, con una extraña delicadeza que captó la atención de Eleanor. Su mano grande alisó el papel y ella recordó el calor de esa mano en su cintura durante el baile y la fuerza de la misma en la verja. Ahora veía el cuidado que ponía en ella, y sintió una fisura en su armadura, una grieta minúscula en el muro que había construido contra él.

—Deberías dormir —dijo Eleanor—. Las zanjas seguirán ahí por la mañana.

—Las zanjas nunca duermen —dijo Alexander, cerrando la carpeta y poniéndose en pie—. Pero tienes razón.

Se acercó a ella, y el calor del fuego irradiaba de su chaqueta de terciopelo. —Eleanor —dijo él.

—¿Sí?

—La seda azul —dijo él, mirándola con expresión seria—. La que te pusiste para cenar. Deberías volver a ponértela. No parece el vestido de una rehén.

Eleanor sintió que los colores le subían a las mejillas y se dirigió hacia la puerta. —Buenas noches, Alexander.

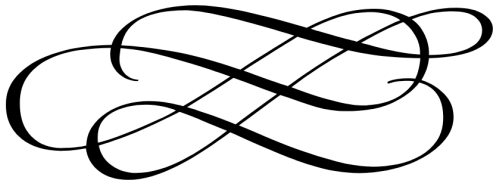
—Buenas noches, Eleanor —respondió él.

Esperó a que ella se marchara, viéndola caminar hacia la puerta sin apartar la vista. Eleanor salió al pasillo frío y se apoyó contra la madera cerrada de la puerta, presionando su mano contra el pecho, donde el corazón le latía con un ritmo pesado. Lo había llamado monstruo y ladrón, pero esta noche, a la luz del fuego, había visto a

un hombre que levantaba carros y se preocupaba por muros de piedra.

Caminó hacia su habitación a través de la casa en penumbra, pero por primera vez desde que se había casado con él, no la sintió vacía. Sentía que la casa estaba despertando, y ella también.

CAPÍTULO 9



La frágil paz que se había instalado en Hartley Manor duró exactamente tres días. Fue un periodo marcado por la cortesía y un interés compartido en la finca que permitió a Eleanor casi olvidar la naturaleza transaccional de su unión. Desayunaban juntos, hablando de las reparaciones en las cabañas de los inquilinos, y pasaban las tardes en la biblioteca, donde el silencio era de compañerismo en lugar de hostilidad.

En la mañana del cuarto día, Eleanor entró en el comedor de desayuno y encontró a Alexander ya sentado. Estaba pelando una manzana con un pequeño cuchillo de plata, retirando la piel en una cinta larga y continua.

—Buenos días —dijo Eleanor, ocupando su asiento frente a él—. La señora Gable me ha dicho que han llegado las tejas para el granero.

—Han llegado al amanecer —dijo Alexander, cortando un gajo de manzana—. Las he inspeccionado antes del desayuno porque quería asegurarme de que la pizarra fuera de calidad suficiente.

—¿Y bien?

—Es adecuada —dijo Alexander, ofreciéndole una rodaja en la punta del cuchillo—. El capataz de la cantera sabe que no debe enviarme material de segunda.

Eleanor cogió el trozo de manzana, con cuidado de no tocar la hoja.
—Lo has aterrorizado.

—Me he asegurado de que cumpla —corrigió Alexander, aunque una leve sonrisa asomó en la comisura de sus labios.

La puerta se abrió y entró Henderson portando el correo de la mañana en una bandeja de plata. El montón era sustancial, como siempre, y contenía libros de contabilidad de Londres, informes de las minas e invitaciones de anfitrionas de la alta sociedad que aún no se habían enterado de que el duque se había retirado al campo.

—El correo, Excelencia —dijo Henderson, dejando la bandeja junto al codo de Alexander.

Alexander cogió el montón y empezó a clasificarlo con practicada eficiencia. Arrojó las invitaciones a una pila para el fuego y apartó los informes comerciales para revisarlos más tarde.

Eleanor untó mantequilla en su tostada mientras lo observaba. Se había acostumbrado al ritmo de su trabajo.

De repente, su mano se detuvo.

Alexander sostenía una única carta. El sobre era de un pergamino grueso de color crema, sellado con cera roja pesada. No tenía sello, lo que significaba que había sido entregada en mano o por un mensajero especial.

Eleanor vio cómo la sangre abandonaba su rostro. Sucedió al instante, dejándole un aspecto grisáceo y enfermizo. Se quedó mirando la caligrafía del frente del sobre como si fuera una sentencia de muerte.

—¿Alexander? —preguntó Eleanor bajando el cuchillo.

Él no respondió. Rompió el sello con un chasquido seco y violento del pulgar y extrajo la única hoja de papel.

La leyó. Sus ojos se movían de un lado a otro por las líneas, abriéndose más con cada palabra. Su agarre sobre el papel se tensó hasta que los bordes se arrugaron, y sus nudillos se volvieron blancos contra la mesa de caoba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eleanor, poniéndose en pie—. ¿Es la mina? ¿Hay problemas en Londres?

Alexander arrugó la carta en su puño. Se levantó tan bruscamente que su silla chirrió ruidosamente contra el suelo, volcándose hacia atrás con estrépito.

—Déjame —dijo—. Su voz era irreconocible. Era baja, gutural y despojada de todo el encanto refinado que solía llevar como armadura.

—Alexander, me estás asustando —dijo Eleanor, alargando la mano sobre la mesa.

—¡He dicho que me dejes! —rugió.

Se dio la vuelta y salió de la habitación, dando un portazo tan fuerte que hizo vibrar la porcelana de las vitrinas.

Eleanor se quedó de pie en el silencio del comedor. Miró la silla volcada y la piel de manzana abandonada en el plato.

Rodeó la mesa. La carta arrugada yacía en el suelo, donde él la había dejado caer con las prisas. Eleanor sabía que no debía leerla porque era una violación de su intimidad, pero la expresión de absoluto terror en su rostro la impulsó a recogerla.

Alisó el papel. La caligrafía era afilada y angulosa.

Hijo mío:

Me llegan rumores de tu retiro a Yorkshire. He oído que juegas a ser un hidalgo rural mientras las inversiones familiares se estancan. No pienses que tu matrimonio asegura tu posición. Los administradores vigilan cada movimiento. Si el rendimiento de la expansión del norte no aumenta antes de que acabe el trimestre, me encargaré personalmente de que el fideicomiso se disuelva. Quedarás en la indigencia, Alexander. Y te lo habrás merecido.

Demuestra tu valía. O deja de existir.

Ashford.

Eleanor bajó el papel. La firma era de su padre.

Contempló las palabras crueles e hirientes. *Deja de existir.*

Comprendió entonces que la crueldad que había visto en Alexander, ese frío afán por el beneficio y la eficiencia, no nacía de la codicia. Era una necesidad desesperada y agónica de sobrevivir. Era un hombre que huía de un monstruo, y el monstruo era su propio padre.

El día transcurrió en un silencio asfixiante. Alexander no apareció para el almuerzo, y Henderson informó de que la puerta de la biblioteca estaba cerrada con llave.

Cayó la noche, trayendo consigo una tormenta que azotaba con lluvia los muros de piedra de la mansión. Eleanor estaba sentada en el salón, incapaz de concentrarse en su bordado. Observó el reloj marcar las diez, luego las once.

Se levantó y salió al vestíbulo. Una línea de luz se asomaba por debajo de la puerta de la biblioteca.

Probó el picaporte. Giró.

Abrió la puerta.

El fuego se había consumido hasta quedar en brasas, sumiendo la estancia en sombras. Alexander estaba sentado tras el escritorio, desplomado en su silla. Una botella de brandy reposaba ante él, vacía en sus tres cuartas partes. No llevaba la corbata, tenía el cuello de la camisa abierto y el cabello desordenado.

Levantó la vista cuando ella entró. Tenía los ojos inyectados en sangre y la mirada perdida.

—Te dije que me dejaras —graznó.

—Eso fue hace doce horas —dijo Eleanor, cerrando la puerta tras de sí.

Caminó hasta el escritorio. El aire olía a alcohol y ceniza vieja. Alexander cogió su vaso y lo apuró de un trago. Le temblaba la mano mientras buscaba la botella para servirse otro.

—Vete, Eleanor —dijo—. No soy compañía adecuada para una duquesa esta noche.

—No eres compañía adecuada para nadie —dijo Eleanor.

Alargó la mano y le quitó la botella.

Alexander se aferró al cuello de la botella. Por un segundo, ella pensó que pelearía por ella. Sus ojos se encontraron con los suyos, oscuros de ira y desdicha.

Entonces su mano cedió. Se desplomó de nuevo en la silla, derrotado.

—Devuélvemela —masculló—. Es lo único que acalla la voz.

—¿Qué voz? —preguntó Eleanor, dejando la botella en el otro extremo del escritorio.

—Su voz —dijo Alexander. Se tocó la sien—. Siempre está ahí. Diciéndome que soy un fracaso. Diciéndome que soy débil.

—Tu padre —dijo Eleanor.

Alexander soltó una carcajada, un sonido áspero y roto—. El Gran Duque. El hombre que espera la perfección de un hijo al que desprecia.

—He leído la carta —dijo Eleanor.

Alexander se quedó inmóvil. La miró y su expresión se volvió de hielo. —No tenías derecho.

—Se te cayó —dijo Eleanor—. Y parecías haber visto a un fantasma.

—Veo fantasmas todos los días —dijo Alexander. Se frotó la cara con las manos—. Lo hará, ¿sabes? Me desheredará. Me arrebatará el título. Me dejará sin nada.

—No puede arrebatar un título así como así —dijo Eleanor.

—Él controla el dinero —dijo Alexander—. Sin el fideicomiso, el título es un cascarón vacío. Seré un duque solo de nombre, viviendo en una ruina, incapaz de pagar a los criados.

La miró, y la vulnerabilidad en su rostro era desoladora.

—He pasado mi vida intentando ser lo que él quería —susurró Alexander—. Me volví despiadado. Me volví frío. Me convertí en una máquina de generar oro porque ese es el único idioma que él habla.

Eleanor sintió que una oleada de empatía no deseada le subía por el pecho. Había odiado a este hombre. Lo había llamado ladrón y monstruo. Pero ahora veía al niño aterrorizado que se escondía dentro del hombre imponente.

No estaba excavando carbón para comprar otro palacio. Estaba excavando para demostrar que tenía derecho a existir.

—Vales más que su aprobación —dijo Eleanor.

Alexander sacudió la cabeza—. No soy nada sin ella. Eso es lo que él me enseñó.

Alargó la mano hacia el vaso, pero estaba vacío. Agarró el borde del escritorio hasta que sus nudillos volvieron a blanquearse.

—Lo odio —dijo Alexander. Las palabras salieron como un sollozo—. Y le tengo pánico.

Eleanor rodeó el escritorio. Se colocó junto a su silla. Vaciló un instante y luego puso la mano sobre su hombro.

Él se tensó ante su contacto, con los músculos contraídos bajo el terciopelo de su casaca.

—Alexander —dijo ella.

Él apoyó la cabeza contra el abdomen de ella. Fue un gesto de absoluta rendición. Le rodeó la cintura con los brazos y hundió la cara en la seda de su vestido.

—Estoy tan cansado, Eleanor —balbuceó contra la tela—. Estoy muy cansado de luchar.

Eleanor se quedó inmóvil. Su mano se movió para acariciarle el cabello. Era espeso y suave.

—Lo sé —susurró.

Lo sostuvo mientras él se estremecía con temblores silenciosos. Comprendió que su afán de lucro era un mecanismo de supervivencia, una inseguridad profundamente arraigada, inculcada por una familia que veía el afecto como una debilidad.

Esta revelación lo complicaba todo. Era fácil odiar a un tirano. Era imposible odiar a una víctima.

Alexander se apartó. La miró. Tenía los ojos húmedos, aunque no caían lágrimas.

—Deberías despreciarme —dijo—. Soy débil.

—No eres débil —dijo Eleanor—. Arrastraste un carro para salvar a un caballo. Salvaste un muro de piedra porque era hermoso.

—Estoy borracho —dijo Alexander.

—Estás siendo sincero —corrigió Eleanor.

Cogió el vaso del escritorio y lo dejó en la bandeja.

—Ven —dijo—. No puedes dormir aquí.

Alexander se puso en pie. Se tambaleó ligeramente, apoyándose en el escritorio. Eleanor lo tomó del brazo. Él descargó su peso sobre ella, pesado y cálido.

Salieron de la biblioteca y subieron las escaleras. La casa estaba en silencio a su alrededor.

Ante la puerta de su dormitorio, Alexander se detuvo. La miró, con la vista escudriñando su rostro.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó—. Amenacé a tus arrendatarios.

—Porque eres mi marido —dijo Eleanor—. Y porque creo que no eres el hombre que finges ser.

Alexander le acarició la mejilla. Sus dedos eran ásperos, pero su tacto fue delicado.

—Ten cuidado, Eleanor —susurró—. Si miras demasiado cerca, podrías encontrar algo que no puedas arreglar.

—No estoy intentando arreglarte —dijo Eleanor.

—¿Entonces qué estás haciendo?

—Estoy intentando comprenderte —dijo ella.

Alexander retiró la mano. Abrió la puerta.

—Buenas noches, Eleanor —dijo.

—Buenas noches —respondió ella.

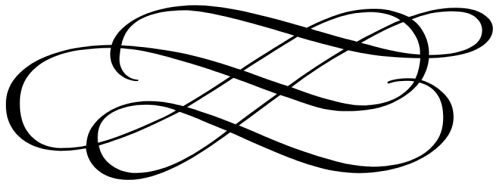
Él cerró la puerta.

Eleanor se quedó en el pasillo. Sentía el fantasma de su caricia en la mejilla. Ahora lo comprendía. La ira, la frialdad, los libros de contabilidad... todo era un muro que él había construido para mantener fuera el miedo.

Caminó hacia su propia habitación, con la mente a mil por hora. Se había casado con un enemigo, pero había encontrado a un hombre herido.

Y supo, con una certeza aterradora, que ya no podía simplemente luchar contra él. Tenía que salvarlo.

CAPÍTULO 10



El sol de la mañana luchaba por abrirse paso entre el denso banco de nubes que pendía sobre el valle, proyectando una luz gris e insípida sobre el patio. Eleanor se puso los guantes de montar y revisó la cincha de la silla de su yegua. Tenía la intención de marcharse antes de que la casa se despertara, con la esperanza de evitar a Alexander tras la cruda vulnerabilidad de la noche anterior en la biblioteca.

—La cincha está floja —dijo una voz profunda detrás de ella.

Eleanor se dio la vuelta y su mano se quedó paralizada sobre la correa de cuero. Alexander estaba allí, vestido para cabalgar con un abrigo oscuro y botas altas. Parecía sereno, de nuevo el impecable duque, sin rastro del hombre destrozado que había llorado contra su vestido de seda horas atrás, salvo por una ligera rojez en los ojos.

—La he apretado yo misma —dijo Eleanor, aunque retrocedió para dejar que él la inspeccionara.

Alexander pasó por su lado, trayendo consigo el aroma del aire frío y el cuero. Agarró la correa y la subió un punto más con un movimiento seco y eficiente. —Ahora es segura. ¿Adónde vamos?

—Voy a las casas de los colonos —dijo Eleanor, recogiendo las riendas—. La inspección semanal.

—Te acompañaré —dijo Alexander, haciendo una señal al mozo de cuadra para que trajera a su semental.

Eleanor lo miró, reflejando su sorpresa al entreabrir ligeramente los labios. —Las inspecciones son tediosas, Alexander. Consisten en tejados que gotean y quejas sobre las vallas. Normalmente prefieres leer los resúmenes en el libro de contabilidad.

—El libro me da números —dijo Alexander, subiéndose a la silla con un movimiento fluido—. No me dice por qué la familia Davis lleva tres meses de retraso en el alquiler. Pienso averiguarlo.

Dirigió su caballo hacia la puerta, esperando que ella lo siguiera. Eleanor montó en su yegua con la mente a mil por hora. Ayer, él habría desahuciado a los Davis por su ineficiencia. Hoy, quería visitarlos. Espoleó a su yegua, alcanzándolo mientras trotaban por el largo camino de entrada.

—Los Davis viven en la parte baja del valle —dijo Eleanor—. Allí se asienta la humedad en invierno.

—Entonces es una ubicación pésima para una vivienda —señaló Alexander, escudriñando el paisaje con su mirada crítica.

—Es donde se construyó la casa hace cien años —respondió Eleanor —. No podemos simplemente mover el valle.

Cabalgaron en silencio durante un kilómetro y medio; el ritmo de los cascos sobre la tierra blanda llenaba el espacio entre ellos.

Llegaron al grupo de casitas de piedra cerca del arroyo. El humo se elevaba perezosamente por las chimeneas y unas pocas gallinas picoteaban el suelo embarrado. Eleanor desmontó frente a la tercera casa, donde el techo de paja parecía escaso y el musgo crecía espeso en la pared norte.

—Esta es la casa de los Davis —dijo Eleanor.

Llamó a la puerta. Se abrió un momento después para revelar a la señora Davis, una mujer cuyo rostro estaba surcado de preocupación y agotamiento. Se secó las manos en un delantal andrajoso y le hizo una profunda reverencia al ver al duque detrás de Eleanor.

—Señorita Eleanor —dijo la señora Davis con voz temblorosa—. Su gracia. No..., no los esperábamos.

—Estamos aquí para revisar la propiedad —dijo Alexander, entrando por el bajo umbral. Tuvo que agachar la cabeza para acceder a la sala principal.

La casa era sombría y olía a lana húmeda y humo de turba. Un fuego pequeño ardía en la parrilla, pero hacía poco contra el frío que emanaba del suelo de piedra. En el rincón, sobre un jergón, un niño pequeño yacía envuelto en mantas. Su respiración era áspera, un sonido húmedo y ruidoso que llenaba la pequeña estancia.

Eleanor fue a la cama de inmediato. Se quitó los guantes y puso la mano en la frente del niño.

—Está ardiendo —dijo Eleanor, mirando a la señora Davis—. ¿Cuánto tiempo lleva así?

—Tres días, señorita —dijo la señora Davis, retorciendo su delantal —. Es el resfriado del pecho. El médico dijo que necesita calor, pero... —Se interrumpió, mirando al techo.

Alexander levantó la vista. Una mancha oscura se extendía por el yeso y un goteo constante de agua caía en un cubo colocado cerca del hogar. La humedad de la habitación era palpable; se aferraba a las paredes y se asentaba en los pulmones.

—El tejado tiene goteras —dijo Alexander.

—Sí, Su Gracia —susurró la señora Davis—. Intentamos remendarlo con paja, pero el viento se la llevó. No tenemos dinero para la pizarra.

Eleanor se puso en pie. Se movió para interponerse entre la señora Davis y Alexander, con un instinto protector ardiendo en su pecho. Se preparó para el juicio de él. Esperaba que citara el coste de la pizarra. Esperaba que mencionara el alquiler impagado. Esperaba que el frío hombre de negocios calculara la pérdida.

—Traeremos mantas de la mansión —dijo Eleanor con firmeza—. Y caldo.

—Las mantas no arreglarán un agujero en el tejado —dijo Alexander.

Caminó hacia el cubo. Miró el agua sucia. Luego miró al niño, que soltó una tos débil y dolorosa. Observó a Eleanor acariciar el cabello del pequeño, notando el miedo genuino en sus ojos. No era el orgullo lo que la impulsaba a enfrentarse a él, se dio cuenta. Era esto. Era la aterradora responsabilidad de mantener a estas personas con vida.

Se volvió hacia la señora Davis.

—¿Cuánto cuestan las reparaciones? —preguntó Alexander.

La señora Davis palideció. —El albañil dijo cinco libras, Su Gracia. Es una fortuna. No podemos pagar.

—No he preguntado si podían pagar —dijo Alexander—. He preguntado el coste.

Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un pequeño cuaderno de cuero y un lápiz. Garabateó una nota y la arrancó de la página.

—Lleve esto a la oficina de la finca en el pueblo —dijo Alexander, entregándole el papel a la mujer—. Dígale al capataz que envíe la pizarra de inmediato y que mande al carpintero para arreglar la corriente de aire en los marcos de las ventanas.

Eleanor lo miró fijamente. El aire salió de sus pulmones de golpe. —¿Alexander?

—No me mires así —dijo Alexander con voz cortante—. Si el chico muere, la familia pierde a un trabajador. Si el tejado se derrumba, la casa pierde su valor. Es una cuestión de mantenimiento.

La señora Davis rompió a llorar. Agarró la mano de Alexander y besó sus nudillos enguantados. —¡Oh, gracias, su gracia! ¡Gracias!

Alexander pareció incómodo. Retiró la mano con suavidad. —Atienda al niño —dijo—. Y avive el fuego.

Se dio la vuelta y salió por la puerta, agachándose de nuevo.

Eleanor lo siguió. El aire fresco le golpeó la cara, frío y limpio tras la atmósfera sofocante de la casa. Alexander ya estaba desatando a su caballo, comprobando la cincha de nuevo como si la emotiva escena del interior nunca hubiera ocurrido.

—Has autorizado los fondos —dijo Eleanor, acercándose a él.

—He autorizado una reparación —corrigió Alexander, montando en el semental—. Un tejado con goteras destruye las vigas de madera. Reemplazar las vigas cuesta diez veces más que reemplazar la pizarra.

—Lo has hecho por el niño —dijo Eleanor. Montó en su yegua y puso el caballo al lado del suyo.

—Lo he hecho por el libro de contabilidad —dijo Alexander, aunque se negó a mirarla a los ojos. Miró fijamente hacia el camino que

llevaba de vuelta a la mansión.

—Eres un mentiroso pésimo —dijo Eleanor.

Alexander la miró entonces. La máscara se deslizó, solo por un segundo, revelando al hombre que ella había visto en la biblioteca. —Y tú eres una mujer obstinada, Eleanor. Luchas por ellos como si fueran de tu propia sangre.

—Son mi responsabilidad —dijo Eleanor—. Igual que las minas son la tuya.

—Tal vez —dijo Alexander—. Tal vez haya algún solapamiento en nuestros... métodos.

Cabalgaron de vuelta por la loma. Las nubes empezaban a romperse, permitiendo que rayos de luz pálida tocaran el brezo. Eleanor lo miró, lo miró de verdad, mientras cabalgaba con esa gracia natural y autoritaria.

Lo había llamado enemigo. Lo había llamado ladrón. Pero un enemigo no compraba pizarra para un niño enfermo. Un ladrón no se preocupaba por las corrientes de aire en las ventanas.

—Gracias —dijo Eleanor en voz baja.

—No me des las gracias —dijo Alexander—. Solo asegúrate de que la señora Davis pague su alquiler cuando llegue la cosecha.

—Lo hará —dijo Eleanor—. Yo me encargaré de ello.

—Bien —dijo Alexander—. Entonces estamos de acuerdo. La finca debe gestionarse de manera eficiente.

—Sí —dijo Eleanor—. Eficientemente.

El silencio se instaló entre ellos de nuevo, pero la tensión se había esfumado.

Eleanor observó sus manos sobre las riendas. Eran manos fuertes, capaces. Recordó cómo se veían sosteniendo la copa de brandy, temblando de miedo. Y vio lo constantes que estaban ahora, guiando al poderoso caballo.

Era complicado. Era difícil. Era orgulloso.

Pero no carecía de corazón.

—Alexander —dijo ella.

Él la miró. —¿Sí?

—Los topógrafos —dijo ella—. Los que están cartografiando el pasto sur.

—¿Qué pasa con ellos?

—Hay un pantano cerca de la puerta inferior —dijo Eleanor—. Parece terreno firme, pero se tragará una máquina pesada. Deberías decirles que se aproximen desde la loma oeste.

Alexander detuvo su caballo. La miró con una mirada aguda y evaluadora.

—Me estás ayudando a excavar —dijo él.

—Te estoy ayudando a evitar que pierdas un taladro —dijo Eleanor —. Es un equipo costoso, ¿no es así?

Alexander sonrió. Fue una sonrisa genuina esta vez, una que llegó a sus ojos y arrugó las comisuras.

—Muy costoso —asintió él—. Gracias, Eleanor.

—De nada —dijo ella.

Espolearon a sus caballos para ponerlos al galope. Cabalgaron uno al lado del otro, rozándose las rodillas ocasionalmente mientras los caballos se movían al unísono. El viento pasaba rugiendo a su lado, frío y vigorizante.

Eleanor sintió una sensación extraña en el pecho. Era un aleteo, una ligereza que nada tenía que ver con la velocidad de la cabalgata.

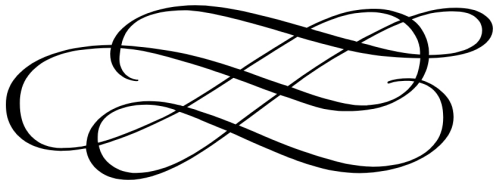
Miró a su marido, que cabalgaba de cara al viento, con la cabeza alta y expresión decidida.

Se dio cuenta con una sacudida de que ya no le tenía miedo. Y ya no estaba luchando contra él.

Estaba cabalgando con él.

Y por primera vez desde aquel día en el despacho, se preguntó adónde podría llevarlos el camino.

CAPÍTULO 11



La biblioteca, antaño un campo de batalla donde peleaban por derechos sobre el carbón y desahucios, se había transformado en un centro de mando para sus operaciones compartidas. Alexander estaba sentado al escritorio con los libros de contabilidad de la finca desplegados ante él, mientras Eleanor ocupaba la silla de enfrente, armada con su propia pila de facturas y una pluma que blandía como un sable.

—La factura del grano es una extorsión —anunció Alexander, señalando una columna de cifras con el dedo índice—. El señor Henderson ha pagado tres chelines por fanega más que el precio de mercado en Leeds.

—El señor Henderson compró en el molino local —replicó Eleanor sin levantar la vista de su correspondencia—. El molino local muele más rápido, lo que significa que el pan llega a los inquilinos mientras aún está fresco, y un inquilino bien alimentado trabaja más duro que uno hambriento.

Alexander se reclinó en su silla y la contempló con una mirada de divertida exasperación. —¿Tienes una respuesta para todo, verdad? —

—Solo cuando tengo razón —dijo Eleanor, firmando una carta con un rasgo de pluma—. Lo cual suele ser casi siempre en lo que respecta a Yorkshire.

—La arrogancia es un rasgo de los Radcliffe, Eleanor —dijo Alexander, alargando el brazo sobre el escritorio para quitarle la factura de la mano—. Ten cuidado, o la gente podría confundirte conmigo.

—¡Dios no lo quiera! —exclamó Eleanor, aunque una sonrisa asomó en la comisura de sus labios.

Alexander rió, un sonido grave y genuino que pareció vibrar en el aire entre ellos. Cogió el papel y sus dedos rozaron los de ella. El contacto fue breve, un mero roce de piel contra piel, pero Eleanor retiró la mano como si hubiera tocado un carbón encendido. El pulso se le aceleró en la muñeca y levantó la vista para encontrarse con que Alexander la observaba.

Él bajó la mirada hacia la mano de ella y luego volvió a mirarla a la cara. La diversión de sus ojos se atenuó, reemplazada por un enfoque más oscuro e intenso que hizo que el aire de la habitación pareciera enrarecerse de repente.

—Tenemos que inspeccionar el bosque del norte —dijo Alexander de forma abrupta, rompiendo la tensión—. El capataz afirma que la madera está lista para la tala, pero quiero ver la densidad antes de que firmemos el contrato.

—Iré a por mi capa —dijo Eleanor, levantándose un poco demasiado rápido—. El aire está pesado hoy. Parece que habrá tormenta.

Salieron a caballo antes de que pasara una hora, dejando atrás la mansión mientras cruzaban el páramo hacia la densa línea de árboles que marcaba el límite norte. El cielo era de un tono púrpura amoratado, cargado de una lluvia aún contenida, pero espolearon a los caballos al galope, compitiendo contra el tiempo.

Eleanor sintió que el viento tiraba de su sombrero y le escocía en las mejillas. Miró a Alexander, que cabalgaba a su lado. Parecía más salvaje aquí de lo que jamás lo estuvo en Londres. El viento le

despeinaba el pelo y el color intenso de sus mejillas le hacía parecer menos una estatua y más un hombre de la tierra.

Llegaron al bosque y redujeron el paso al trote. Los árboles eran robles centenarios y pinos altos que bloqueaban la extraña luz metálica de la tormenta. Alexander guio a su semental entre los troncos, señalando los árboles marcados con tiza blanca.

—Estos son buenos —gritó sobre el viento racheado—. Veta recta. Alcanzarán un precio alto en el astillero.

—Deja los que están cerca del arroyo —respondió Eleanor—. Sus raíces sujetan la orilla.

—De acuerdo —dijo Alexander.

Un trueno rasgó el aire, sacudiendo el suelo bajo los cascos de los caballos. El cielo se abrió, descargando un diluvio de lluvia helada que caló el hábito de montar de terciopelo de Eleanor en segundos.

—¡No podemos volver! —gritó Alexander, luchando por controlar a su asustado caballo—. El pabellón de caza está a media milla al este. ¡Sígueme!

Viró su caballo y lo lanzó a la carrera. Eleanor le siguió, agachándose sobre el cuello de su yegua para evitar las ramas que la azotaban. La lluvia caía a cántaros, desdibujando el mundo en franjas grises.

Aparecieron de repente en un claro donde una pequeña estructura de piedra se erigía contra la linde del bosque. Era el viejo pabellón de caza, en desuso desde hacía años, con la hiedra tragándose la chimenea y el musgo cubriendo el tejado.

Alexander desmontó y corrió hacia el caballo de Eleanor. Agarró la brida y sujetó al animal mientras ella se deslizaba hacia el barro.

—Adentro —ordenó, cogiéndola del brazo para estabilizarla.

Corrieron hacia la puerta. Alexander arremetió con el hombro contra la madera, obligando al marco hinchado a ceder. Entraron atropelladamente, sin aliento y chorreando.

El pabellón estaba frío y olía a polvo y agujas de pino secas. Alexander cerró la puerta de un golpe contra el viento y se apoyó en ella, quitándose el agua de los ojos.

—Por poco —dijo, respirando con dificultad.

Eleanor tiritaba violentamente. La ropa se le pegaba a la piel, pesada y gélida. —Estamos atrapados —dijo—. El camino se habrá borrado.

—Entonces esperaremos —dijo Alexander, apartándose de la puerta —. Debería haber leña aquí.

Se dirigió al gran hogar de piedra. Había una pila de troncos secos en la esquina, cubiertos por una vieja lona. Alexander se arrodilló y comenzó a preparar el fuego con la eficacia que aplicaba a todo. Encendió una cerilla, protegiendo la llama con las manos hasta que la yesca prendió.

El fuego creció, proyectando una luz naranja cálida y parpadeante en la estancia. Eleanor se acercó al calor, envolviéndose a sí misma con los brazos para detener el temblor.

—Te estás congelando —dijo Alexander. Se levantó y se quitó el sobretodo empapado y lo colgó en una percha junto a la puerta—. Acércate al fuego.

Eleanor se arrodilló sobre la alfombra de la chimenea. El calor le golpeó la cara, escociéndole en la piel fría. Alexander se unió a ella, sentándose en el suelo con sus largas piernas estiradas hacia las llamas. Se pasó las manos por el pelo mojado, alborotándolo.

—No me había mojado así desde que me caí de un muelle en Cornwall —dijo, observando el vapor que subía de sus botas.

—¿Estabas trabajando? —preguntó Eleanor, con los dientes castañeteando ligeramente.

—Estaba presumiendo —admitió Alexander, mirándola con una sonrisa irónica—. Intenté saltar de una barcaza al muelle para impresionar a una chica.

—¿Funcionó?

—Se rio hasta llorar —dijo Alexander—. Y luego me ayudó a salir. Fue una lección de humildad sobre la gravedad.

Eleanor se rió, el sonido la sorprendió en la habitación silenciosa. —No te imagino siendo humillado.

—Soy humillado cada día, Eleanor —dijo Alexander, bajando la voz —. Generalmente por ti.

La miró entonces. La luz del fuego bailaba sobre su rostro, suavizando los ángulos marcados y profundizando las sombras de sus ojos. Alargó la mano y tocó un mechón de pelo mojado que se había escapado de su sombrero.

—Tienes el pelo empapado —dijo—. Quítate el sombrero. Se secará más rápido.

Eleanor desató la cinta con los dedos entumecidos y se quitó el sombrero, dejándolo en el suelo de piedra. Su cabello cayó por completo, como una cortina pesada y húmeda alrededor de sus hombros.

Alexander la observaba. No apartó la mirada. El silencio se prolongó entre ellos, pesado con el sonido de la lluvia golpeando el tejado y el crepitar de los troncos.

—¿Por qué te casaste conmigo, Alexander? —preguntó Eleanor de repente. La pregunta llevaba semanas quemándole en la mente—. De verdad. Podrías haber pagado la hipoteca y haberte marchado. Podrías haber afrontado el escándalo.

Alexander cogió una ramita y la lanzó al fuego. —Ya te lo dije. El fideicomiso.

—Eso es un motivo —dijo Eleanor—. No una explicación. Eres un hombre que levanta carros y lucha por su nombre. No pareces el tipo de hombre que se doblega ante una junta de fiduciarios.

Alexander miró las llamas. —Estaba cansado, Eleanor. Estaba cansado de luchar solo. Y cuando te vi en aquel despacho, gritándome sobre la codicia y las familias...

Hizo una pausa y se giró para mirarla de lleno.

—Fuiste la primera persona en diez años que me miró y vio a un hombre, no a una cuenta bancaria —dijo—. Me odiabas, sí. Pero me odiabas a *mí*. No al título. No a la fortuna. Odiabas a Alexander Radcliffe.

—No te odio —susurró Eleanor.

—¿No? —preguntó Alexander, inclinándose más cerca—. ¿Qué sientes, entonces?

Eleanor le miró la boca. Miró el pulso que latía en su garganta. La atracción que había intentado enterrar bajo capas de deber y resentimiento afloró, innegable y aterradora.

—Siento... —empezó Eleanor, pero la voz le falló.

—Siento como si estuviera al borde de un precipicio —dijo Alexander —. Y quiero saltar.

Alargó la mano y cogió la de ella. Sus dedos estaban cálidos ahora. Acarició la línea de sus nudillos con el pulgar.

—Estamos solos aquí —dijo Alexander en voz baja—. No hay inquilinos. Ni fiduciarios. Ni títulos. Solo nosotros.

A Eleanor se le entrecortó la respiración. Le miró a los ojos y vio el hambre que había en ellos. Reflejaba la suya propia.

—¿Quiénes somos, Alexander? —preguntó ella—. ¿Si no somos el duque y la duquesa?

—Solo soy un hombre que te desea, mi esposa —dijo Alexander.

Se inclinó. El movimiento fue lento, dándole todas las oportunidades para apartarse. Eleanor no se movió. Se quedó clavada en el sitio, con el corazón golpeándole las costillas como un pájaro enjaulado.

Su rostro estaba a centímetros del de ella. Podía sentir el calor que emanaba de él. Podía ver las motas doradas en sus ojos grises.

—Eleanor —susurró él.

El viento aulló afuera, sacudiendo la puerta en su marco. El ruido rompió el hechizo, o quizá solo lo suspendió. Alexander se retiró un poco, aunque no le soltó la mano.

—La tormenta empeora —dijo con voz ronca—. Estaremos aquí toda la noche.

—Sí —dijo Eleanor—. Estaremos.

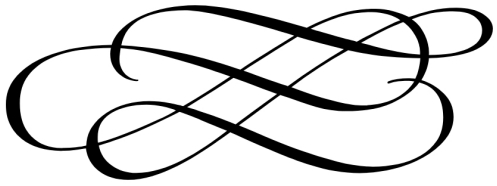
Alexander le apretó la mano y luego la soltó. Se levantó y caminó hacia la ventana, contemplando la lluvia. Su espalda estaba rígida, la tensión de sus hombros era visible incluso a través de su chaqueta mojada.

Eleanor lo observó. Se tocó los labios donde el aliento de él los había rozado. Se dio cuenta entonces de que la guerra había terminado. El enemigo había caído.

Y en su lugar se alzaba algo mucho más peligroso.

Un hombre al que podría amar.

CAPÍTULO 12



Eleanor se despertó con el sonido del agua burbujeando. Abrió los ojos, parpadeando ante la luz nítida y limpia que entraba por la polvorienta ventana del refugio de caza. La tormenta había pasado, dejando un cielo de un azul brillante y lavado.

Se incorporó desde la alfombra de la chimenea. Tenía los músculos entumecidos por haber dormido en el suelo de piedra, y su hábito de terciopelo estaba arrugado y manchado de barro.

Alexander estaba junto al fuego. Se había quitado la corbata y el chaleco, quedándose en una camisa blanca desabrochada en el cuello. Sostenía una tetera de hojalata abollada sobre las llamas con unas tenazas de hierro.

—Hay té —dijo sin darse la vuelta—. O, al menos, hay agua caliente y unas hojas secas que he encontrado en una lata en el estante. No puedo dar fe de la cosecha.

Eleanor se atusó el pelo hacia atrás. —¿Has hecho té?

—He hervido agua —corrigió Alexander, girándose hacia ella. Vertió el líquido humeante en dos tazas desconchadas que estaban sobre el hogar—. Me ha parecido lo más hospitalario.

Le tendió una taza. Su mano estaba firme. La tensión que había marcado su postura durante semanas había desaparecido, sustituida

por una soltura relajada.

—Gracias —dijo Eleanor. Tomó un sorbo. El té estaba amargo y fuerte—. Está malísimo.

—Está caliente —dijo Alexander, dando un trago a su propia taza. Hizo una mueca—. Y sí, está malísimo.

Se miraron por encima del borde de las tazas. Alexander sonrió. Fue una sonrisa pequeña y privada que hizo que el pulso de Eleanor latiera con un ritmo rápido contra sus costillas.

—Deberíamos volver —dijo Alexander—. El servicio enviará una partida de búsqueda si no estamos para el desayuno.

—Se preocuparán —asintió Eleanor.

—Cotillearán —dijo Alexander—. Que lo hagan. Por una vez, puede que los rumores sean ciertos.

Eleanor bajó la taza. —¿Qué rumores?

—Que el duque y la duquesa están conspirando —dijo Alexander. Terminó su té y dejó la taza sobre la repisa de la chimenea—. Vamos. Los caballos están esperando.

El camino de vuelta a la mansión fue lento. El suelo estaba blando por el diluvio, así que mantuvieron a los caballos al paso. No hablaron mucho, pero cabalgaron muy juntos, estribo contra estribo.

Cuando llegaron a los establos, los mozos salieron corriendo a su encuentro con aspecto ansioso. Alexander desmontó y lanzó las riendas al jefe de los mozos.

—Frotadlos bien —ordenó—. Han estado fuera al frío toda la noche.

Caminó hasta el caballo de Eleanor. No esperó a que el mozo trajera el bloque para bajar. Alzó los brazos y le puso las manos en la

cintura.

Eleanor apoyó las manos en sus hombros. Él la bajó en vilo. Por un momento, sus pies colgaron sobre el suelo y ella quedó apretada contra todo su cuerpo. Él la sostuvo allí, suspendida.

—Estás a salvo —dijo en voz baja.

—Nunca tuve miedo —dijo Eleanor.

Él la bajó hasta que sus botas tocaron los adoquines. Dio un paso atrás, pero no se alejó. Le ofreció el brazo.

—¿Nos enfrentamos a los leones? —preguntó.

—El capataz está esperando en la biblioteca —dijo Eleanor—. Ha llegado mientras estábamos fuera.

—Entonces, vayamos a verlo —dijo Alexander.

Entraron juntos en la casa. Caminaban con el paso sincronizado de un equipo.

El señor Henderson, el capataz de la finca, estaba junto al escritorio de la biblioteca. Parecía impaciente. Consultó su reloj de bolsillo cuando entraron Alexander y Eleanor, todavía con la ropa de montar manchada de barro.

—Su Excelencia —dijo Henderson, haciendo una reverencia rígida—. Confío en que no les atrapara lo peor del temporal.

—Nos hemos retrasado —dijo Alexander. Se situó detrás del escritorio y permaneció de pie—. Sea lo que sea lo que tenga, Henderson, sea breve. Necesito un baño.

—Es el plan de minería para el cuadrante oeste —dijo Henderson, desenrollando un gran mapa sobre el escritorio. Sujetó las esquinas con pisapapeles de latón—. Estamos listos para empezar las obras

del nuevo pozo. La línea pasa directamente por los huertos de los arrendatarios, aquí y aquí.

Señaló una línea roja que cortaba un grupo de casitas.

—Es la ruta más directa hacia la veta —explicó Henderson—. Podemos apuntalar los cimientos, pero habrá ruido. Y polvo. Los arrendatarios se quejarán.

—Harán más que quejarse —dijo Eleanor, acercándose al escritorio —. Se marcharán. No se pueden cultivar hortalizas en el polvo del carbón.

Henderson la miró de reojo y luego volvió a mirar a Alexander. —Los informes de eficiencia sugieren que esta ruta maximiza el rendimiento, excelencia. Es lo que usted solicitó.

Alexander miró el mapa. Miró la línea roja. Luego miró a Eleanor.

Cogió un lápiz.

—El plan ha cambiado —dijo Alexander.

Dibujó una gruesa línea negra en el mapa. Se curvaba alejándose de las casitas, rodeando la parte trasera de la loma y entrando en la veta desde el afloramiento rocoso al norte.

—Excavaremos aquí —dijo.

Henderson frunció el ceño. —¿El afloramiento? Excelencia, eso es granito sólido. Perforar ahí llevará semanas. Costará miles en equipo y mano de obra adicional.

—Soy consciente del coste —dijo Alexander.

—Pero el rendimiento... —protestó Henderson—. Los inversores verán el retraso. Verán el gasto.

—Que lo vean —dijo Alexander—. Se debe respetar el límite de los arrendatarios. No se abrirá ningún pozo a menos de quinientas yardas de una vivienda. Es una orden permanente.

Henderson parecía atónito. —Esto es muy irregular. Usted siempre ha priorizado la rapidez.

—Estoy priorizando la estabilidad —dijo Alexander—. Si destruimos el pueblo, perdemos la mano de obra. Si perdemos la mano de obra, la mina se detiene. Es una inversión a largo plazo, Henderson.

—Es sentimental —masculló Henderson, repitiendo la misma palabra que Alexander había usado contra Eleanor semanas atrás.

Alexander entrecerró los ojos. —Es una orden. ¿Tiene algún problema con ella?

Henderson miró el rostro severo del duque y tragó saliva.

—No, Excelencia. Pero el granito... el equipo que tenemos no es suficiente. Necesitaríamos las perforadoras pesadas del emplazamiento de Newcastle.

—Pues mande a por ellas —dijo Alexander.

—Retrasará el calendario un mes —argumentó Henderson, mirando a Eleanor como si buscara una aliada en la lógica—. Seguramente Su Excelencia comprende que el presupuesto no puede sostener tal desviación.

Eleanor miró el mapa. Miró la línea negra que Alexander había dibujado. Era una línea que salvaba los huertos. Era una línea que protegía la paz.

Miró a Henderson.

—El presupuesto es sólido —dijo Eleanor con firmeza—. Yo misma he revisado los rendimientos trimestrales. Tenemos un superávit de las ventas de lana. Podemos cubrir el coste de las perforadoras.

Henderson parpadeó. —¿Las ventas de lana? Pero esos son ingresos aparte.

—Todo es una misma finca —dijo Eleanor—. Y el duque tiene razón. La ruta del granito es más segura. Si excavamos cerca de las casas, nos arriesgamos a hundimientos. Una casa derruida cuesta más que una perforadora.

Se puso al lado de Alexander. Apoyó la mano en el escritorio, justo al lado de la de él.

—Estamos de acuerdo —dijo Eleanor.

Alexander la miró. Sus ojos brillaban con aprobación. Era un brillo intenso y nítido.

—Ha oído a la duquesa —dijo—. Vuelva a dibujar el mapa, Henderson. Quiero el nuevo estudio en mi escritorio para mañana.

Henderson enrolló el mapa. Parecía derrotado.

—Como desee, Excelencia —dijo—. Mandaré a por las perforadoras.

Hizo una reverencia y salió de la habitación.

Alexander soltó un suspiro. Se apoyó contra las estanterías.

—Eso me va a costar una fortuna —dijo.

—Te granjeará su lealtad —dijo Eleanor—. Los arrendatarios sabrán que los has respetado.

—No lo he hecho por los arrendatarios —dijo Alexander.

—¿No?

—Lo he hecho porque no quiero discutir contigo durante el desayuno los próximos diez años —dijo Alexander.

—¿Diez años? —preguntó Eleanor.

—O veinte —dijo Alexander—. O cincuenta.

Se separó del estante y caminó hacia ella. Se detuvo a un palmo. Alargó la mano y le quitó una mancha de suciedad de la mejilla.

—Ve a bañarte, Eleanor —dijo—. Hemos ganado la batalla. Ahora podemos descansar.

—Somos un buen equipo —dijo Eleanor.

—Somos formidables —corrigió él.

Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. —Te veré en la cena —dijo.

* * *

* * *

Eleanor subió las escaleras hacia su habitación. Tenía el corazón ligero.

Se bañó y se puso el vestido de seda azul. Se sentó ante su tocador mientras Frances le cepillaba el pelo.

—Se te ve feliz, señorita —dijo Frances—. ¿Ha ido bien el paseo?

—Sí —dijo Eleanor—. Ha ido muy bien.

Miró su reflejo. El miedo había desaparecido de sus ojos. La ira se había ido.

Se levantó y caminó hacia la ventana. Observó la finca. El sol se estaba poniendo, proyectando largas sombras sobre el césped.

Vio una figura caminando por la rosaleda, abajo. Era Alexander. Caminaba despacio, con las manos a la espalda.

Se detuvo ante un rosal de rosas blancas. Alargó la mano y tocó una flor.

Eleanor lo observó. Se le cortó la respiración.

Ya no era el enemigo. Era el hombre que había hecho un té horrible durante una tormenta. Era el hombre que había cambiado de lugar una mina para salvar un huerto.

Apoyó la mano en el cristal.

¿Pueden dos personas que empezaron como enemigos construir algo real? La pregunta la había perseguido desde la boda.

Vio a Alexander girarse y mirar hacia su ventana. La vio. No la saludó con la mano. Simplemente se quedó allí, mirándola a través de la distancia.

Eleanor no apartó la vista.

Sintió la respuesta en el latido rápido de su corazón. La sintió en el calor que se extendió por su pecho.

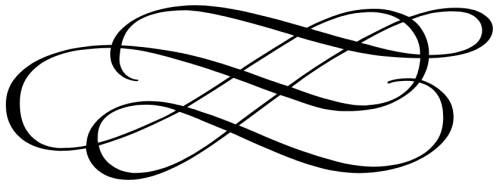
Sí. Podían.

Se apartó de la ventana y caminó hacia la puerta. No esperaría a la cena. Quería estar donde él estaba.

Bajó las escaleras, y la seda de su vestido crujió como una promesa.

Iba a buscar a su marido.

CAPÍTULO 13



El sol de la mañana se filtraba a través de los altos ventanales de la biblioteca, iluminando las motas de polvo que danzaban en el aire mientras Eleanor y Alexander permanecían junto al gran escritorio de roble. Estaban revisando los informes de rendimiento semanal, con los hombros rozándose al inclinarse sobre el pergamino. Alexander señaló una cifra al final de la columna y una leve sonrisa suavizó la severidad habitual de sus rasgos.

—El rendimiento ha subido un diez por ciento —dijo—. Tus ventas de lana han compensado el coste de las nuevas perforadoras.

—Te lo dije —dijo Eleanor, mojando la pluma en el tintero—. La fábrica local paga un suplemento por los vellones limpios.

—Tenías razón —admitió Alexander, observándola escribir—. Formamos una alianza provechosa, Eleanor.

Él alargó la mano y cubrió la de ella con la suya. Tenía la piel cálida, y su pulgar trazó la línea de la muñeca de la joven con un ritmo pausado y deliberado. Eleanor levantó la vista, con el pulso saltándole en la garganta. El aire entre ellos se sentía cargado, denso con la promesa de algo que había comenzado en el pabellón de caza y que se fortalecía con cada comida compartida y cada velada tranquila.

—Alexander —susurró ella.

El sonido de las ruedas de un carruaje sobre la grava de la entrada hizo añicos el momento.

El ruido era fuerte y exigente, el crujido de la piedra bajo las pesadas llantas de hierro resonando a través de la ventana abierta. Alexander se quedó petrificado. Su mano se puso rígida sobre la de ella y luego se retiró bruscamente. Se volvió hacia la ventana, y su postura pasó de una intimidad relajada a una tensión rígida en lo que dura un latido.

—¿Quién es? —preguntó Eleanor, acercándose para ponerse a su lado.

Miró hacia fuera. Un enorme carruaje negro con blasones dorados en las puertas se había detenido al pie de la escalinata. Cuatro caballos negros piafaban, y su aliento formaba vapor en el aire frío.

Alexander se aferró al alféizar de la ventana. Se le pusieron los nudillos blancos. Toda la sangre se retiró de su rostro, dejándolo con el aspecto de una estatua de mármol de sí mismo.

—Es mi padre —dijo.

Eleanor se quedó mirando el carruaje y preguntó: —¿El duque? ¿Aquí?

—Ha venido a inspeccionar su inversión —dijo Alexander. Su voz era plana, despojada de toda la calidez que había tenido hacía unos segundos—. Nunca viaja sin un motivo.

La puerta del carruaje se abrió. Un lacayo se apresuró a bajar el estribo. Un hombre bajó.

Era alto, como Alexander, pero mientras que Alexander era ancho y robusto, este hombre era demacrado. Vestía un pesado abrigo con cuello de piel y llevaba un bastón con punta de plata. Miró hacia la

casa con una mueca de desprecio que grababa profundas líneas alrededor de su boca.

—Ve al salón —ordenó Alexander. No miró a Eleanor. Tenía la vista clavada en la figura que estaba en la entrada—. No hables a menos que te hablen. Y, por el amor de Dios, Eleanor, intenta parecer una duquesa.

Eleanor retrocedió como si él le hubiera dado una bofetada—. ¿Alexander?

—¡Vete! —espetó él.

Se dio la vuelta y salió de la biblioteca a grandes zancadas, dejando la puerta oscilando sobre sus bisagras.

Eleanor se quedó sola en medio del silencio. El calor de la mañana se había evaporado, sustituido por un frío repentino y mordaz. Se alisó las faldas con manos temblorosas y caminó hacia el salón.

Oyó voces en el vestíbulo. El tartamudeante saludo de Henderson. El golpe seco del bastón sobre el suelo de mármol. Y luego una voz que sonaba como piedras triturándose.

—La entrada es una desgracia —dijo el hombre mayor—. He visto maleza, Alexander. Maleza.

—Estamos reparando primero el drenaje —respondió la voz de Alexander. Sonaba débil. Sumisa.

Las puertas del salón se abrieron. Alexander entró seguido de su padre.

El viejo duque entró en la estancia como si fuera el dueño del aire que contenía. Se detuvo en el centro de la alfombra y examinó el mobiliario con ojos fríos y entrecerrados. Finalmente, su mirada se posó en Eleanor.

La miró de arriba abajo, inspeccionándola como se podría inspeccionar a una yegua de premio en una subasta.

—Así que —dijo el duque—. Esta es la novia.

—Eleanor —dijo Alexander, dando un paso al frente pero manteniendo la vista en el suelo—. Este es mi padre, el duque de Ashford.

Eleanor hizo una reverencia. Fue una reverencia profunda y respetuosa, perfecta en su ejecución.

—Excelencia —dijo ella—. Bienvenido a Hartley Manor.

El duque ignoró su saludo. Se volvió hacia Alexander.

—Es menuda —dijo el duque—. Y tiene un aire pueblerino. Esperaba algo más... sustancioso por el precio que pagamos.

Eleanor se puso tensa. Miró a Alexander, esperando que la defendiera. Esperó a que dijera que era capaz, que era inteligente, que era su compañera.

Alexander no dijo nada. Permaneció con las manos entrelazadas a la espalda, mirando un punto en la pared. Parecía encogerse bajo la mirada de su padre; el hombre seguro de sí mismo que había levantado un carromato se había reducido a un niño aterrorizado.

—La hipoteca era un gasto necesario para asegurar los derechos mineros —murmuró Alexander.

—Activos —corrigió el duque—. Ella es un activo. La finca es un activo. No lo adornes con lenguaje sentimental.

Caminó hacia la ventana y golpeó el cristal con su bastón.

—He revisado sus últimos informes de Londres —dijo el duque—. Ha movido el pozo.

—Sí —dijo Alexander—. Al afloramiento del norte.

—A través de granito —escupió el duque. Se dio la vuelta con los ojos encendidos de una furia fría—. Ha elegido una ruta que tardará semanas en perforarse. Una ruta que cuesta miles en equipo. ¿Por qué?

—La línea directa pasaba por los huertos de los colonos —dijo Alexander—. Nosotros... decidí que era mejor preservar la estabilidad de la aldea.

—¿Estabilidad? —El duque se rio. Fue un sonido cruel y áspero—. Suena como una mujer. Sentimental. Débil. Está priorizando parcelas de coles frente al carbón.

—Los colonos son la mano de obra —intentó decir Alexander—. Si destruimos sus hogares...

—Si destruimos sus hogares, trabajarán más duro para reconstruirlos —interrumpió el duque—. Es blando, Alexander. Siempre lo supe. Ha dejado que esta... pastora de ovejas lo influya.

Señaló a Eleanor con el bastón.

—Ha dejado que convierta una operación comercial en una sala de beneficencia —dijo el duque—. Mírala. Ahí plantada con un vestido que ha costado más que toda su herencia. Es una carga para el fideicomiso.

Eleanor sintió que la rabia le subía por la garganta, caliente y punzante. Miró a Alexander.

«Díselo», le pidió en silencio. *Dile lo del río subterráneo. Dile lo de los beneficios de la lana. Dile que somos un equipo.*

Alexander permaneció en silencio. Su mandíbula se tensó, pero no emitió ningún sonido. Parecía paralizado.

—Espero que se restablezca el plan original —dijo el duque—. Perfore a través de las cabañas. Desahucie a los colonos si se quejan. Quiero que el carbón fluya para el mes que viene o congelaré las cuentas.

—Sí, padre —susurró Alexander.

La decepción cayó sobre Eleanor con la fuerza de un golpe físico.

Miró al hombre al que había empezado a amar. El hombre que había comprado pizarra para un niño enfermo. Había desaparecido. En su lugar había un extraño, un cobarde que reduciría su mundo a cenizas para complacer a un tirano.

—La cena se servirá a las siete —dijo Eleanor. Su voz era firme, aunque tenía el corazón destrozado.

Se dio la vuelta y salió de la habitación. Ninguno de los dos hombres la detuvo.

El comedor era una tumba. Los únicos sonidos eran el tintineo de la plata contra la porcelana y el tictac del reloj de pie.

Alexander estaba sentado a un extremo de la mesa, frente a su padre. Había vuelto a ser la figura fría y despiadada que había sido en Londres. Su rostro era una máscara de indiferencia. Comía mecánicamente, con los ojos fijos en su plato.

Eleanor estaba sentada a un lado, observándolos.

—La sopa está fría —anunció el duque, soltando la cuchara—. Igual que esta casa.

—Hablaré con el cocinero —dijo Alexander.

—Debería hablar con su mujer —dijo el duque—. La gestión doméstica es su único propósito, y parece estar fallando en ello.

Eleanor puso las manos planas sobre la mesa.

—La sopa es un gazpacho, Excelencia —dijo—. Se sirve frío.

El duque giró la cabeza lentamente para mirarla—. No me gusta la comida extranjera. Y no me gustan las mujeres que hablan cuando no les toca.

Miró a Alexander.

—Contrólela —dijo el duque.

Alexander levantó la vista. Se encontró con los ojos de Eleanor. Por un segundo, ella vio la miseria allí, la súplica desesperada de comprensión.

Pero entonces, él desvió la mirada.

—Come tu sopa, Eleanor —dijo Alexander en voz baja.

Eleanor lo miró y los viejos temores se reavivaron. Él siempre elegiría la aprobación de su familia por encima de ella. Siempre elegiría el fideicomiso por encima de los colonos. El hombre que había visto en el pabellón, el hombre que quería construir algo real, no era más que un espejismo.

—He perdido el apetito —dijo Eleanor.

Se levantó y su silla chirrió contra el suelo.

—Siéntese —ordenó el duque.

—No —dijo Eleanor.

—Alexander —ladró el duque—. Dile que se siente.

Alexander apretó su copa de vino y no levantó la vista.

—Deja que se vaya —murmuró Alexander.

—Es débil —se mofó el duque—. Es condenadamente patético.

Eleanor se dio la vuelta y salió del comedor. Caminó por el vestíbulo, pasó por delante de la biblioteca donde habían trabajado juntos, pasó por delante de los retratos de los antepasados de Alexander.

Sintió que el frío regresaba, instalándose en sus huesos. Hacía más frío que el viento de invierno en la cresta.

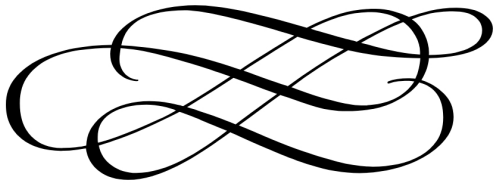
Fue a su habitación y cerró la puerta con llave; luego se sentó junto a la ventana y contempló la finca sumida en la oscuridad.

Abajo, en el valle, parpadeaban las luces de las cabañas de los colonos. Alexander había prometido que estaban a salvo. Él mismo había trazado la línea en el mapa.

Pero esta noche, ante el desprecio de su padre, la había borrado.

Se dio cuenta entonces de que la guerra no había terminado. Simplemente había cambiado de frente. Y esta vez, ella luchaba sola.

CAPÍTULO 14



La mañana siguiente trajo un cielo de un color morado amoratado y un viento cortante que hacía vibrar los cristales del comedor. Eleanor estaba sentada sola a la mesa, obligándose a tragar una tostada que le sabía a serrín. Alexander se había marchado de casa antes del amanecer, cabalgando hacia las minas con el capataz, mientras su padre permanecía en la suite de invitados, presuntamente redactando nuevas listas de deficiencias que imputar a su hijo.

Eleanor dejó la taza de té con un tintineo seco. No podía quedarse allí sentada esperando a que cayera el hacha.

Se levantó y caminó hacia las puertas acristaladas. Fuera, en el jardín formal, una figura se movía entre los rosales dormidos. Era el viejo duque. Caminaba con su bastón, golpeando los arbustos con la contera de plata, acompañado por el jardinero jefe, el Sr. O'Shea.

El Sr. O'Shea sostenía la gorra entre las manos, con la cabeza muy inclinada. El duque señaló el enrejado con el bastón, gritando algo que el viento se llevó, pero su postura irradiaba desprecio.

Eleanor abrió la puerta. El aire gélido le golpeó el rostro, punzándole las mejillas. Se recogió las faldas y salió a la terraza.

El duque se giró al ver que se acercaba. Llevaba un pesado abrigo de lana con cuello de piel que le daba el aspecto de un oso depredador.

—Usted —dijo el duque—. Dígale a este hombre que arranque estos arbustos. Han crecido demasiado. Plantaremos coles aquí; son más prácticas.

Eleanor se detuvo frente a él. Miró al Sr. O'Shea, que estaba pálido.

—Sr. O'Shea —dijo Eleanor—. Por favor, déjenos solos.

—¿Su Excelencia? —preguntó el jardinero, mirando del duque a la duquesa.

—Márchese —dijo Eleanor—. Los rosales se quedan.

El Sr. O'Shea hizo una rápida inclinación de cabeza y prácticamente echó a correr hacia el cobertizo de las herramientas.

El duque entornó los ojos. Se apoyó en su bastón, mirando a Eleanor con una diversión gélida.

—Desautoriza mis órdenes —dijo él—. Alexander necesita ponerle una correa más corta.

—Alexander es el señor de esta propiedad —dijo Eleanor—, y yo soy la señora. No destruimos jardines de rosas de cincuenta años por unas coles.

—Alexander es un necio —dijo el duque—. Desperdicia el dinero en sentimentalismos. He visto las cuentas. El excedente de la lana. Se lo gastó en taladros. Taladros para perforar el granito porque usted lloriqueó por unas cuantas cabañas.

—Se lo gastó para asegurar la estabilidad —dijo Eleanor—, porque comprende que una mano de obra leal es más valiosa que un beneficio rápido.

—La lealtad se compra —se mofó el duque—. El miedo es más barato. Alexander es débil. Siempre lo ha sido. Intenta jugar a ser el

hombre de negocios, pero por dentro sigue siendo el niño blando que lloró cuando vendí su poni.

Eleanor dio un paso adelante. Cerró los puños a los costados. El miedo que había sentido durante la cena se había desvanecido, consumido por una ira incandescente.

—Usted no lo conoce —dijo ella.

—Yo lo creé —replicó el duque—. Le saqué la blandura a golpes. O lo intenté. Claramente, fracasé.

—Usted no lo creó —dijo Eleanor. Alzó la voz, que resonó por encima del silbido del viento—. Usted lo rompió. Y luego él se reconstruyó a sí mismo. Reconstruyó este apellido familiar que usted arrastró por el fango.

El rostro del duque se puso de un rojo moteado. —¿Cómo se atreve?

—Me atrevo porque veo la verdad —dijo Eleanor—. Alexander trabaja hasta medianoche cada día. Recorre las zanjas de drenaje bajo la lluvia. Levanta carros del barro con sus propias manos para salvar a un caballo. Es diez veces más hombre de lo que usted será jamás.

—¡Es una decepción! —gritó el duque—. ¡Es un fracasado!

—¡Es un hombre bueno! —le gritó Eleanor a su vez—. Se preocupa por esta tierra. Se preocupa por esta gente. Y está aterrorizado por usted porque es un abusón que no soporta el hecho de que su hijo sea mejor que usted.

La puerta del jardín se abrió de golpe.

Alexander estaba allí. Estaba cubierto de polvo de carbón, con la cara surcada de mugre negra. Claramente había cabalgado a toda prisa desde las minas. Miró a Eleanor, con el pecho agitado.

—Eleanor —dijo él. Su voz era una advertencia.

El duque se giró hacia su hijo. Esbozó una sonrisa, una mueca cruel que le torcía los labios.

—Tu esposa tiene la lengua afilada, Alexander —dijo el duque—. Cree que eres un héroe. Cree que eres... bueno.

Se rio. Fue un sonido seco y carraspeante.

—Cuéntaselo —dijo el duque—. Cuéntale lo que eres de verdad.

Alexander miró a Eleanor. Sus ojos eran vacíos oscuros en su rostro ennegrecido.

—Entra en casa, Eleanor —dijo él.

—Alexander, por favor —dijo Eleanor, intentando acercarse a él—. Enfréntate a él. Dile que somos compañeros.

—¡He dicho que entres! —rugió Alexander.

Eleanor retrocedió. Miró al duque, que observaba con regocijo satisfecho. Luego miró a Alexander, que se negaba a sostenerle la mirada.

Se dio la vuelta y volvió corriendo a la casa.

Caminó de un lado a otro de su dormitorio durante una hora. El fuego en la chimenea estaba bajo, pero no llamó para pedir más carbón. No podía soportar ver a ningún sirviente. No podía soportar ver a nadie.

La puerta se abrió. Alexander entró.

Se había lavado el polvo de carbón de la cara y las manos, pero su cabello aún estaba húmedo y tenía los ojos enrojecidos. Cerró la puerta y echó la llave.

Se giró para mirarla.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó. Su voz era baja, temblorosa por una rabia contenida.

—Te estaba defendiendo —dijo Eleanor—. Estaba insultándote. Le estaba ordenando a O'Shea que destruyera el jardín.

—Yo puedo encargarme del jardín —dijo Alexander—. Puedo encargarme de mi padre. No necesito que mi esposa libre mis batallas por mí delante del servicio.

—No te estabas encargando de él —dijo Eleanor—. Estabas en las minas. Y anoche en la cena, dejaste que me humillara. Dejaste que se humillara él mismo.

—Lo soporté —dijo Alexander—. Así es como se sobrevive a él. Soportas. No provocas.

—Le dije la verdad —dijo Eleanor—. Le dije que eres un hombre bueno.

Alexander se rio. Fue la misma risa amarga que había usado en el carruaje, solo que más afilada.

—¿Un hombre bueno? —preguntó—. ¿Sabes lo que he hecho esta mañana, Eleanor? He ordenado al capataz que vuelva al plan original. Vamos a excavar a través de las cabañas.

Eleanor se quedó helada. Se le retiró la sangre del rostro.

—No —susurró—. Lo prometiste. Estuvimos de acuerdo.

—Mi padre amenazó el fideicomiso —dijo Alexander—. Amenazó con congelar las cuentas al mediodía si no mostraba progresos. No he tenido elección.

—Siempre hay una elección —exclamó Eleanor—. Podrías haberle dicho que se quedara con su dinero. Tenemos la propiedad. Tenemos la lana.

—¡La lana son calderilla! —gritó Alexander. Caminó por la habitación, pasándose las manos por el pelo—. La lana paga el té y las cintas. No sufraga el mantenimiento de un ducado. No paga los barcos. No paga el poder que mantiene a los lobos alejados de la puerta.

—Tú eres el lobo —dijo Eleanor—. Te estás convirtiendo en él.

Alexander se detuvo. La miró.

—Soy él —dijo—. Eso es lo que te niegas a ver. Has pintado este retrato de mí en tu cabeza. El héroe incomprendido. El hombre al que le gustan los muros antiguos. Pero soy Alexander Radcliffe. Soy un hombre de negocios. Y quemaré cien cabañas para salvar mi posición.

—No te creo —dijo Eleanor. Caminó hacia él. Le agarró las solapas del abrigo—. Te vi en el pabellón. Te vi en la biblioteca. Aquello fue real.

—Aquello fue una debilidad —dijo Alexander mientras le agarraba las muñecas y le apartaba las manos—. Fue un momento de agotamiento. No confundas la vulnerabilidad con la virtud.

—No es debilidad que te importe algo —dijo Eleanor—. Es tu fuerza. Tu padre lo llama blandura porque está vacío por dentro. Pero tú estás lleno. Tienes corazón, Alexander. Sé que lo tienes.

—Basta —dijo Alexander. Soltó sus manos.

—Amo al hombre que arregló el tejado —dijo Eleanor. Las palabras salieron atropelladamente antes de que pudiera detenerlas—. Amo al hombre que preparó té en mitad de una tormenta. Te amo.

Alexander hizo un amago de retroceder. La miró con ojos muy abiertos, aterrorizados.

—No digas eso —susurró.

—Es la verdad —dijo Eleanor—. Te amo. Y sé que eres mejor que esto.

—¡No lo soy! —gritó Alexander—. ¡Soy un fraude, Eleanor! Soy un cobarde que se inclina ante un viejo odioso porque me aterra la pobreza. Soy un monstruo que está a punto de destruir la vida de personas que te importan porque valoro mi propia comodidad más que su supervivencia.

Retrocedió, alejándose de ella. Parecía asqueado. No por ella, sino por sí mismo.

—Amas una fantasía —dijo Alexander—. Amas a un hombre que no existe.

—Existe —dijo Eleanor—. Está justo delante de mí.

—Entonces mira mejor —dijo Alexander—. Porque el hombre que tienes delante acaba de firmar las órdenes de desahucio.

Eleanor se le quedó mirando. La habitación pareció inclinarse.

—¿Las has firmado? —preguntó.

—Sí —dijo Alexander—. Los Davis. Los Miller. Todos ellos. Tienen hasta el atardecer de mañana.

Eleanor sintió que una lágrima le resbalaba por la mejilla. No se la secó.

—Entonces tienes razón —dijo en voz baja—. No te conozco en absoluto.

Alexander la miró. Su rostro se descompuso por un segundo, una chispa de agonía cruzó sus facciones. Alargó una mano, como para tocarla, pero luego la retiró.

—Intenté advertirte —dijo—. Te dije que no era un marido fácil.

—No eres un marido —dijo Eleanor—. Eres un extraño.

Ella le dio la espalda. Caminó hacia la ventana y observó la tarde gris.

—Déjame sola —dijo ella.

Alexander permaneció en silencio. El reloj de la repisa de la chimenea hacía tictac. Tic, tac, tic, tac.

—Eleanor —dijo él.

—Vete —dijo ella.

Oyó sus pasos alejándose. Oyó que la puerta se abría y se cerraba.

Estaba sola.

Miró hacia el jardín. El duque estaba allí de nuevo, señalando las rosas con su bastón.

Había luchado por Alexander. Había expuesto su corazón y le había ofrecido su amor como escudo contra su padre.

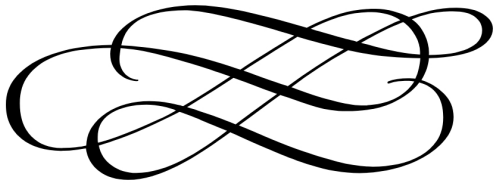
Y él había cogido ese escudo y lo había hecho añicos.

Presionó la mano contra el cristal. Estaba frío.

La guerra había terminado. Alexander se había rendido.

Y en su rendición, había destruido todo lo que habían construido.

CAPÍTULO 15



La luz de la biblioteca era fría y despiadada, despojando a la estancia de la calidez que había desprendido durante sus sesiones nocturnas. Eleanor estaba de pie en el centro de la sala, con las manos fuertemente entrelazadas frente a ella. Había acudido a recoger su correspondencia personal y los diarios de su tía, con la intención de empaquetarlos antes de abandonar la habitación para siempre.

El escritorio era un caos de papeles. Era evidente que Alexander había pasado allí la noche tras su discusión, y las pruebas de su agitación estaban esparcidas por la superficie de caoba. Los libros de contabilidad permanecían abiertos, los mapas estaban desplegados y sujetos con vasos, y varias bolas de papel arrugado ensuciaban el suelo.

Eleanor se acercó al escritorio. Solo tenía intención de coger sus propios papeles, pero una hoja de pergamino grueso le llamó la atención. Estaba sobre una pila de informes mineros, medio oculta bajo un folio encuadernado en cuero. La caligrafía era la de Alexander, inconfundible por sus trazos afilados y angulosos.

Alargó la mano y sacó el papel.

Era un memorando, titulado *Borrador de estrategia: Adquisición de la propiedad y gestión de los inquilinos*.

Eleanor leyó la primera línea.

Objetivo: Asegurar el control administrativo total de la propiedad Hartley para facilitar la expansión hacia el sur.

Siguió leyendo y el aliento se le detuvo en la garganta.

Tácticas: La duquesa se deja llevar por el sentimentalismo respecto a las familias de los inquilinos. Para asegurar su cooperación, es necesario fingir una alineación con sus objetivos de preservación. Aceptar concesiones menores, como la reparación de tejados o el mantenimiento de los jardines, servirá para que baje la guardia. Una vez que el matrimonio sea legitimado y la transferencia de la escritura sea irrevocable, el plan original de excavación a través del valle inferior podrá proseguir sin obstáculos legales.

Eleanor bajó el papel. Le temblaban las manos con tal violencia que el pergamino crujía.

Fingir una alineación.

Que baje la guardia.

Miró la fecha garabateada en la esquina. Estaba oscurecida por una mancha de tinta, un derrame descuidado que cubría el mes y el año, dejando visibles únicamente las palabras condenatorias.

Recordó el té en el pabellón de caza. Recordó la forma en que él había trazado la línea a través del granito para salvar los jardines. Recordó su mano en su cintura durante el vals.

Todo estaba allí, en la página. *Tácticas.*

No había salvado los jardines porque le importaran. Lo había hecho para apaciguarla. Había interpretado el papel del crápula reformado, del héroe incomprendido, igual que había interpretado al anfitrión

encantador en la cena. Y ella, la ingenua ratita de campo, se lo había tragado por completo.

Le había entregado su corazón y él lo había archivado bajo el epígrafe de «concesiones menores».

El pomo de la puerta giró.

Eleanor dejó caer el papel de nuevo sobre el escritorio. Lo empujó bajo el folio, con el corazón golpeándole las costillas como un pájaro enjaulado. No podía dejar que él viera que lo sabía. Todavía no. Se sentía demasiado vulnerable, demasiado expuesta.

Alexander entró.

Tenía un aspecto demacrado. Llevaba la misma ropa que el día anterior, arrugada y manchada de hollín. Su mandíbula estaba sombreada por una barba de varios días y sus ojos estaban enrojecidos por el agotamiento.

Se detuvo al verla. Llevaba algo en la mano.

Era una rosa blanca.

Los pétalos estaban ligeramente castigados por el viento frío, pero la flor estaba intacta. Era una rosa del arbusto que ella había salvado del bastón de su padre.

Alexander dio un paso adelante. Le ofreció la flor. Le temblaba la mano.

—Eleanor —dijo. Su voz sonaba áspera y se quebró al pronunciar su nombre—. Yo... he ido al jardín.

Eleanor se quedó mirando la rosa. Ayer, aquello la habría hecho llorar de alegría. Hoy, parecía otro atrezo de su representación.

Fingir una alineación.

—He venido a pedirte disculpas —dijo Alexander. Dio otro paso—. Por lo de ayer. Por las cosas que dije. Estaba enfadado. Y tenía... miedo.

La miró con una expresión de súplica abierta. Era una mirada de vulnerabilidad, la misma mirada que había derribado sus defensas en la biblioteca.

Pero ahora ella sabía qué había detrás de la máscara.

—Te he traído esto —dijo Alexander—. Como una promesa. No dejaré que destruya el jardín. Me enfrentaré a él por eso.

Eleanor miró de la rosa a su rostro. Vio el cálculo en sus ojos, o lo que ahora creía que era cálculo. Estaba haciendo exactamente lo que decía el memorando. Estaba ofreciendo una concesión menor para asegurar su cooperación.

—No te acerques —susurró Eleanor.

Alexander se quedó helado. Bajó la rosa ligeramente.

—¿Eleanor?

—No te acerques a mí —dijo ella. Retrocedió hasta que sus caderas chocaron con el borde del escritorio.

—Por favor —dijo Alexander—. Sé que te hice daño. Sé que firmé las órdenes. Pero estoy intentando encontrar una forma de...

—¿Una forma de qué? —preguntó Eleanor. Su voz era de hielo—. ¿Una forma de gestionarme? ¿Una forma de mantener el activo callado mientras destruyes el resto?

Alexander frunció el ceño. —No. Una forma de arreglar esto. He hablado con Henderson esta mañana. Le he dicho que retrase los desahucios.

—Retrasarlos —repitió Eleanor—. No cancelarlos. Solo retrasarlos. Hasta que la duquesa se calme de nuevo. Hasta que deje de montar un numerito.

—No es eso lo que quería decir —dijo Alexander. Trató de cogerle la mano.

Eleanor retrocedió bruscamente. Se apretó los brazos contra el pecho, rehuyendo su contacto como si él fuera un enfermo contagioso.

—No me toques —dijo ella.

Alexander se detuvo. Su mano cayó a su costado. La rosa colgaba lacia entre sus dedos.

—Eleanor, mírame —dijo él.

—Te estoy mirando —dijo Eleanor—. Y no veo nada.

Se negó a sostenerle la mirada. Miró a la pared. Miró al suelo. Miró a cualquier parte menos al rostro del hombre que se había burlado de ella.

—Confié en ti —dijo al suelo—. Creí en ti.

—Todavía puedes creer en mí —dijo Alexander—. Podemos reconstruir esto.

—No se puede construir sobre unos cimientos de mentiras —sentenció Eleanor.

Se movió de lado, rodeando el escritorio y manteniendo el pesado mueble de roble entre ellos como una barricada. Se dirigió hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó Alexander.

—Lejos de ti —respondió Eleanor.

—Eleanor, espera —dijo Alexander. Se movió para cerrarle el paso—. Tenemos que hablar. Tenemos que solucionar esto.

—No hay nada que solucionar —dijo Eleanor—. El contrato está firmado. La escritura ha sido transferida. Tienes lo que querías.

—No tengo lo que quiero —dijo Alexander—. Quiero a mi mujer.

—Tu mujer representa un problema de mantenimiento —dijo Eleanor —. Y está renunciando a su puesto.

Pasó por su lado. No le miró a la cara. No miró la rosa.

Salió de la biblioteca y cerró la puerta.

Le oyó gritar su nombre: —¡Eleanor!

No se detuvo. Subió las escaleras. Sentía las piernas pesadas, como si tuviera pesas de plomo atadas a los tobillos.

Llegó a su dormitorio y entró. Giró la llave en la cerradura. El clic del mecanismo sonó fuerte en la casa silenciosa.

Caminó hasta la ventana y miró hacia fuera. El cielo estaba gris y plano. El jardín de abajo estaba vacío, a excepción del viento que azotaba las ramas desnudas de los rosales.

Se abrazó a sí misma. Tenía frío. Era un frío que calaba más hondo que los huesos.

Había pensado que lo estaba salvando. Había pensado que libraba una guerra por su alma.

Pero no había ninguna guerra. Solo había un plan de negocios.

Y ella no era más que un obstáculo a gestionar.

Se sentó en la silla junto a la ventana. No lloró. Estaba más allá de las lágrimas. Se quedó sentada en el silencio y guardó duelo por el futuro en el que había empezado a creer. El futuro en el que inspeccionaban vallas juntos. El futuro en el que bebían un té terrible bajo la lluvia.

Se había esfumado. Nunca había existido.

Abajo, en la biblioteca, Alexander permanecía solo. Miraba la puerta cerrada. Miraba la rosa blanca que tenía en la mano.

Aplastó la flor en su puño. Los pétalos se magullaron y se desgarraron, cayendo al suelo como nieve.

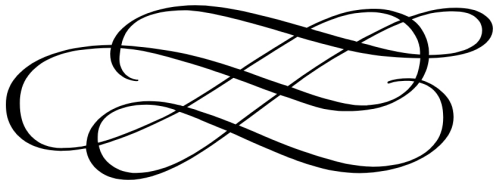
Él no sabía nada del papel que había sobre el escritorio. No sabía que el borrador que había escrito hacía meses, a instancias de su cínico abogado, acababa de convertirse en el arma que destruyó su vida.

Solo sabía que Eleanor le había mirado con odio.

Y supo, con una hundida certeza, que su padre había ganado.

El libertino había regresado. Y la ingenua ratita de campo había aprendido la lección.

CAPÍTULO 16



Eleanor abrió la puerta de su dormitorio y salió al pasillo con el papel apretado en la mano. Los bordes del pergamino estaban arrugados por la fuerza con la que los había sujetado durante la última hora, recorriendo la habitación de un lado a otro hasta que su ira se transformó en una determinación fría y afilada. No se escondería en su cuarto como una niña asustada mientras él planeaba la destrucción de su hogar en el piso de abajo.

Bajó las escaleras y el crujido de sus faldas anunció su llegada. Alexander seguía en la biblioteca, de pie junto a la ventana y de espaldas a la puerta. Sostenía un vaso de whisky en una mano, aunque no lo había probado desde que se lo sirvió.

—Alexander —dijo Eleanor.

Él se dio la vuelta despacio. Su rostro reflejaba cansancio y las arrugas alrededor de sus ojos parecían haberse acentuado desde que ella lo dejó. —Eleanor. Me alegra que hayas vuelto. Tenemos que hablar de las órdenes de desahucio. Tengo un plan para...

—No quiero oír tus planes —le interrumpió Eleanor, caminando hacia el escritorio. Estampó el documento sobre la madera—. He leído tus planes.

Alexander miró el papel. Frunció el ceño y dejó el vaso. —¿Qué es esto?

—Es tu estrategia —dijo Eleanor con la voz temblorosa por la fuerza de su acusación—. Tu «Borrador de estrategia para la adquisición de la propiedad». Detalla exactamente cómo pretendías manejarme. Cómo pensabas «fingir alineación» con mis objetivos sentimentales para bajar mis defensas».

Alexander alargó la mano hacia el papel. Lo cogió y examinó el texto. Su expresión cambió de la confusión al asombro.

——Eleanor —dijo él, mirándola—. ¿Dónde has encontrado esto?

—En tu escritorio —respondió ella—. Escondido bajo los informes de minería. ¿Eso también formaba parte de la estrategia? ¿Dejarlo donde pudiera encontrarlo después de haberme engañado con éxito?

—Esto es antiguo —dijo Alexander, soltando el papel como si quemara—. Es un borrador de hace meses. De antes incluso de conocerte. Mi abogado lo redactó cuando compramos la hipoteca.

—La fecha está tapada con tinta —señaló Eleanor—. Oscurecida convenientemente.

—Fue un accidente —dijo Alexander—. Se me volcó el tintero anoche. Eleanor, escúchame. Esto lo escribió un hombre que no te conocía. Un hombre que pensaba que no eras más que un obstáculo.

—Y eso es lo que soy —dijo Eleanor—. Un obstáculo. Tú mismo lo escribiste: «La duquesa se mueve por sentimentalismo». Has jugado conmigo, Alexander. Moviste la mina al afloramiento de granito. Compraste la pizarra para el tejado. Todo fue una actuación para mantenerme callada mientras firmabas las órdenes de desahucio.

—No —dijo Alexander. Rodeó el escritorio, intentando acercarse a ella—. Lo del tejado fue real. Lo del granito fue real. Hice esas cosas porque me importabas. Porque te escuché.

Eleanor retrocedió, evitando su contacto. —Escuchaste al memorándum. «Aceptar concesiones menores servirá para bajar sus defensas». Pues ha funcionado. He bajado mis defensas. Creí que eras un buen hombre.

—¡Estoy intentando ser un buen hombre! —gritó Alexander—. ¡Estoy luchando contra mi padre! ¡Lucho contra los fideicomisarios! ¡Lucho contra mi propia naturaleza cada puñetero día por ti!

—Luchas para ganar —dijo Eleanor—. Y has ganado. Tienes la propiedad. Tienes el carbón. Tienes a la esposa que firmó el contrato. Felicidades, su excelencia. La adquisición se ha completado.

Alexander se quedó mirándola. El pecho le subía y bajaba por el esfuerzo, y tenía las manos cerradas en puños a los costados. Escudriñó su rostro, buscando cualquier rastro de la mujer que lo había abrazado en el pabellón de caza.

Solo encontró piedra.

—¿Eso es lo que crees? —preguntó Alexander en voz baja—. ¿Que todo lo que ha pasado entre nosotros ha sido una mentira? ¿El té? ¿El baile? ¿La noche en la biblioteca?

—El papel dice que fue una táctica —dijo Eleanor.

—¡Al cuerno con el papel! —rugió Alexander—. ¡Mírame, Eleanor! ¡Mírame!

—Te estoy mirando —dijo Eleanor—. Y veo a un libertino que sabe cómo encandilar a una palurda de pueblo.

Alexander hizo una mueca. El color desapareció de su rostro, dejándolo pálido y derrotado. Dio un paso atrás, marcando distancias entre ellos.

—Ya veo —dijo él—. Has dictado sentencia.

—Las pruebas son irrefutables —dijo Eleanor.

—Las pruebas son un trozo de papel —replicó Alexander—. La verdad estaba aquí de pie, frente a ti, suplicando por tu fe. Pero tú no quieres fe, Eleanor. Quieres tener razón. Quieres creer que soy el monstruo que todo el mundo dice que soy porque es más fácil odiar a un monstruo que confiar en un hombre.

Se apartó de ella. Caminó hacia la ventana y contempló la gris tarde de fuera.

—No puedo seguir luchando contra esto —dijo Alexander—. No puedo luchar contra mi padre y contra ti al mismo tiempo.

—Entonces deja de luchar —dijo Eleanor—. Vuelve a Londres. Déjanos en paz.

Alexander se quedó inmóvil. El silencio se extendió por la habitación, pesado y sofocante.

—Está bien —dijo Alexander.

Se volvió de nuevo hacia ella. Su expresión era vacía. El fuego se había extinguido. La desesperación había desaparecido. Solo quedaba una resignación fría y hueca.

—Me marcharé antes de que pase una hora —dijo él.

Eleanor sintió una punzada en el pecho. Ella había pronunciado esas palabras, pero no esperaba que él estuviera de acuerdo. Esperaba que discutiera. Esperaba que luchara por ella.

—¿Te marchas? —preguntó.

—Es lo que quieres —dijo Alexander—. Soy el villano de esta historia, ¿no es así? Los villanos deben ser desterrados.

Caminó hacia el cordón de la campana y tiró de él. Henderson apareció en el umbral momentos después.

—¿Su excelencia? —preguntó el mayordomo, mirándolos a ambos con ojos muy abiertos.

—Que preparen mi equipaje —ordenó Alexander—. Y que traigan el carruaje. Regreso a Londres.

—¿Inmediatamente, su excelencia? —preguntó Henderson—. Pero la cena... los invitados...

—Cancélalo todo —dijo Alexander—. No voy a volver.

Henderson hizo una reverencia y se apresuró a salir.

Alexander miró a Eleanor por última vez. Se fijó en su vestido negro. En sus manos, blancas por la tensión en su cintura.

—Tienes tu propiedad, Eleanor —dijo él—. Tienes tu victoria. Espero que te sirva de consuelo.

Pasó por su lado. No la tocó. No miró atrás.

Eleanor se quedó en la biblioteca. Oyó sus pasos en las escaleras. Oyó a los sirvientes corriendo de un lado a otro. Oyó el golpe sordo de los baúles siendo arrastrados por el suelo.

No se movió. Se dijo a sí misma que esto era lo correcto. Se dijo que había expuesto al espía y salvado el reino.

Pero el pecho le dolía con un malestar físico que le dificultaba respirar.

Una hora después, oyó que el carruaje se detenía ante la puerta principal. Caminó hacia la ventana y descorrió la cortina.

Alexander bajó los escalones. Llevaba su pesado sobretodo y el sombrero calado hasta los ojos. No miró hacia la casa. No miró los rosales que había prometido salvar.

Subió al carruaje. La puerta se cerró de un portazo. El cochero restalló el látigo.

Los caballos negros arrancaron con fuerza. Las ruedas crujieron sobre la grava.

Eleanor observó hasta que el carruaje desapareció tras la curva del camino, tragado por los árboles y la bruma.

Se había ido.

El hombre que había levantado el carromato se había ido. El hombre que había tachado la línea en el granito se había ido.

Volvía a ser la señora de Hartley Manor. Estaba a salvo. Estaba sola.

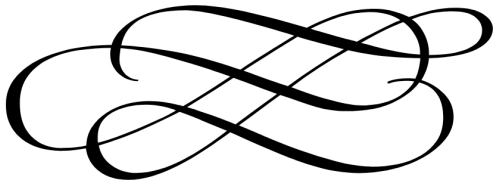
Se apartó de la ventana y miró el escritorio. El papel seguía allí. La prueba condenatoria de su traición.

Lo cogió y lo estrujó en su mano.

Había ganado la guerra.

Entonces, ¿por qué sentía como si lo hubiera perdido todo?

CAPÍTULO 17



El silencio en Hartley Manor era absoluto. Se había instalado en las esquinas de los techos altos y cubría el mobiliario como sábanas protectoras contra el polvo. Eleanor estaba sentada a la larga mesa del comedor; la superficie de caoba se extendía ante ella, vacía y pulida con un brillo de espejo.

Había un solo servicio puesto en la cabecera de la mesa.

La señora Gable entró por la puerta de servicio con una sopera de plata. El sonido de sus pasos sobre el parqué fue fuerte, casi intrusivo.

—La cena, Su Gracia —dijo la señora Gable. Posó la sopera y levantó la tapa. El vapor se elevó en una nube blanca.

—Gracias, señora Gable —dijo Eleanor.

Cogió la cuchara. La plata se sentía pesada en su mano. Miró la silla vacía al otro extremo de la mesa.

—¿Desea algo más? —preguntó la señora Gable.

—No —dijo Eleanor—. Puede retirarse.

La señora Gable vaciló. Se alisó el delantal. —El servicio... nos preguntábamos... por el duque.

Eleanor bajó la cuchara. —¿Qué pasa con él?

—¿Regresará para el festival de la cosecha? —preguntó la señora Gable—. Los del pueblo están preguntando. Esperaban que él encabezara la procesión.

—El duque está retenido en Londres —dijo Eleanor. Su voz era firme, ensayada—. Unos asuntos de negocios requieren su atención.

—Ya veo —dijo la señora Gable. No parecía convencida. Hizo una reverencia y abandonó la habitación.

Eleanor se quedó sentada a solas. Removió la sopa. No la probó.

Se levantó y caminó hacia la ventana. El reflejo en el cristal mostraba a una mujer de negro, de pie en una habitación demasiado grande para una sola persona.

Alexander se había marchado hacía tres días.

La casa había recuperado su ritmo anterior. Los sirvientes se movían en silencio. Las comidas se servían a su hora. Los libros de contabilidad estaban cuadrados.

Justo lo que ella había querido. Era paz.

Y era insoportable.

Salió del comedor y fue al vestíbulo. Pasó por delante de la puerta de la biblioteca. Estaba cerrada. No había entrado en la estancia desde que él se marchó.

Un fuerte golpe sonó en la puerta principal.

Eleanor se detuvo. Henderson, el mayordomo, apareció de entre las sombras del pasillo del servicio. Abrió la puerta.

El señor Henderson, el capataz de la mina, estaba en el umbral. Tenía la gorra entre las manos y parecía agitado.

—Señor Henderson —dijo el mayordomo—. Es tarde.

—Debo hablar con su excelencia —dijo el capataz—. Es urgente.

Eleanor dio un paso adelante bajo la luz de la lámpara de araña.

—Estoy aquí —dijo—. ¿Qué ha pasado? ¿Ha habido algún accidente en la mina?

—No, excelencia —dijo el capataz—. Es el reparto. Los carros han llegado de Newcastle hace una hora. Los conductores exigen una firma para el recibo, y yo..., yo no tengo autoridad para firmar por semejante suma.

¿Qué entrega? —preguntó Eleanor.

—El equipo —dijo el capataz—. Para el túnel de granito.

Eleanor frunció el ceño. —¿Las perforadoras pesadas?

—Perforadoras, sí —dijo el capataz—. Y el apuntalamiento. Y los motores de ventilación.

¿Motores de ventilación? —repitió Eleanor.

—Pase, señor Henderson —dijo.

El capataz entró en el vestíbulo. Sacó un fajo de papeles del bolsillo de su chaqueta.

—El duque los pidió —explicó el capataz, entregándole los papeles a Eleanor—. Antes de irse. Envió el pedido por mensajería especial la mañana después de la tormenta.

Eleanor cogió los papeles. Caminó hacia la mesa donde ardía una lámpara. Puso la factura bajo la luz.

Era un formulario de pedido detallado de Newcastle Ironworks.

Artículo: Puntales de acero de alta resistencia (x50). Artículo: ventiladores de vapor (x2). Artículo: lámparas de seguridad (modelo Davie) (x100).

Eleanor leyó la lista. El coste al final de la página era asombroso. Era tres veces el ingreso anual de la cosecha de lana.

—No lo entiendo —dijo Eleanor—. ¿Para qué necesitamos puntales de acero? Siempre hemos usado madera.

—Para la ruta del granito —dijo el capataz—. La roca es inestable donde se junta con la esquistosa. La madera se partiría por la presión. El duque dijo que no enviaría a hombres a ese túnel sin soportes de acero.

Eleanor miró la fecha del pedido.

Era de la mañana siguiente a su regreso del pabellón de caza. La mañana en que él había trazado la línea en el mapa para salvar los huertos de los colonos.

—Pidió esto de inmediato —susurró Eleanor.

—Sí, excelencia —dijo el capataz—. Fue tajante. Discutimos por el coste. Le dije que la madera era más barata. Le dije que los ventiladores eran innecesarios si excavábamos un segundo pozo a través de las casitas.

—¿Y qué dijo él? —preguntó Eleanor.

El capataz cambió el peso de una pierna a otra. —Dijo que una mina es tan buena como los hombres que trabajan en ella. Dijo que no

arriesgaría ni una sola vida en aras de un libro de contabilidad. Dijo... dijo que usted nunca lo perdonaría si un hombre se asfixiaba en la oscuridad.

Eleanor se aferró al borde de la mesa. El papel temblaba en su mano.

—¿Él dijo eso?

—Lo dijo —confirmó el capataz—. Priorizó el equipo de seguridad por encima de la maquinaria de extracción. Las perforadoras son, de hecho, la parte más pequeña del pedido. La mayor parte de este dinero es para protección.

Eleanor volvió a mirar la factura. Vio la firma al pie. *Ashford.*

La tinta era negra y decidida.

Recordó la nota que había encontrado. El *Borrador de Estrategia*. Las palabras que la habían convencido de que él era un monstruo.

Simular alineación.

Concesiones menores.

Esto no era una concesión menor. Esto era una fortuna. Era el mejor equipo de seguridad que el dinero podía comprar. Un hombre que viera a sus colonos como activos para ser explotados nunca gastaría esta cantidad de dinero en ventiladores.

Un hombre que estuviera simulando su postura habría comprado la madera más barata y habría esperado que no pasara nada.

Alexander había comprado acero.

Lo había comprado porque le importaba. Lo había comprado porque la escuchaba.

—De verdad cambió el plan —dijo Eleanor—. Realmente tenía intención de salvar el pueblo.

—Así es, excelencia —dijo el capataz—. Detuvo las órdenes de desahucio la mañana que se marchó. Me dijo que las quemara.

¿Que las quemara? —preguntó Eleanor con la voz quebrada.

—Sí —dijo el capataz—. Dijo que los colonos debían quedarse. Dijo que la propiedad era de usted, y que sus deseos eran ley.

Eleanor cerró los ojos. La habitación daba vueltas a su alrededor.

Le había acusado de traición. Le había arrojado la nota a la cara. Le había llamado mentiroso y farsante.

Y mientras tanto, el pedido de los puntales de acero ya venía de camino desde Newcastle.

La nota era antigua. Era un fantasma de una época anterior a conocerla.

Pero la factura que tenía en la mano era real.

¿Excelencia? —preguntó el capataz—. Los conductores están esperando. ¿Hago que se marchen?

Eleanor abrió los ojos.

—No —dijo—. Descargue los carros. Instale los ventiladores. Haga que el túnel sea seguro.

Cogió una pluma de la mesa. Firmó el recibo: *Eleanor Radcliffe*.

—Gracias, excelencia —dijo el capataz. Cogió el papel—. Los hombres se sentirán aliviados. Temían que el nuevo plan se desechara ahora que el duque se ha ido.

—El plan sigue en pie —dijo Eleanor.

El capataz hizo una reverencia y se marchó. La pesada puerta se cerró tras él.

Eleanor se quedó en el vestíbulo. Miró la copia de la factura que aún sostenía.

Había ganado. Los colonos estaban a salvo. La mina sería segura. Los huertos estaban a salvo.

Pero Alexander se había ido.

Ella lo había ahuyentado. Había dejado que su orgullo y su miedo la cegaran ante la verdad que tenía justo delante.

—Lo que quieres es tener razón —había dicho él—. Quieres creer que soy un monstruo.

Tenía razón. Ella había querido protegerse. Había tenido tanto miedo de que la hirieran, tanto miedo de ser la ingenua «ratita de campo», que se había negado a ver al hombre que la amaba.

Caminó hacia la puerta de la biblioteca. La abrió.

La estancia estaba fría. El fuego se había extinguido. El escritorio estaba ordenado, libre de sus papeles.

Caminó hacia la silla donde él solía sentarse. Se sentó.

Puso su mano sobre el reposabrazos de cuero. Imaginó el calor de la mano de él allí.

—Me equivoqué —susurró a la habitación vacía.

El silencio no respondió.

Pensó en él en Londres. Estaría de vuelta en su club. De vuelta en el mundo de las altas apuestas y las miradas gélidas. Estaría haciendo el papel de calavera otra vez, ocultando al chico que levantaba carros tras un muro de cinismo.

Porque ella le había dicho que eso era lo único que era.

Ella había ratificado la voz de su padre. Le había dicho que era un fraude.

La culpa la invadió, pesada y asfixiante. Le oprimió el pecho hasta que apenas pudo respirar.

Se puso en pie. Recorrió la estancia. Caminó hacia la ventana donde él había estado cuando se despidió.

Miró hacia el oscuro camino de entrada.

—Los amaba —dijo en voz alta.

Él amaba a la gente porque ella los amaba. Había convertido la seguridad de ellos en su prioridad porque quería ser el hombre en el que ella creía.

Y ella le había destrozado por ello.

Salió vagando de la biblioteca y entró en el salón. Estaba vacío. Fue a la sala de música. Estaba vacía.

La casa era un mausoleo.

Subió las escaleras hacia su dormitorio. Abrió el armario.

Sus vestidos negros de luto colgaban allí. El vestido gris de viaje.

Y al fondo, el vestido de seda azul.

Tocó la tela. Estaba fría y suave.

Recordó el modo en que él la había mirado cuando lo llevaba puesto. El hambre en sus ojos. La esperanza.

—Somos formidables —había dicho él.

Sacó el vestido del riel. Lo estrechó contra su pecho.

Podía quedarse aquí. Podía ser la duquesa de Hartley Manor. Podía envejecer a solas, a salvo en su victoria, presidiendo una finca perfecta y vacía.

O podía luchar.

Miró su reflejo en el espejo. La mujer pálida y asustada había desaparecido. En su lugar había una mujer con ojos brillantes y la mandíbula firme.

Ahora era una Radcliffe. Y las Radcliffe no se rendían.

Tiró del cordón de la campana. Tiró con fuerza, una y otra vez.

Frances entró corriendo, con la cofia torcida.

—¿Señorita? ¿Su Gracia?

—Prepara el baúl —dijo Eleanor.

Frances parpadeó. —¿El baúl? Pero si acabamos de desempaquetar.

—Prepáralo otra vez —ordenó Eleanor—. Y la seda azul. Y los diamantes.

—¿A dónde vamos? —preguntó Frances.

—A Londres —dijo Eleanor.

—¿A Londres? —exclamó Frances—. Pero el duque... se acaba de marchar.

—Lo sé —dijo Eleanor—. Y voy a ir a buscarle.

Lanzó el vestido sobre la cama.

—Encarga el carruaje —dijo Eleanor—. Salimos al amanecer.

—Pero el escándalo —dijo Frances—. Ir detrás de un marido que la ha dejado...

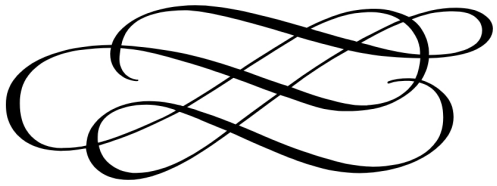
—Que hablen —dijo Eleanor—. No me importa el escándalo. Me importa mi marido.

Caminó hacia la ventana y miró hacia la noche por última vez.

El viento soplaba del norte, trayendo el aroma de la lluvia y el carbón.

—Espérame, Alexander —susurró.

CAPÍTULO 18



La máquina de vapor siseó y gruñó cuando el tren entró en la estación de King's Cross, llenando el cavernoso tinglado de hierro con ondulantes nubes de humo blanco. Eleanor bajó al andén antes de que el tren se detuviera por completo; sus botas chocaron contra el pavimento manchado de hollín con un golpe seco. Frances se apresuró a seguirla, lidiando con el pequeño maletín mientras un mozo de cuerda sacaba el pesado baúl del furgón de equipajes.

Londres era ruidoso. El estrépito las asaltó al instante: el chirrido del metal, los gritos de los vendedores ambulantes, el traqueteo de las ruedas de los carruajes sobre los adoquines. Era un rugido caótico y chirriante que normalmente hacía que Eleanor quisiera retirarse a la quietud de los páramos, pero hoy aquel estruendo la alimentaba. Encajaba con la urgencia caótica que la había impulsado a cruzar media Inglaterra en un solo día.

—Busque un carruaje —ordenó Eleanor al mozo, poniéndole una moneda en la mano—. Uno rápido.

Cruzaron entre la muchedumbre agobiante hasta llegar a la calle. El aire de la ciudad estaba cargado de polvo de carbón y niebla, cubriendo la garganta de Eleanor con un sabor terroso. Subió al coche de alquiler, ignorando el cuero rasgado del asiento y la paja húmeda del suelo.

—A Grosvenor Square —le dijo al conductor—. A Ashford House.

El cochero chasqueó el látigo y el caballo arrancó de un tirón. Eleanor se agarró a la correa de cuero junto a la ventana, viendo cómo la ciudad pasaba borrosa. Los edificios grises parecían muros de una prisión, y la gente en las calles era una sombra sin rostro bajo la luz del gas.

—Estamos llegando en buen tiempo, señorita —dijo Frances, sujetándose el sombrero—. Puede que el duque esté cenando.

—Podría estar en cualquier parte —dijo Eleanor, mirando las farolas que pasaban—. Podría estar en su club. Podría haberse... marchado.

No terminó el pensamiento. El miedo a haber llegado demasiado tarde le pesaba en el pecho, una carga física que le dificultaba respirar hondo. Consultó el pequeño reloj prendido en su solapa. Pasaban de las nueve.

El carruaje giró hacia Grosvenor Square. Las grandes mansiones se alzaban como centinelas silenciosos, con sus ventanas brillando con luz dorada. Ashford House estaba a oscuras, a excepción de una única lámpara encendida en el vestíbulo.

El carruaje se detuvo. Eleanor no esperó al conductor. Abrió la puerta de un golpe y saltó. Corrió por los anchos escalones de piedra, los mismos que había subido semanas atrás para exigir una negociación.

Esta vez no llamó. Probó el picaporte. Estaba cerrado.

Golpeó la madera con su puño enguantado.

—¡Abran! —gritó.

Pasó un minuto. Luego otro. Finalmente, los pesados cerrojos se descorrieron. La puerta se abrió para revelar a Henderson.

El mayordomo parecía más viejo de lo que ella recordaba. Su uniforme estaba impecable, pero sus hombros estaban ligeramente hundidos y sus ojos denotaban cansancio. Parpadeó, mirando fijamente a la mujer que estaba en el umbral con un vestido gris manchado por el viaje.

—¿Su Gracia? —preguntó Henderson, con la voz quebrada por una sorpresa genuina—. No... no la esperábamos.

—¿Dónde está? —preguntó Eleanor, entrando en el vestíbulo. Se quitó los guantes y los arrojó sobre la mesa de mármol—. ¿Está aquí?

Henderson cerró la puerta para protegerse del aire nocturno.
—El duque ha salido, Su Gracia.

—¿Adónde?

—Asiste al baile en Rochester House —dijo Henderson—. La duquesa de Rochester insistió; envió tres invitaciones.

—¿Se ha ido a un baile? —preguntó Eleanor. Sintió un ramalazo de fría decepción. Se lo había imaginado cavilando en la biblioteca, guardando luto por su separación. En cambio, estaba bailando.

—Fue porque la duquesa viuda se lo ordenó —aclaró Henderson, bajando la voz—. Dijo que su repentino regreso a Londres estaba dando que hablar. Que necesitaba que lo vieran. Para demostrar que todo es...

—Normal —repitió Eleanor—. ¿Está solo?

—Fue solo, Su Gracia —dijo Henderson—. Parecía... no parecía un hombre que fuera a una celebración. Parecía un hombre que fuera a un funeral.

Eleanor asintió. Se volvió hacia el espejo del recibidor. El reflejo le devolvió la mirada: una mujer pálida, desaliñada y con una mancha de hollín en la mejilla.

—Necesito cambiarme —dijo Eleanor—. ¿Sigue aquí el carruaje?

—El duque se llevó el coche de ciudad —dijo Henderson—. Pero el birlocho está en las caballerizas.

—Que lo preparen —dijo Eleanor—. Y dile a Frances que traiga el de seda azul al vestidor. Tengo un baile al que asistir.

Los ojos de Henderson se agrandaron. Una lenta sonrisa se extendió por su rostro, desvaneciendo el cansancio.

—Inmediatamente, Su Gracia —dijo—. Bienvenida a casa.

El vestidor era un hervidero de actividad. Frances se movía con una rapidez nacida de la desesperación, ajustando el corsé de Eleanor y alisando las pesadas faldas de seda del vestido azul. Eleanor se sentó ante el tocador, restregándose el hollín de la cara hasta que su piel brilló rosada.

No se recogió el pelo en el moño severo y práctico que llevaba en Yorkshire. Permitió que Frances lo peinara en mechones sueltos y brillantes que enmarcaban su rostro, entrelazando una sarta de zafiros entre las hebras oscuras.

Se abrochó el collar de diamantes al cuello. Las piedras estaban frías, pero centelleaban con una luz dura y brillante.

—Pareces una reina, señorita —susurró Frances, dando un paso atrás.

Eleanor se puso en pie. Se miró a sí misma. El vestido era el mismo que había llevado la noche que bailó con Alexander. La noche en que se dio cuenta de que lo amaba.

—No soy una reina —dijo Eleanor—. Soy una esposa.

Salió de la habitación y bajó las escaleras. Henderson esperaba en el vestíbulo con su capa de terciopelo. Se la colocó sobre los hombros.

—El carruaje está listo —dijo—. El cochero conoce el camino a Rochester House.

—Gracias, Henderson —dijo Eleanor.

Salió a la noche. El aire era gélido, pero no lo sentía. La adrenalina que corría por sus venas la mantenía caliente.

El trayecto hasta Rochester House duró veinte minutos. Las calles estaban atestadas de carruajes, todos en la misma dirección. La temporada de Londres estaba en pleno apogeo, un carrusel de riqueza y murmuraciones.

El carruaje de Eleanor se unió a la fila. Observó a los otros invitados bajar de sus vehículos: mujeres con plumas y joyas, hombres con casacas negras y guantes blancos. Reían y charlaban, con voces agudas en el aire nocturno.

Eran los lobos. La gente a la que Alexander temía. La gente que podía destruir un apellido con un susurro.

Eleanor apretó su abanico. Recordó lo pequeña que se había sentido en el Salón Amarillo. Recordó la vergüenza del escándalo.

Pero también recordó los puntales de acero en la mina. Recordó la línea trazada en el mapa.

Alexander se había enfrentado a su padre por ella. Había arriesgado su fortuna por los principios de ella.

Ella podía enfrentarse a un salón de baile por él.

El carruaje se detuvo. El lacayo abrió la puerta.

—¡Su Gracia, la duquesa de Ashford! —anunció el lacayo a la multitud en los escalones.

Varias cabezas se giraron. Las conversaciones cesaron.

Eleanor bajó. Mantenía la cabeza alta. Caminó por la alfombra roja, con sus faldas de seda crujiendo como una armadura.

Llegó a lo alto de la escalera. El mayordomo de sala esperaba a la entrada del salón de baile con su bastón de mando. La miró y luego consultó su lista.

—No estoy en la lista —dijo Eleanor—. Mi marido tiene mi invitación.

El mayordomo de sala vaciló. Miró a la duquesa de Ashford. Vio determinación en su mandíbula. Vio el fuego en sus ojos.

Hizo una profunda reverencia.

—Su Gracia —dijo.

Se volvió hacia el salón. El salón de baile era un mar de color y luz, lleno de cientos de personas. La orquesta tocaba una cuadrilla.

—¡Su Gracia, la duquesa de Ashford! —bramó el mayordomo.

La música no se detuvo, pero la sala pareció inclinarse. Cientos de rostros se volvieron hacia la puerta. El sonido de la conversación bajó a un silencio expectante, para luego alzarse de nuevo en una ola de susurros frenéticos.

—¿La duquesa?

—Pensaba que estaba en Yorkshire.

—Dicen que están distanciados.

—Mírala. Está sola.

Eleanor hizo caso omiso. Entró en la estancia. Cruzó entre la multitud, y la gente se apartaba ante ella como las aguas del Mar Rojo. No miró ni a izquierda ni a derecha. Miraba de frente, buscando un solo rostro en la sala.

Vio a Lady Jersey cerca del cuenco de ponche, susurrando tras su abanico a un grupo de debutantes. Lady Jersey levantó la vista y sus ojos se agrandaron con un deleite malicioso.

—Vaya —dijo Lady Jersey, lo bastante alto para que Eleanor la oyera —. La ratita de campo ha venido a la ciudad. ¿Buscamos a la oveja descarriada?

Eleanor se detuvo. Se volvió despacio para mirar a la mujer que había ayudado a orquestar su humillación.

—No, lady Jersey —dijo Eleanor. Su voz era clara y se impuso a la música—. Busco a mi marido. Aunque imagino que usted está más familiarizada que yo con la persecución de los maridos ajenos.

Un grito ahogado recorrió el círculo. Lady Jersey se puso de un rojo violáceo.

Eleanor le dio la espalda. Continuó su búsqueda.

Revisó las mesas de juego. Alexander no estaba allí. Revisó los balcones. No estaba allí.

El pánico empezó a aflorar en su pecho. ¿Se habría marchado? ¿Se habría retirado a las sombras donde ella no podía seguirlo?

Se abrió paso entre un grupo de caballeros cerca de las puertas de la terraza.

—Perdonen —dijo.

—Su Gracia —murmuraron ellos, apartándose.

Llegó al borde de la pista de baile. Volvió a examinar la sala, con la desesperación oprimiéndole la garganta.

Entonces lo vio.

Estaba al otro lado del salón, cerca de las puertas acristaladas que daban al jardín. Estaba solo.

Permanecía de espaldas a la pared, con una copa de champán en la mano. No bebía. Observaba a los bailarines con una expresión de profundo aislamiento.

Estaba impecable. Su casaca era perfecta. Su corbata estaba anudada con precisión matemática. Era la viva imagen del duque de Ashford.

Pero Eleanor vio la verdad.

Vio la tensión en su mandíbula. Vio cómo su mano apretaba la copa con demasiada fuerza. Vio el vacío en sus ojos, una oquedad gris que recordaba al cielo sobre los páramos.

Parecía un hombre tallado en hielo.

Parecía un hombre solo.

Eleanor sintió que se le partía el corazón. Quería correr hacia él. Quería gritar su nombre.

Pero la multitud era densa entre ambos.

Empezó a moverse. Esquivó a una pareja que bailaba un vals. Rodeó una mesa ocupada por damas nobles.

Una mano se extendió y le agarró el brazo.

—¿Eleanor?

Se detuvo. Era la duquesa viuda. La madre de Alexander.

La mujer mayor vestía seda púrpura y una tiara que parecía lo bastante pesada como para romperle el cuello. Miró a Eleanor con ojos afilados y calculadores.

—¿Qué hace aquí? —siseó la viuda—. Debería estar en Yorkshire. Manteniendo la farsa de una vida feliz en el campo.

—He acabado con las farsas —dijo Eleanor—. He venido por Alexander.

—Está montando una escena —dijo la viuda—. Mírelos. Todo el mundo está mirando. Si se acerca a él ahora y la rechaza... el escándalo será irreparable.

—No me rechazará —dijo Eleanor.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó la viuda—. La dejó. Me dijo que había terminado con el matrimonio. Ha vuelto al redil, Eleanor. Es un Radcliffe. No necesita distracciones.

—Es un desgraciado —dijo Eleanor, señalando a Alexander con la cabeza—. Mírelo. Se está muriendo dentro de esa jaula que usted le ha construido.

La viuda miró a su hijo. Su expresión flaqueó ligeramente.

—Está cumpliendo con su deber —dijo la viuda—. Es lo que hacemos.

—Es lo que hace usted —dijo Eleanor—. No es lo que hacemos nosotros.

Se soltó del agarre de la viuda.

—Voy con él —dijo Eleanor.

—Si hace esto —advirtió la viuda—, no habrá vuelta atrás. Si cruza esta sala y él le da la espalda, será el hazmerreír de Londres.

—Ya he sido el hazmerreír antes —dijo Eleanor—. Sobreviví.

Se dio la vuelta y se alejó.

Estaba a diez metros de él. A cinco.

Alexander miraba al suelo. Parecía perdido en sus pensamientos, ajeno al ruido y al color que lo rodeaban.

Eleanor se detuvo a un par de pasos.

—Alexander.

Él se quedó helado. Levantó la cabeza bruscamente y la miró.

Por un momento, no reaccionó. La miró como si fuera una aparición, un fantasma invocado por su propia desdicha.

Miró el vestido azul. Miró los zafiros en su pelo.

—¿Eleanor? —susurró.

La música pareció atenuarse. La multitud pareció desvanecerse.

—He encontrado la factura —dijo Eleanor.

Alexander parpadeó. —¿La factura?

—El pedido de Newcastle —dijo Eleanor. Dio un paso más—. Los puntales de acero. Los ventiladores. Vi la fecha, Alexander.

El rostro de Alexander palideció. —Eleanor, este no es el lugar...

—Es exactamente el lugar —dijo Eleanor—. Porque todo el mundo está mirando. Y quiero que vean.

—¿Que vean qué? —preguntó Alexander—. ¿Los restos de nuestro matrimonio?

—No —dijo Eleanor—. Quiero que me vean luchar por ti.

Ella extendió la mano. Le quitó la copa de champán de la mano y la dejó en una mesa cercana.

—Compró el equipo de seguridad —dijo—. Salvó los jardines. Salvó a los arrendatarios. Lo hizo todo incluso antes de que yo le acusara.

—Tenía que hacerlo —dijo Alexander. Tenía la voz ronca—. No podía permitir que sufrieran daño.

—Lo hiciste porque eres un buen hombre —dijo Eleanor—. El hombre que vi en la biblioteca. El hombre que vi en el pabellón. Él es real.

—Él es débil —dijo Alexander, con la mirada puesta en la muchedumbre que los observaba—. Es un necio que dejó que su esposa lo viera llorar.

—Es el hombre al que amo —dijo Eleanor.

Alexander se estremeció. —No digas eso aquí. No te burles de mí.

—No me burlo de ti —dijo Eleanor—. He recorrido trescientas millas para decirlo. Te amo, Alexander. Me equivoqué sobre la nota. Me equivoqué al dudar de ti. Mi orgullo me cegó.

Alexander la miró. El hielo de sus ojos empezó a resquebrajarse. Una esperanza desesperada prendió allí, brillante y dolorosa.

—¿Has vuelto? —preguntó—. ¿Después de todo lo que dije?

—He vuelto por lo que hizo —dijo Eleanor—. Actuó con honor. Actuó con amor. Y no voy a permitir que se quede aquí solo en la oscuridad mientras cree que no es digno.

Le cogió la mano. Estaba fría. Se la apretó con fuerza.

—Ven conmigo —dijo.

—¿Adónde? —preguntó Alexander.

—A cualquier parte —dijo Eleanor—. Lejos de esta gente. Lejos del ruido.

Alexander miró a la multitud. Vio los susurros. Vio a su madre observando desde el otro lado del salón.

Luego miró a Eleanor. Miró la mano de ella sosteniendo la suya.

Cerró el agarre.

—Al jardín —dijo.

—¿Al jardín?

—Allí hay silencio —dijo Alexander.

No le soltó la mano. Se volvió hacia las puertas de cristal. Las abrió.

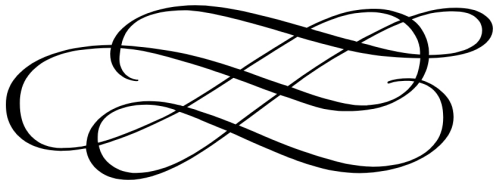
El aire frío de la noche entró de golpe.

—Ven —dijo Alexander.

La guio hacia la terraza, lejos de las luces, lejos de las murmuraciones y hacia la oscuridad.

Las pesadas cortinas de terciopelo se cerraron tras ellos, amortiguando la música, dejándolos solos bajo las estrellas.

CAPÍTULO 19



Las pesadas cortinas de terciopelo se cerraron tras ellos, cortando la luz dorada del salón de baile y sumiendo la terraza en la penumbra. El silencio repentino fue absoluto, roto solo por los acordes distantes y amortiguados de la orquesta y el viento que agitaba las ramas desnudas de los olmos en el jardín inferior.

Alexander soltó la mano de Eleanor de inmediato. Caminó hacia la balaustrada de piedra y se aferró a la mampostería fría, dándole la espalda. Se quedó mirando a la oscuridad, con la postura rígida y los hombros tensos bajo su levita negra.

—No deberías haberlo hecho —dijo él, con voz baja y desprovista de la calidez que había mostrado en la biblioteca—. No deberías haber venido.

—Tenía que venir —dijo Eleanor, alisando la seda de su vestido que el viento azotaba contra sus piernas—. No podía quedarme en Yorkshire mientras tú estabas aquí, creyendo mentiras.

Alexander soltó una carcajada, un sonido agudo y quebradizo que se desvaneció en el aire nocturno. —¿Mentiras? Fuiste muy clara respecto a la verdad, Eleanor. Me llamaste fraude. Me llamaste monstruo. Dijiste que era exactamente igual que mi padre.

—Me equivoqué —dijo Eleanor.

—¿Ah, sí? —preguntó Alexander, girando ligeramente la cabeza para mirarla por encima del hombro—. Firmé las órdenes de desahucio. Estaba dispuesto a demoler las casas. Eso es un hecho.

—Pero las anulaste —dijo Eleanor, acercándose un paso—. Las detuviste antes incluso de marcharte de la casa. Y compraste el acero.

Alexander se giró por completo entonces. Su rostro era una máscara pálida bajo la luz de la luna, con los ojos ensombrecidos e ilegibles. —El acero fue un gasto de empresa. Una inversión en protección de activos.

—Basta —dijo Eleanor—. Deja de esconderte tras los libros de contabilidad. Vi la factura, Alexander. Vi la fecha. Encargaste el equipo de seguridad la mañana siguiente a la tormenta. Lo encargaste el mismo día en que trazaste la línea sobre el granito.

—Eso no importa —dijo Alexander, apartando la mirada.

—¡A mí me importa! —exclamó Eleanor. Alargó la mano y le agarró el brazo, obligándolo a mirarla. La lana de su manga se sentía áspera bajo sus dedos. —Demuestra que el memorando que encontré carecía de valor. Demuestra que te importaba más la seguridad de los inquilinos que el margen de beneficios. Los salvaste, Alexander. Salvaste los jardines. Salvaste el pueblo.

Alexander miró la mano de ella sobre su brazo. No se apartó, pero tampoco la cubrió con la suya.

—Hice lo que era necesario —dijo él—. Eso no me convierte en un héroe.

—Te convierte en un buen hombre —dijo Eleanor—. El hombre del que me enamoré.

Alexander se estremeció. El músculo de su mandíbula se tensó. —No uses esa palabra. No me amas. Amas la idea que tienes de mí. Amas al hombre que arregló un tejado. No amas al hombre que se ha pasado la vida luchando con uñas y dientes por dinero y poder.

—Amo todo eso —dijo Eleanor—. Amo al hombre que levanta carros. Amo al hombre que se preocupa por los muros de piedra. Y sí, amo al hombre que se abrió camino para salir de la sombra de su padre porque se negó a dejarse quebrar.

—Estoy quebrado —susurró Alexander—. Mi padre... tenía razón. Soy débil. Dejé que vieras las grietas y las usaste contra mí.

—Las usé porque tenía miedo —confesó Eleanor. Le temblaba la voz y apretó el agarre en su brazo—. Encontré ese memorando y me aterroricé. Tenía pavor de haber entregado mi corazón a un hombre que me veía como una transacción. Quería herirte antes de que pudieras herirme tú a mí. Fue mi orgullo, Alexander. Mi testarudo y estúpido orgullo.

Alexander la miró. Escudriñó su rostro, desplazando la mirada de sus ojos a sus labios. Buscaba el engaño. Buscaba la trampa.

—Me dejaste —dijo él—. Te quedaste en esa biblioteca y me dijiste que me marchara.

—Y me he arrepentido cada segundo desde que el carruaje desapareció de la vista —dijo Eleanor—. Me senté en esa casa vacía y parecía una tumba. Tengo la propiedad. Tengo la escritura. Tengo la seguridad de los inquilinos. Y nada de eso importa sin ti.

Retiró la mano de su brazo. Se quedó ante él, indefensa. El viento calaba a través de su capa, pero no tembló.

—He venido a ofrecerte una rendición —dijo Eleanor—. La guerra ha terminado. Ya no quiero luchar contra ti. Quiero estar a tu lado.

Alexander se quedó mirándola. El silencio se extendió entre ellos, agonizante y pesado. Miró a la mujer que había irrumpido en su despacho semanas atrás, la mujer que había luchado contra él por cada palmo de tierra.

Vio las lágrimas asomando en sus ojos. Vio el temblor de su labio inferior.

—Has recorrido todo este camino —dijo Alexander lentamente—. Sola. A un baile donde sabías que serías juzgada.

—Caminaría por el fuego por ti —dijo Eleanor—. Un salón de baile no es nada.

Alexander cerró los ojos por un segundo. Aspiró una bocanada de aire frío que llenó sus pulmones. Cuando volvió a abrirlos, el hielo había desaparecido. El vacío gris se había esfumado.

En su lugar había una esperanza cruda y desesperada.

—Pensé que te había perdido —dijo él—. Pensé que tendría que vivir el resto de mi vida con este frío.

—Nunca volverás a tener frío —prometió Eleanor—. No dejaré que sea así.

Buscó las manos de él. Las tomó entre las suyas. Eran grandes y frías, pero sujetaron las de ella con una fuerza que la ancló a la tierra.

—¿Podemos construir algo real? —preguntó Eleanor—. ¿Pueden dos personas que empezaron siendo enemigas aprender a ser... algo más?

Alexander miró sus manos entrelazadas. Miró el anillo de zafiro en el dedo de ella.

—No quiero que seamos enemigos —dijo él.

—¿Entonces qué es lo que quieres? —preguntó Eleanor.

—Quiero ser el hombre que crees que soy —dijo Alexander—. Quiero ser digno de ti.

—Ya eres digno —dijo Eleanor—. Solo tienes que creértelo.

Ella esperó. Observó cómo el conflicto en los ojos de él se resolvía en determinación.

Él le apretó las manos.

—Entonces, empecemos —dijo Alexander—. No más estrategias. No más libros de contabilidad. Solo nosotros.

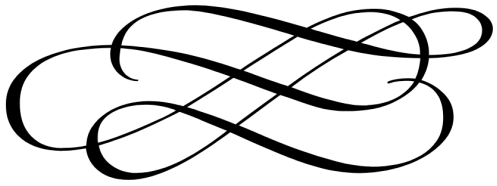
—Solo nosotros —asintió Eleanor.

Ella lo miró. Le ofreció su corazón por completo, allí parada en la fría terraza bajo las estrellas de Londres.

Y por primera vez, lo vio sonreír. No era la sonrisa encantadora del libertino. No era la sonrisa cínica del hombre de negocios.

Era la sonrisa de un hombre que finalmente había vuelto a casa.

CAPÍTULO 20



Alexander contempló a Eleanor bajo la luz de la luna. El viento azotaba el dobladillo de su vestido de seda azul alrededor de sus tobillos, y los zafiros de su cabello captaban la tenue luz proveniente del salón de baile. Parecía pequeña frente al vasto escenario de la noche londinense; sin embargo, se mantenía en pie con una solidez que hacía que la balaustrada de piedra pareciera frágil en comparación.

Su determinación, que se había ido agrietando desde que ella apareciera entre la multitud, terminó por hacerse añicos.

Salvó la distancia que los separaba con dos zancadas largas. No pidió permiso. Alargó los brazos y la estrechó contra él, hundiendo el rostro en el hueco de su cuello. El contacto fue repentino y desesperado, borrando el frío espacio que los había mantenido apartados durante días.

—Solo quería ser digno de ti —susurró Alexander contra su piel—. Pensé que si arreglaba la propiedad, si salvaba el pueblo... tal vez el dinero no importaría. Pensé que podría comprar mi redención.

—No la has comprado —dijo Eleanor, rodeándole la cintura con los brazos y apretándolo con fuerza—. Te la has ganado. Te la has ganado entre el barro y la lluvia.

Alexander se apartó ligeramente para mirarla a la cara. Sus ojos eran oscuros e intensos, buscando en los de ella cualquier duda persistente. Solo encontró la mirada clara y firme de una mujer que había librado una guerra por él y la había ganado.

Inclinó la cabeza y la besó.

Fue un beso que selló su unión. Fue profundo y posesivo, despojándolos de los últimos fingimientos de su acuerdo. No había conveniencia alguna en la forma en que su boca se movía sobre la de ella, ni estrategia comercial en la manera en que sus manos se enredaban en su cabello, desprendiendo las horquillas cuidadosamente colocadas. Fue un acto de amor profundo y duradero.

Eleanor se puso de puntillas para alcanzarlo. Se apretó contra la áspera lana de su abrigo, saboreando su calor y su fuerza. El mundo quedó reducido a ese único punto de contacto en una gélida terraza.

Se separaron lentamente, sin aliento. Alexander apoyó su frente contra la de ella.

—Tenemos que volver a entrar —dijo—. Mi madre nos está observando.

—Que mire —respondió Eleanor—. Que miren todos.

Alexander sonrió. Se enderezó el abrigo y le ofreció el brazo.

—¿Lista? —preguntó él.

—Lista —dijo Eleanor.

Caminaron de vuelta hacia las puertas acristaladas. Alexander las abrió de par en par y el bullicio del salón de baile salió a su encuentro.

Cruzaron el umbral juntos.

La conversación más cercana a la puerta murió al instante. Las cabezas se giraron. Los abanicos se cerraron de golpe. La duquesa viuda estaba cerca del centro de la estancia y sus ojos se agrandaron al verlos.

No parecían una pareja distanciada. Parecían una fortaleza.

Alexander condujo a Eleanor a la pista de baile. La orquesta comenzó un vals. La estrechó en sus brazos, ignorando los susurros que se propagaban entre la multitud como una ola.

—Están hablando —murmuró Eleanor, echando un vistazo a la expresión escandalizada de Lady Jersey.

—Que hablen —dijo Alexander, haciéndola girar en una vuelta—. Les hemos dado un espectáculo. Ahora les daremos silencio.

La miró. Su expresión era de orgullo. Posesiva.

—Te quiero, Eleanor —dijo lo bastante alto para que las parejas cercanas lo oyeran.

Eleanor sonrió. Fue una sonrisa radiante, victoriosa.

—Y yo te quiero a ti, Alexander —dijo.

Bailaron hasta que la música se detuvo. Permanecieron juntos frente al mundo, con un vínculo innegable.

Seis meses después

El viento en la colina de Yorkshire era suave y portaba el calor del sol de finales de la tarde. Eleanor estaba en lo alto, dominando el valle, con la mano protegiéndose los ojos del resplandor.

Bajo ella, la finca bullía de actividad. La cosecha estaba en pleno apogeo. Carros cargados de trigo dorado avanzaban por el camino que Alexander había despejado. El sonido de risas y cánticos subía desde la plaza del pueblo, donde los arrendatarios se reunían para la celebración.

Las casitas se alzaban seguras, con sus tejados de pizarra brillando al sol. El humo que subía por las chimeneas era denso y constante, señal de hogares bien abastecidos.

Eleanor oyó el sonido de cascos detrás de ella. Se dio la vuelta para ver a Alexander subiendo por el sendero. Desmontó y caminó hacia ella, pasando las riendas por un poste de la valla.

Parecía otro. Las marcas del agotamiento habían desaparecido de su rostro, sustituidas por un bronceado saludable. Llevaba su *tweed* de campo con natural soltura; había abandonado la rígida sastrería londinense por el atuendo práctico de un terrateniente trabajador.

—El capataz informa de una cosecha récord —dijo Alexander, situándose a su lado—. Y los nuevos ventiladores del túnel norte funcionan a la perfección. La calidad del aire es excelente.

—¿Y la lana? —preguntó Eleanor.

—Vendida —dijo Alexander—. A muy buen precio. Tenías razón sobre el mercado de Leeds.

Le rodeó la cintura con el brazo. Eleanor se apoyó en él, descansando la cabeza en su hombro. Se quedaron juntos, contemplando las tierras que una vez los habían dividido.

—Lo hemos logrado —dijo Eleanor.

—Así es —asintió Alexander.

La hipoteca estaba pagada. La escritura descansaba en la caja fuerte de la biblioteca, firmada y con testigos. Los arrendatarios estaban seguros y sus contratos renovados por noventa y nueve años. Y las operaciones mineras zumbaban en el afloramiento de granito, seguras y rentables.

Alexander la giró entre sus brazos. La miró a los ojos.

—¿Recuerdas el día que entraste como un torbellino en mi despacho? —preguntó.

—Recuerdo que insultaste mi sombrero —respondió Eleanor—.

—Era un sombrero espantoso —dijo Alexander sonriendo—. Pero la mujer que lo llevaba era magnífica.

La besó. Fue un beso lento y pausado, lleno de la comodidad de una vida compartida.

—Ven —dijo Alexander, tomándola de la mano—. Los arrendatarios nos esperan. Tenemos una cosecha que celebrar.

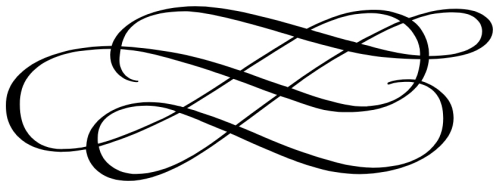
Bajaron la colina juntos. Pasaron por el muro de piedra que Alexander había salvado. Pasaron por el jardín de rosas, donde los arbustos de flores blancas estaban en plena floración.

Habían sanado sus viejas heridas. Habían encontrado un hogar el uno en el otro.

Eleanor apretó la mano de Alexander. Él le devolvió el apretón.

Dos personas que habían empezado como enemigos habían construido algo real. Habían construido una vida.

EPÍLOGO



La nieve empezó a caer justo después de la medianoche de Nochebuena, descendiendo de un cielo color pizarra para cubrir los páramos de Yorkshire con una capa blanca, pesada y silenciosa. Por la mañana, los montículos se amontonaban contra los muros de piedra de Hartley Manor, bloqueando los cristales inferiores de las puertas acristaladas y convirtiendo la finca en una isla de blanco aislamiento.

En el interior de la suite principal, el fuego se había consumido hasta quedar reducido a ascuas brillantes, proyectando un tenue y rojizo calor por la estancia. Eleanor se despertó lentamente, emergiendo de un sueño profundo para descubrir que estaba atrapada. Un brazo pesado descansaba sobre su cintura, inmovilizándola contra el colchón, mientras el resto de la corpulenta figura de Alexander actuaba como barrera contra el frío de la habitación.

Ella se movió, intentando deslizarse hacia el borde de la cama, pero el brazo se tensó al instante, atrayéndola de nuevo al centro del calor.

—Ni se te ocurra —murmuró Alexander, con la voz ronca por el sueño y vibrando contra el hombro de ella.

—Es de mañana —susurró Eleanor, girándose en su agarre para mirarlo—. El sol ya ha salido, o al menos lo habría hecho si las nubes no fueran tan espesas.

Alexander abrió un ojo, observando la luz grisácea que se filtraba por las cortinas antes de volver a cerrarlo con rotunda finalidad. —El sol se equivoca. Está claro que es plena noche. Vuelve a dormir, Eleanor.

—No puedo dormir —dijo ella, dándole un toque en el pecho con el dedo—. La señora Gable me espera en la cocina para aprobar el menú de la cena de los colonos, y tengo que asegurarme de que el acebo esté colocado en el Gran Salón antes del mediodía.

—La señora Gable es una tirana —rezongó Alexander, hundiendo el rostro en la curva del cuello de ella—. Y el acebo puede esperar. Yo, en cambio, no.

—Eres el duque de Ashford —dijo Eleanor, intentando sonar severa a pesar de la risa que burbujeaba en su garganta—. Eres un capitán de la industria. Eres el hombre que pedía puntales de acero a Newcastle al amanecer. Tú no te quedas en la cama.

—He delegado la industria —dijo Alexander, moviendo la mano para recorrer la línea de su columna a través de la camisa de dormir—. Y he decidido implementar una nueva política de ocio extremo durante los meses de invierno. Es una medida de eficiencia para conservar el calor corporal.

—¿Ah, sí? —preguntó Eleanor, estremeciéndose cuando la mano de él descendió más.

—Es un hecho científico —afirmó él, abriendo finalmente ambos ojos para mirarla.

La oscuridad que antaño había atormentado su mirada había desaparecido, sustituida por una satisfacción cálida y de párpados pesados que hacía que el corazón de ella diera un vuelco. Parecía más joven a la luz de la mañana, con el cabello oscuro revuelto contra la almohada y la sombra de la barba a lo largo de la mandíbula.

—Eres imposible —dijo ella.

—Estoy cómodo —corrigió él, desplazando su peso hasta quedar sobre ella, apoyado en los codos—. Y actualmente estoy ejerciendo mis derechos de gestión para mantenerte exactamente donde estás.

—¿Derechos de gestión? —Eleanor enarcó una ceja—. Creo que la escritura de la finca está a mi nombre, excelencia.

—Un tecnicismo —dijo Alexander, bajando la cabeza para rozar sus labios contra los de ella—. Sigo siendo el marido. Y yo digo que nos quedemos aquí hasta que deje de nevar.

—Eso podrían ser días —susurró Eleanor, subiendo las manos para enredarlas en el cabello de él.

—Entonces moriremos de hambre —dijo Alexander contra su boca—. Un final trágico. Los titulares serán sensacionales. *El duque y la duquesa perecen en una fortaleza de edredones de plumón*.

La besó entonces, una exploración lenta y perezosa que sabía a sueño y a calor. Eleanor se derritió contra el colchón, y su urgencia anterior por revisar los menús se disolvió bajo el peso de la atención de él. La besó con una minuciosidad que sugería que no tenía ningún otro sitio donde estar ni nada más que hacer, despojándola de sus protestas hasta que ella rodeó el cuello de él con los brazos y lo atrajo más cerca.

Se quedaron en la cama hasta que el reloj de la chimenea dio las diez, ignorando los sonidos amortiguados de la casa despertando a su alrededor. Cuando finalmente salieron, vestidos con lana gruesa y terciopelo contra los pasillos llenos de corrientes de aire, bajaron las escaleras de la mano, formando un frente unido ante el día.

El Gran Salón era una escena de caos. El servicio había traído cestas de acebo, hiedra y ramas de abeto, amontonándolas sobre las largas mesas de refectorio. Cintas de terciopelo rojo yacían en montones

enredados, y el aire estaba cargado con el polvo de las agujas de pino secas.

Alexander, el hombre capaz de calcular rendimientos mineros mentalmente y de negociar contratos de transporte con el gobierno francés, estaba ante un montón de vegetación con una mirada de total derrota.

Sostenía un carrete de cinta en una mano y una rama espinosa de acebo en la otra. Había intentado hacer un lazo, pero el resultado era un nudo torcido que parecía más una trampa que un adorno.

—Desafía la lógica —dijo, soltando la rama sobre la mesa cuando Eleanor se acercó—. El coeficiente de fricción del terciopelo impide que el bucle sea fluido.

—Es un lazo, Alexander —dijo Eleanor, cogiendo la cinta—. No un puente colgante.

—Los puentes son más fáciles —masculló él, cruzándose de brazos y apoyándose en la chimenea de piedra—. El acero se comporta de forma predecible. Esta... materia vegetal es caprichosa.

—Es que eres un impaciente —dijo Eleanor, moviendo los dedos con destreza para retorcer la tela roja hasta darle una forma perfecta y simétrica. La sujetó con alambre al acebo y la levantó—. Ya está. Sencillo.

Alexander la observó, entornando los ojos con fingida molestia. —Estás disfrutando con esto.

—Inmensamente —admitió ella—. No es habitual que llegue a ver al gran duque de Ashford derrotado por un arbusto.

—No estoy derrotado —dijo Alexander, separándose de la chimenea —. Simplemente estoy... delegando los elementos artísticos en la especialista.

Rodeó la mesa, dirigiéndose hacia ella con una gracia depredadora que hizo que las criadas rieran por lo bajo y se escondieran tras sus delantales. Eleanor retrocedió, apretando la corona de acebo contra su pecho como si fuera un escudo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, riendo mientras él la acorralaba contra el aparador.

—Estoy realizando una evaluación de desempeño —dijo él, atrapándola entre sus brazos—. Creo que la especialista requiere un extra por su eficiencia.

—Alexander, el servicio —susurró Eleanor, aunque no lo apartó.

—El servicio está muy ocupado mirando al suelo —dijo Alexander.

Alargó la mano y le quitó la corona, lanzándola con descuido sobre una silla. Luego la agarró por la cintura y la levantó sin esfuerzo, sentándola en el borde elevado del aparador para que sus ojos quedaran a la misma altura.

—¡Alexander! —chilló ella, llevando las manos a los hombros de él para estabilizarse.

—Mucho mejor —dijo él—. Ahora no tengo que agacharme.

La besó sonoramente, ajeno a los susurros y al crujir de las ramas de pino mientras los lacayos se mantenían ocupados en la esquina opuesta. Fue un beso juguetón y posesivo que hizo que a Eleanor se le encogieran los dedos de los pies dentro de las botas.

Cuando se separó, estaba sonriendo. Era esa sonrisa juvenil y franca que ella tanto amaba, la que borraba los años de frialdad que él había soportado.

—Y ahora —dijo él, ayudándola a bajar y dejándola de pie—, ¿dónde va esta vegetación infernal?

—En la repisa de la chimenea —dijo Eleanor, alisándose la falda e intentando recuperar la compostura—. Bien alto. Donde nadie pueda ver tus terribles nudos.

Alexander cogió la rama de acebo más grande. Caminó hacia el enorme hogar de piedra y levantó el adorno por encima de su cabeza, colocándolo perfectamente en el centro de la repisa.

Se volvió hacia ella, sacudiéndose las manos en los pantalones.

—Hecho —dijo—. Ahora, salgamos fuera. Necesito aire fresco antes de que me estrangule una cinta.

Había dejado de nevar, pero el mundo seguía blanco y silencioso. Salieron por las puertas del jardín, con sus botas crujiendo a través de la costra recién formada. El aire era cortante y limpio, mordiéndoles las mejillas y llenando sus pulmones de hielo.

Caminaron hacia el jardín amurallado. Los rosales estaban inactivos, envueltos en sacos de arpillera para protegerlos de la escarcha, pareciendo extrañas estatuas dormidas.

—El muro ha aguantado —observó Alexander, quitando la nieve de la parte superior de la barrera de piedra para cuya salvación había desviado el camino—. El mortero es sólido.

—Se mantendrá en pie otros cien años —dijo Eleanor—. Porque tú lo salvaste.

Alexander miró el muro y luego la miró a ella. Se agachó y recogió un puñado de nieve suelta, compactándola en una bola con sus manos enguantadas.

—¿Alexander? —preguntó Eleanor, mirando la bola de nieve con recelo.

—Física —dijo él con naturalidad, lanzando la bola ligeramente en su mano—. Trayectoria. Velocidad. Impacto.

—No te atreverías —dijo Eleanor, dando un paso atrás.

—Soy un hombre de ciencia —dijo él—. Debo poner a prueba las teorías.

La lanzó.

La bola de nieve golpeó a Eleanor de lleno en el hombro, estallando en una nube de polvo blanco.

Ella lo miró fijamente, con la boca abierta por el asombro. Alexander se echó a reír, un sonido profundo y estruendoso que resonó en los muros del jardín.

—¡Oh, te vas a enterar! —dijo Eleanor.

Se dejó caer de rodillas, ignorando el frío húmedo que se filtraba en sus faldas, y recogió un doble puñado de nieve. Ni siquiera se molestó en compactarla. Simplemente la arrojó.

Golpeó a Alexander en el pecho, cubriendo su elegante abrigo de lana con una sábana blanca.

—Guerra —declaró Alexander, con los ojos chispeantes.

Se lanzó hacia ella. Eleanor gritó y echó a correr, levantándose las faldas mientras correteaba por los profundos montículos. Se agachó detrás de la fuente, reuniendo munición sobre la marcha.

Alexander la persiguió, esquivando sus erráticos lanzamientos con una agilidad irritante. La acorraló cerca del cobertizo de las herramientas, con los brazos abiertos.

—Ríndete —exigió.

—¡Jamás! —gritó Eleanor, lanzando una última y desesperada bola de nieve que le dio en la barbilla.

Él rugió y la placó.

Cayeron juntos sobre un montón de nieve blanda y profunda, rodando el uno sobre el otro en una maraña de extremidades y risas. Alexander recibió el impacto de la caída, aterrizando sobre su espalda con Eleanor despatarrada encima de él.

Se quedaron allí tumbados un momento, sin aliento, con la mirada clavada en el cielo blanco. La nieve fría les presionaba la espalda, pero el calor entre ambos fue instantáneo.

Alexander alargó la mano y le quitó la nieve del pelo. Tenía los guantes mojados, pero su tacto fue delicado.

—Eres una amenaza, Excelencia —dijo él.

—Soy una Radcliffe —replicó ella, sonriéndole desde arriba—. Nosotros no nos rendimos.

—No —asintió él, bajando la mirada hacia sus labios—. No lo hacemos.

Le atrajo la cabeza hacia abajo y la besó; labios fríos contra labios fríos que se calentaron al instante con el contacto.

—Me estoy congelando —susurró Eleanor contra su boca al cabo de un momento.

—Entonces busquemos un lugar cálido —dijo Alexander.

Se dio la vuelta, rodando sobre la nieve, y se levantó, ayudándola a ponerse en pie. Le quitó la nieve del abrigo con movimientos rápidos y eficaces.

—Al invernadero —dijo—. Tiene calefacción.

Corrieron hacia la estructura de cristal adosada al lateral de la casa. Alexander abrió la puerta y se colaron dentro.

El aire en el invernadero era pesado y húmedo, mantenido caliente por la caldera de carbón del sótano. La condensación resbalaba por los cristales, empañando el mundo blanco del exterior hasta convertirlo en formas abstractas.

Allí reinaba el silencio, y el contraste entre el frío punzante y el calor tropical resultaba vertiginoso.

Eleanor se apoyó en una mesa de cultivo, respirando con dificultad. Alexander echó la llave a la puerta.

Caminó hacia ella mientras se quitaba los guantes mojados y los lanzaba sobre un estante. Se desabotoñó el pesado abrigo y dejó que cayera al suelo.

—Estás mojada —dijo él, alargando la mano para tocar el terciopelo húmedo de su cuello.

—Tú también lo estás —susurró ella.

Él se acercó más, acorralándola contra la mesa. El olor a tierra húmeda y a plantas en crecimiento los rodeaba, rico y fértil. Alexander apoyó las manos en la mesa, una a cada lado de ella, atrapándola en la jaula de sus brazos.

—¿Recuerdas cuando te escondías aquí para evitarme? —preguntó con voz baja.

—Estaba podando helechos —dijo Eleanor—. Estaba muy ocupada.

—Me estabas ignorando —corrigió Alexander—. Era desesperante. Me entraban ganas de zarandearte.

—¿Y ahora?

—Ahora —dijo Alexander, presionando sus caderas contra las de ella —, quiero hacer esto.

La besó de nuevo, pero esta vez no había nada juguetón en ello. Fue un beso hambriento e intenso, alimentado por la adrenalina del frío y el calor del invernadero. Sus manos se movieron sobre ella, buscando el calor bajo las capas de lana y terciopelo.

Eleanor se arqueó hacia él, aferrando su camisa con las manos. Se quedaron allí, en medio del silencio húmedo, ocultos del mundo por los cristales empañados, perdiéndose el uno en el otro hasta que el sol empezó a descender en el cielo.

A última hora de la tarde, los colonos se habían reunido en el Gran Salón. Las largas mesas estaban repletas de carnes asadas, pasteles y jarras de cerveza. Un violinista del pueblo, junto al hogar, tocaba una animada giga que hacía que los niños más pequeños dieran palmas.

Alexander y Eleanor presidían la estancia. Se habían puesto ropa seca: Alexander llevaba un abrigo impecable y Eleanor un vestido verde oscuro a juego con el acebo.

Patrick O'Malley y Thomas Miller se acercaron a ellos portando una caja de madera entre los dos. Se detuvieron y se quitaron las gorras, con aspecto nervioso pero decidido.

—Excelencia —dijo Thomas, dando un paso al frente—. Las familias... queríamos darle algo. Para darle las gracias.

Alexander miró a los hombres. Miró la caja.

—Pagan su renta —dijo Alexander—. Con eso basta de agradecimiento.

—No es por la renta —dijo Patrick—. Es por la mina. Por los ventiladores. Y el acero.

Thomas levantó la tapa de la caja. En su interior reposaba un juego de escritorio tallado en roble oscuro y pulido. Era un trabajo hermoso; la veta de la madera era suave y rica.

—Está hecho con la madera del viejo granero —explicó Thomas—. Aquel donde levantó el carro para salvarlo. Pensamos... bueno, pensamos que quizá le gustaría usarlo para firmar los nuevos contratos.

Alexander se quedó mirando la caja. Se le hizo un nudo en la garganta. Alargó la mano, tocó la madera y recorrió el borde con los dedos.

Eleanor lo observaba. Vio cómo parpadeaba con rapidez. Vio cómo le temblaba ligeramente la mano antes de sujetar la caja.

Había pasado su vida creyendo que el respeto era algo que se compraba con el miedo o se heredaba con un título. Nunca había esperado ganárselo con la bondad.

—Es magnífico —dijo Alexander. Con la voz pastosa—. Gracias.

—Le estamos agradecidos, excelencia —dijo Patrick—. De verdad.

Los hombres asintieron con la cabeza y se retiraron hacia los barriles de cerveza.

Alexander se quedó contemplando la caja. Miró a Eleanor.

—Han hecho esto —dijo en voz baja.

—Te aprecian —dijo Eleanor—. Porque tú los aprecias a ellos.

Alexander recorrió la sala con la mirada. Vio a la familia Davis sentada cerca del fuego. El niño pequeño que había estado enfermo correteaba alrededor de la mesa, persiguiendo a un perro.

Alexander observó al niño. Una expresión extraña y suave cruzó su rostro.

—Es rápido —comentó Alexander.

—Está sano —dijo Eleanor.

El niño tropezó y se cayó, raspándose la rodilla. Miró hacia arriba con el rostro desencajado, a punto de llorar.

Alexander se movió antes de que Eleanor pudiera hacerlo. Se acercó al niño y se arrodilló. Parecía un gigante al lado del pequeño, pero le habló en voz baja.

Eleanor no pudo oír lo que decía, pero vio que metía la mano en el bolsillo y sacaba una moneda. Hizo que desapareciera y volviera a aparecer detrás de la oreja del niño.

Los ojos del pequeño se agrandaron. Las lágrimas cesaron. Soltó una risita.

Alexander sonrió. Le dio una palmadita en la cabeza al niño y se levantó.

Caminó de vuelta hacia Eleanor.

—Se te dan bien los niños —dijo ella.

—Aprendí unos cuantos trucos en Londres —dijo Alexander, restándole importancia—. La distracción es una táctica de negociación muy útil.

—¿Eso es lo que ha sido? —preguntó Eleanor, cogiéndole del brazo —. ¿Una negociación?

—Mantenimiento —dijo Alexander—. Los niños llorando son ineficientes.

Pero sus ojos eran cálidos, y su mano cubrió la de ella sobre su brazo, sujetándola con fuerza. Eleanor apoyó la cabeza en su hombro, observando la estancia llena de gente que estaba a salvo y abrigada gracias al hombre que tenía a su lado.

La celebración terminó y el último colono salió a la noche nevada, aferrando una cesta con sobras. Los criados recogieron las mesas y apagaron las lámparas del Gran Salón, dejando que la casa se sumiera en el silencio.

Alexander y Eleanor se retiraron a la biblioteca.

El fuego rugía, bañando la estancia con un resplandor dorado. Alexander caminó hacia el escritorio y colocó la caja de madera en el centro del vademécum de cuero. Quedaba bien allí, sólida y permanente.

—Tengo algo para ti —dijo Eleanor.

Cogió de la mesa auxiliar un paquete plano y rectangular envuelto en papel de estraza. Se lo entregó.

Alexander lo tomó. —Te dije que nada de regalos.

—Ábrelo —dijo ella.

Él rasgó el papel. Dentro había un cuaderno de dibujo encuadernado en cuero azul.

Lo abrió. Las páginas estaban llenas de dibujos al carboncillo.

Había un boceto de la cresta bajo el viento. Un boceto de las ovejas bloqueando el camino. Un boceto del pabellón de caza bajo la lluvia.

Y en el centro, un dibujo detallado de un hombre en mangas de camisa, con la espalda en tensión, sacando una pesada rueda de carro del barro.

Debajo, con la caligrafía pulcra de Eleanor, se leía: *El día que te vi.*

Alexander contempló el dibujo durante largo rato. Recorrió las líneas del carboncillo.

—Parecía un jornalero —dijo él.

—Parecías un rey —dijo Eleanor.

Cerró el libro con suavidad. La miró.

—Yo también tengo algo para ti —dijo él.

Abrió el cajón del escritorio y sacó un documento pesado con un sello de lacre. Se lo entregó.

Eleanor lo cogió. Reconoció el sello. Era de los abogados de Londres.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Léelo —dijo Alexander.

Ella desdobló el documento. Era una escritura de fideicomiso.

Fideicomiso Hartley para la Protección de los Colonos.

Repasó el texto legal. Establecía un fondo irrevocable, independiente de la propiedad principal y de la fortuna de los Radcliffe. El único propósito del fondo era asegurar el mantenimiento de las cabañas y el bienestar de las familias de los colonos a perpetuidad.

La fideicomisaria designada era *Eleanor Radcliffe, duquesa de Ashford.*

—Alexander —susurró ella—. Esto... esto separa el pueblo de tu herencia. Aunque las minas fallen, aunque los administradores de Londres lo congelen todo...

—Estarán a salvo —dijo Alexander—. Pase lo que me pase, haga lo que haga mi padre, nunca tendrás que volver a preocuparte por ellos. Tú tienes el poder, Eleanor. Por completo.

Había renunciado a su control. Había renunciado a su ventaja.

Le había regalado la paz.

Eleanor dejó caer el papel sobre el escritorio. Le rodeó el cuello con los brazos.

—Gracias —exclamó ella—. Gracias.

Alexander la estrechó contra sí. Hundió el rostro en el pelo de ella.

—Es tu hogar —dijo él—. Solo quería asegurarme de que permaneciera en pie para siempre.

—Es nuestro hogar —dijo Eleanor.

Se apartó para mirarlo. La luz del fuego se reflejaba en sus ojos grises y los hacía brillar como la plata.

—Ven —dijo ella.

Lo llevó hasta el sillón de orejas junto a la chimenea. Ella se sentó y él se acomodó en el escabel a sus pies, apoyando la espalda contra las piernas de ella.

Era lo contrario a la noche en que ella lo había consolado. Ahora, él descansaba en la fortaleza de ella.

Ella le pasó los dedos por el pelo. Él cerró los ojos y suspiró, un sonido largo y profundo de satisfacción.

Los libros de contabilidad estaban cerrados. Las estrategias, olvidadas. La guerra era un recuerdo lejano, enterrado bajo la nieve.

Afuera, el viento aullaba en las esquinas de piedra de la mansión, buscando una entrada. Pero los muros eran gruesos, el tejado era de pizarra y el fuego calentaba.

Estaban a salvo.

Eleanor miró a su marido.

—Feliz Navidad, Alexander —susurró.

Él alargó la mano, tomó la de ella y le besó la palma.

—Feliz Navidad, Eleanor —dijo él.

Dos personas que habían empezado como enemigas estaban sentadas juntas en la penumbra silenciosa, escuchando crepitar el fuego y cantar al viento. Habían construido una fortaleza con su orgullo y luego la habían derribado para construir un hogar.

Y en el silencio de la noche, supieron que habían ganado la única victoria que importaba.

Se tenían el uno al otro.

OTROS LIBROS DE BEATRICE WYNN

The Lamplighter's Promise

Ella lucha por salvar a su hermano.

Él ha jurado vengar a su madre.

Juntos, podrían derrocar al hombre que posee media ciudad de Londres.

Eliza Hart no desea nada más que mantener intacto su pequeño mundo: un hermano frágil, una humilde tienda y la comunidad de Fleet Lane. Pero cuando los hombres de Godfrey Vale llegan con amenazas y escrituras falsificadas, la supervivencia exige algo más que una resistencia silenciosa.

Jonah Keene ha recorrido las calles cada noche como farolero, portando el voto de que la justicia debe perdurar más allá de la oscuridad. El valor de Eliza le inquieta y le tienta con un futuro que nunca se permitió imaginar.

Cuando Fleet Lane estalla en sabotajes, juicios y traiciones, Eliza y Jonah se ven obligados a poner en juego no solo su seguridad, sino también sus corazones. Porque hay promesas demasiado intensas para romperse y algunos amores arden con más fuerza que las farolas que custodian la noche de la ciudad.

DESCÁRGALO YA
